

Manuel Arce



Testamento en la montaña

se



La inquietud creadora de Manuel Arce le ha llevado a iniciar otra experiencia literaria: la novelística. La prueba más brillante de esta faceta, hasta hoy inédita, del gran escritor la encontramos en *Testamento en la montaña*. Esta novela, que obtuvo el Premio Concha Espina 1955, patrocinado por el Ayuntamiento de Torrelavega, constituye una magnífica lección de instinto narrativo. Con gran simplicidad de elementos crea las situaciones dramáticas y mantiene un ritmo narrativo inmenso sin necesidad de recurrir a recursos efectistas. Maneja el diálogo con una maestría que denota unas grandes dotes de observación y un estudio profundo de los caracteres.

OceanofPDF.com



Manuel Arce

Testamento en la montaña

Áncora & Delfín - 125

ePub r1.0

Titivillus 15.10.2022

OceanofPDF.com

Título original: *Testamento en la montaña*

Manuel Arce, 1956

Diseñador de la cubierta: Erwin Bechtold

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



OceanofPDF.com

DEDICATORIA

DEDICO este libro al mojón 95 de la línea del Ferrocarril Cantábrico, por aquello de ir a nacer junto a ese kilómetro el 18 de febrero de 1928. (Fue, para no andar con mentiras, un poco más hacia acá, según se va a Llanes arrancando desde Santander. Justo en la estación y en la alcoba que no se usaba —ni se usa— y cuya ventana da al noroeste.) A la furgoneta de la brigadilla y al muro de El Pradon; al árbol —¿una alisa?— que hay a la vera del camino, antes de cruzar la vía, y que no es del Concejo, sino de la Compañía del Ferrocarril; a la campana de la estación, a la que, cuando no me veía mi abuela, aporreaba a badajazos.

Dedico también este libro al «pozo de arena de La Molinera» —por lo que ella sabe—, y a los dos bancos del andén, desde los que repetía cada domingo el sermón que oía al cura, que se apellidaba Chamorro y que no sé dónde fue a parar cuando la guerra.

A todas aquellas cosas que me vieron crecer y que un día perdí de vista; a todas estas cosas, digo, porque sé que guardan lo mejor de mí mismo y porque me complace saber que puedo tomar al cabo de los años o de la distancia y reconocirme en cada una de ellas.

Y también, aunque no venga a cuento con todo lo anterior, quiero dedicárselo a Manuel Núñez Morante, porque es un amigo.

«17 de julio de 1859. —¿Por qué no habla usted de sí mismo más que en tiempo pasado? —me pregunta L. H.— Parece como si estuviese usted muerto. —En efecto — respondí— no tengo ni presente ni porvenir».

AMIEL (*Diario íntimo.*)

PRIMERAS HORAS

OceanofPDF.com

CAPÍTULO PRIMERO

LLEVÁBAMOS una hora caminando.
—¿Qué te parece este lugar? —dijo Enzo.

Yo eché una ojeada en derredor. Crecían muy cerca unos arandaneros. El césped era breve, pero estaba muy verde, como si por los alrededores el agua de algún manantial le empapase la raíz. El sol era más llevadero en un lugar semejante.

Alcé los hombros.

Enzo no había esperado la respuesta. Se hallaba sentado sobre una piedra y liaba un cigarro. *El Bayona* se quedó a su lado.

—Siéntate —ordenó *El Bayona*.

No hice ningún caso.

El Bayona me miraba hostilmente. Desde el primer momento había comprendido que no le era nada simpático. Procuré fijarme en los alrededores. «Me será útil conocer el camino si logro escapar», pensé.

—Es mejor que te sientes —advirtió Enzo—. Queda un buen trecho hasta El Palacio. —Y miró picarescamente a *El Bayona*.

Le miré a los ojos abiertamente y le dije que no estaba cansado.

—Presume de músculo —se chanceó *El Bayona*.

Enzo lanzó una carcajada. Después se volvió a su compañero.

Dijo:

—Tienes poca personalidad —tornó hacia mí su cabeza—. ¿Qué dices tú, eh?

—No estoy cansado —repetí.

El Bayona me miró con matrería. *El Bayona* tenía un enorme pescuezo. Un pescuezo que de pronto me recordó al del toro de don Juan. Era velludo el pecho de *El Bayona*. El vello le subía hasta aquel enorme pescuezo y también asomaba entre botón y botón de la camisa.

El Bayona comenzó a reír de pronto. Lanzaba fuertes carcajadas cara al cielo. Su risa se me antojó siniestra y me entró miedo. Aún no sabía lo que querían de mí. La ascensión hasta aquel lugar había sido silenciosa.

«No es posible que vayan a matarme», pensé.

El Bayona dejó de reír de golpe y dijo:

—¡Diablos, me hubiera gustado ser maestro de escuela como tú! —guiñó un ojo a su compañero—. Los maestros de escuela saben mandar de lo lindo.

Enzo le veía reír mientras decía aquello; le miraba fijamente. Yo comprendí que no le gustaba nada lo que *El Bayona* decía. Pero *El Bayona* no se dio por enterado. Se volvió a mí.

—¡Siéntate! —masculló.

Yo obedecí fastidiado. Conocía a tipos como él. Sabía que era capaz de abofetearme. En América conocí tipos semejantes.

—¿Qué te parece, Enzo? —y rio.

El sol martilleaba en las mismas sienes.

Los dos se miraban. Enzo reía también. Debía parecerles muy graciosa mi situación. *El Bayona* se enjugaba con el pañuelo el sudor del cuello y miraba inquisitivo a su compañero. Enzo asentía con la cabeza y sonreía más con los ojos que con la boca. Enzo tenía los ojos de un azul claro. Era rubio y sus ojos parecían, a veces, los de un niño.

Miré el reloj, por hacer algo, y vi que era la una. «Es posible que en este momento ya hayan notado mi falta», pensé. Pero no podía ser: acostumbraba a pasear todas las mañanas hasta cerca de las dos.

Enzo y *El Bayona* se habían cubierto la cabeza con las chaquetas. Yo les imité. El sol caía vertical y los riscos que nos rodeaban resplandecían como la cal viva. Si se les miraba, casi cegaban. No corría ni un soplo de aire, ni una sola brizna de viento.

—¿Qué piensan hacer conmigo?

Enzo me miró con sus ojos azules muy fijamente. *El Bayona* me miró inquieto, y después a Enzo y de nuevo a mí, pero divertido.

—Tienes una mujer que es una real hembra —opinó Enzo. Luego dijo —: ¿Te quiere?

El Bayona me seguía mirando socarronamente. Era molesto sentirse observado de aquel modo y no poder hacer otra cosa que pasarse la mano por los cabellos, bajo la chaqueta, y hallarlos abrasados. Me restregué el sudor de la frente.

—Sí —respondí débilmente. Y noté cómo se me vino la sangre a las mejillas con ímpetu de bofetada. Me sentía confuso.

Enzo y *El Bayona* cambiaron una rápida mirada. Fue entonces cuando comprendí que hice mal respondiendo a la pregunta. ¡Ningún hombre hubiera contestado a aquel insulto! Yo había adivinado el insulto en la manera que Enzo tuvo de preguntarme. «¿Qué era lo que sabían de Ángeles?» Me hice la pregunta muchas veces antes que Enzo hablase de nuevo.

—Es lo mejor que puede pasar. —Enzo tenía puesta la mirada en los arandaneros. Dijo aquello como queriendo espantar un temor. Añadió luego —: Es mejor que no sea verdad cuanto dicen. ¡El trabajo resultaría inútil, o por lo menos embrollado! —Y sopló entre su camisa, pecho abajo.

Enzo tenía un pecho sonrosado, como el de un muchacho: sin vello de ninguna clase.

Zumbaban por allí dos moscardones metálicos, ronroneantes y pesados. Me sentía cada vez más sofocado. Enjuagué mi frente y mi cuello con el pañuelo y al mover los brazos era agradable sentir en las axilas la fría humedad de la transpiración.

Pensé en Ángeles. Pensé que sin duda estaría en casa. «De seguro ha regresado del río», me dije. Y me contrarió pensar que ella siguiese empeñada en bañarse en el río cada mañana. Me pareció estar viendo aquel remanso del río, más arriba de la presa del molino, cerca de los cañaverales, y casi no podía creer que me hallaba tan lejos, en pleno monte... Hora y media antes yo paseaba bajo los arces, un poco alejado del lugar donde ella se zambullía; donde acostumbraba a zambullirse. Paseaba por la ribera, bajo la sombra, pensando precisamente cuánto me disgustaba que sus baños sirviesen de comidilla a los vecinos. Maquinaba cómo me las arreglaría para demostrarle de qué manera tan fácil podían espiarla mientras se desnudaba... Y sufría calladamente en medio de aquel silencio que me rodeaba. Yo sabía que en más de una ocasión la habían visto desde las cañaveras. En la tasca de Antonino se divertían con estas cosas. Yo estaba seguro. Todo el pueblo sabía que en los días calurosos del verano, Ángeles iba al río y se bañaba tan desnuda como vino al mundo. Meditaba en todo ello, cuando Enzo apareció caminando cachazudamente entre los árboles.

Lo primero que pensé fue que era un segador a jornal. Cuando llegó a mi altura se detuvo. Tenía entre los labios un cigarro sin encender. Entonces distinguí a *El Bayona*, que avanzaba por el senderillo. Enzo se paró frente a mí y señaló la punta de su cigarrillo.

—¿Puede darme lumbré?

Yo eché mano al encendedor.

Él dijo entonces:

—Es usted Porrúa, ¿verdad?

Le puse la llamita bajo la punta y él dio un par de chupadas. Yo afirmé con la cabeza.

—¿Por qué? —dije.

Y él respondió entonces:

—Tiene que venir con nosotros.

Le vi hacer una seña a *El Bayona*. Luego añadió:

—No me gustaría llevarle a la fuerza.

Y miró hacia abajo. Y cuando le seguí la mirada comprobé que era el cañón de una pistola lo que asomaba por un roto del bolsillo de su chaqueta.

A todo esto *El Bayona* se había puesto a mi espalda, muy cerca.

—¿Qué quiere decir? —pregunté, pretendiendo darme tiempo para pensar.

—Nada. Ya he dicho lo que quería decir.

Y *El Bayona* me dio un empujoncillo en la espalda. Enzo añadió luego:

—No tenga miedo: puede caminar con tranquilidad.

El Bayona me empujó nuevamente. Comenzamos a andar. El sol entraba por entre las ramas de los arces y trenzaba sobre la hierba dibujos movibles y delicados. Las aguas del río se deslizaban silenciosas, ajenas. Nada había de extraño mientras avanzábamos por la ribera. Lo único extraño en aquel paisaje culebreado por la brisa éramos nosotros tres; era nuestro silencio humano, pretendido.

Me obligaron a caminar por unas rastrojeras. Después atravesamos un prado recién segado. La hierba se cocía al sol. Sudaba, y el aire denso y sofocante estaba lleno de un vaho oloroso. El tomillo se esparcía penetrante al transpirar la savia por sus tallos. Me detuve varias veces, sin premeditación. Simplemente para saber lo que ellos me dirían. Cada vez

que me detenía *El Bayona* me daba un empujoncito. No hacía más. Una de las veces, después de aquel empujoncito de *El Bayona*, fue Enzo y me dijo:

—Es mejor que siga andando. No se arrepentirá si lo hace.

Yo obedecí. Pero cuando llegamos a la falda del monte me volví rápidamente. Se quedaron sorprendidos y se miraron. Más tarde comprendí que acaso pude aprovechar entonces la ocasión y huir, escapar. No lo hice, sin embargo. Me limité a decir:

—No daré un paso más si no me dicen quiénes son y lo que pretenden.

Bayona miró a Enzo y sonrieron los dos.

—¿Para qué quiere saberlo? —dijo Enzo.

—Es lo menos que puedo preguntar, me parece.

—¿Se lo decimos? —preguntó a su compañero. Y *El Bayona* rio.

—Díselo tú; a mí me da vergüenza. —E hizo un gesto y lanzó una carcajada. Estuvieron carcajeando los dos a mis narices. Todavía conteniendo la risa, fue Enzo y dijo:

—De seguro ha oído hablar de nosotros.

Luego señaló a *El Bayona* y me dijo su nombre, después el suyo. Confieso que no esperaba nada semejante. No sé por qué no caí desde el primer momento en quiénes podían ser. Efectivamente, les había oído nombrar. Sabía que les buscaban; sabía que la Guardia Civil les seguía los pasos. Mas no llegué a pensar aún que se trataba de un secuestro. Debí quedarme boquiabierto.

—Se pierde tiempo con estas cosas. Puede seguir andando si no le molesta —ordenó Enzo.

No me moví del sitio. Pareció sorprenderles un poco mi resistencia. Se miraron. *El Bayona* se había quitado la chaqueta y la llevaba ovillada bajo el brazo. Entonces *El Bayona* posó su chaqueta en el suelo, sobre el césped ralo y ennegrecido. Cuando se incorporó preguntó a su compañero con naturalidad:

—¿Le pego?

Yo me eché un poco hacia atrás. *El Bayona* se sobaba los puños.

—No hará falta. Vamos a portarnos como camaradas. Sería una tontería. Él se va a venir con nosotros y vamos a portarnos como si fuéramos sus amigos. ¿Qué le parece?

El Bayona no parecía muy satisfecho. Yo comprendí que así iba a ser en efecto, e inicié de nuevo la marcha.

El sol llegaba desde aquel momento libre de arbolado, al descubierto. Ni un solo matorral crecía junto a la escarpadura que bordeaba al sendero. La arena del caminillo era blanca, cegadora. A veces me retorció el pie.

A mis espaldas dijo de pronto Enzo:

—Puede detenerse cuando se canse.

Pero yo seguí andando todo el tiempo. Un poco más arriba dijo:

—Otra cosa: sería peligroso que intentara dar media vuelta y echase a correr monte abajo... Cuesta más que subir. Me parece que lo mejor es advertir estas cosas a los amigos como usted —rió—. Bueno; es mejor que nos tuteemos. Es menos engorroso... Ya sabes mi nombre: Lorenzo. Pero puedes llamarme Enzo. Es como me llaman mis íntimos y también las gentes de por ahí.

El Bayona comenzó a reír a carcajadas. Fue de esta forma como me enteré de que a Lorenzo sus íntimos eran los que le abreviaban el nombre. Apreté los dientes con rabia. *El Bayona* seguía riendo; sin duda lloraba de risa, puesto que Enzo le dijo que parecía venir de la romería.

La ascensión comenzaba a ser más difícil. Había trechos que tenía que ayudarme con las manos. El sol seguía azotando despiadadamente. Cada paso era mayor el sofoco. Yo me lastimaba las manos y las rodillas. Hacía ya tiempo que habíamos abandonado el senderillo arenoso. Subíamos a través. Yo iba pensando en Ángeles; iba pensando que en aquel momento ella estaría bañándose en el río. Un sudor pegajoso me caía por la frente abajo. También había empapado las mangas de mi camisa. «Sin duda, Ángeles se estará bañando en este momento y alguien la espía tranquilamente desde los cañaverales de la orilla», pensé. E imaginaba que la verían salir del agua y que le pasarían los ojos por el cuerpo perlado de agua dulce; por su cuerpo húmedo y fresco. «Serán sin duda unos ojos enfebrecidos, rescos, que se posarán sobre ella como una lengua»... El sol me agotaba. Comenzaba a sentir sed. Me mojé los labios restregando el sudor de la cara. Me sentía desfallecer con la caminata. Las sienes me golpeaban. Y el corazón me golpeaba en la boca. Parecía que iba a morderlo en cualquier momento...

Al fin dimos cima a unos riscos. En la otra vertiente había una hondonada con hierba muy verde. Hierba verde y arandaneros. Fue entonces cuando Enzo se adelantó un poco y me preguntó que qué me parecía aquel lugar...

Frente a mí, Enzo y *El Bayona* daban las últimas chupadas a sus cigarros. Los arándanos eran una pizca mayores que los que se encontraban en los bosques y en los prados del valle. Pensé cuánto me gustaban de niño los arándanos y las veces que Antonino y yo íbamos al bosque a comerlos. Yo aún no sabía nada de América. ¡Qué raro me parecía recordarlo! ¡Hacía tanto tiempo que no había probado uno de aquellos frutitos rojos! Casi me había olvidado de que existiesen.

«¿Y Antonino?, ¿habrá seguido Antonino comiendo arándanos alguna vez, igual que cuando éramos chicos?», pensé. Y de tenerlo allí, de estar Antonino en aquel momento con nosotros, sin duda que era lo que le hubiese preguntado.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO II

-PUEDES quitarte el pañuelo, de los ojos —oí decir a Enzo.
Me deslumbró el sol al hacerlo. Después comprobé que nos hallábamos frente a una cabaña; una cabaña de monte, para ganado. *El Bayona* salía del interior con un botijo en la mano. Enzo me miraba con una chispa de juerga en sus ojos azules. *El Bayona* empinó el botijo y echó un largo trago. Después se dejó empapar la camisa y el pecho bajo el chorro de agua.

—¿Dónde estamos? ¡Creo que es hora de que me digan lo que quieren de mí!

Me dolía el cuello. Tenía la seguridad de que estaba considerablemente hinchado a causa de los golpes.

El Bayona posó el botijo a la puerta de la cabaña, en la sombra.

—Siempre le estoy diciendo que a los invitados hay que ofrecerles el botijo antes de beber uno. ¡Este Bayona!...

No parecía haber oído mi pregunta.

Repetí nuevamente que quería saber lo que se proponían hacer de mí, y Enzo me miró no sin cierta simpatía. Yo me palpaba el cuello en el lugar donde los golpes habían sido más duros.

—No debes guardar rencor a *El Bayona*. Es un poco bruto, pero en el fondo es bueno. Ha sido una lástima que ocurriese lo de los golpes. ¡De verdad que lo siento!

Me hubiera sido fácil creerlo, de no saber que *El Bayona* sólo hizo cumplir sus órdenes. Enzo era un cínico. Sus ojos azules parecían sanos y alegres como los de un muchacho, pero yo sabía que cuando cambiaban de expresión se tornaban duros y fríos como el acero y detrás de ellos podía adivinarse una decisión criminal.

Yo seguía palpándome el cuello. Habían sido unos golpes maestros los de *El Bayona*. La garganta me dolía al pasar la saliva y también al hablar.

—Quiero saber qué es lo que piensan hacer conmigo —dije. Pero Enzo se alejó hasta la puerta de la cabaña sin responder. Volvió con el botijo en la

mano y me lo ofreció.

No hubiera querido beber, pero la lengua era algo deshecho y pastoso dentro de la boca, y además había comprendido que lo mejor era dejarse llevar por las circunstancias. Así que eché un buen trago y me limpié la cara con el pañuelo empapado y fresco. Luego lancé una mirada en derredor. Enzo bebía.

Nos hallábamos en un pequeño valle, en una especie de barranquera, taponada al fondo por una alta escarpadura. A un lado de la cabaña crecían tres enormes fresnos. Entre sus ramas más bajas revoloteaban los verderones, y en las copas los malvises metían gran bulla. Detrás de los fresnos crecían matorrales. Había un pequeño pedregal y luego la tierra se volvía muy húmeda y crecían altas cañaveras. La hierba estaba agostada, pero quedaba un verdinal a ambos lados de la barranquera que complacía a la mirada. También se escuchaba un gluglú monótono y apagado semejante al nacimiento de un manantial.

Yo lo observaba todo muy atentamente.

—Lo llamamos El Palacio —dijo Enzo a mi lado.

Humedeciendo mi cuello dolorido con el pañuelo fui a sentarme bajo la sombra de los fresnos. Enzo me siguió. Se sentó a mi lado y se puso a liar un cigarrillo. *El Bayona* entraba en la cabaña.

—Es un buen sitio éste —opinó Enzo, respirando profundamente. Yo posé la chaqueta a mi lado y encendí uno de mis emboquillados. Enzo me miraba hacer. Dijo—: Parece buen tabaco ése... ¿Americano?

Afirmé con la cabeza.

—Se nota por el olor —observó.

El Bayona apareció caminando hacia nosotros con varias latas de conservas en las manos. Se había arremangado hasta cerca del hombro y sus brazos eran velludos y potentes. Se sentó junto a nosotros.

Volví a pensar en Ángeles. Sin duda ya habría notado mi falta. «Pensaré que me he entretenido en la tasca de Antonino... De todas maneras no pasará tiempo antes que sospeche que me ha ocurrido cualquier percance». Pero de otro modo me consumía pensando que aún podía hallarse en el río bañándose con tranquilidad, disfrutando del sol y del frescor de las aguas.

Acaso mientras alguien seguía todos sus movimientos desde la otra orilla, desde las cañaveras.

—Están buenas las sardinas —opinó Enzo. Y me acercó una lata y un pedazo de pan—. Te gustarán; están buenas.

—Será mejor que hablemos —aseveré sin hacer la menor intención de echar mano a las conservas.

Enzo negó con la cabeza.

—Después —afirmó—. Hablaremos más tarde.

—Ha de ser ahora —insistí tercamente.

Enzo volvió a negar con la cabeza.

—Después. Ahora comeremos como unos buenos amigos que han salido de excursión al campo... Se está bien aquí. —Y miró hacia arriba, hacia las copas de los fresnos.

Le dije que no sería fácil hacerme a la idea de que estaba entre amigos.

—Son de otra clase mis amigos. ¡Puede estar seguro!

El Bayona me observaba sin dejar de comer. Enzo no respondió. Miraba aún hacia lo alto.

Uno de los verderones se había posado en la rama más baja del fresno y nos observaba girando su cabeza de uno a otro lado. Enzo se dio cuenta de que yo contemplaba al pájaro, y dijo:

—Hubo un tiempo en que quise ser libre como los pájaros... y volar.

Yo le miré un poco sorprendido.

—¿Para qué? —pregunté, no sin curiosidad.

—Hubo un tiempo en que pensaba que se podía ser libre igual que ellos —repitió. Luego guardó silencio.

—Estoy esperando que me digan para qué me han traído hasta aquí —dije a mi vez, fastidiado.

Enzo se tumbó cuanto era de largo sobre la hierba.

—Para nada... Eso sí que es una verdad: me di cuenta antes de saber que nunca sería libre. —Me miró—. Yo estoy aquí tan preso como tú.

—No ha contestado a mi pregunta —volví a insistir, airado.

Enzo se incorporó y siguió comiendo. *El Bayona* engullía el atún de un modo repugnante. Había dado cuenta a su ración de sardinas y ahora se

ayudaba con los dedos para llenarse la boca de atún. Una gotita de aceite le oscilaba en el mentón.

—¡Bah!, no ha tenido ninguna importancia lo de los golpes —exclamó de pronto Enzo—. Olvídalo y come.

Le dije que mi cuello opinaba de modo diferente.

—Mañana ya no notarás nada —afirmó, deslizando sus ojos por mi pescuezo.

El Bayona rio con la boca llena.

Enzo insistió en que debía comer algo, pero yo me negué y le dije que teníamos que hablar; que antes quería saber por qué me encontraba entre ellos. Ninguno de los dos pareció haberme oído: siguieron comiendo tranquilamente.

No probé bocado. Me puse a curiosear los alrededores. Indudablemente la guarida era agradable. Sobre todo en un tiempo así. Había sombra bajo los fresnos y la hierba era fresca, verde y muy suave; casi igual que terciopelo. Las cañaveras eran altas; más altas que la estatura de una persona normal y por lo tanto mucho más altas que yo. Sospeché que entre ellas debía brotar el agua del manantial. Sobre el pedregal el sol caía hiriente. Fuera de la sombra que nos cobijaba todo parecía agostado. Hasta las piedras y los riscos se veía que estaban calcinados.

«¿Qué estará haciendo Ángeles?», me pregunté. Pensé que acaso ya habría avisado a la Guardia Civil. Después me dije que no; que no podía ser, porque ella nada sabía de lo que me había ocurrido y aún era demasiado pronto para caer en el temor de una cosa semejante. «Lo único cierto es que piensan pedir un rescate a cambio de mi vida». Y me alcé de hombros. «No se saldrán con la suya», me dije. Pero temí que si Ángeles se enteraba de lo del rescate le faltaría tiempo para ir a Llanes y retirar el dinero del Banco. «Pero no se saldrán con la suya», me repetí de nuevo. «Estamos en un país civilizado y no lograrán salirse con la suya. Terminarán cazándoles».

De vez en cuando Enzo y *El Bayona* se pasaban el botijo y echaban un trago. Al ver la manaza de *El Bayona* comenzó a dolerme el cuello. Parecía como si aún la sintiera caer duramente sobre los tendones de mi garganta... Aquello de los golpes había sucedido de una manera tonta. Fue al poco rato de iniciar la marcha después de hecho el primer descanso en aquel pequeño

valle donde crecían los arandaneros. Delante de mí caminaba Enzo; detrás, *El Bayona*. Los pasos de Enzo eran ágiles: sorteaban con facilidad los pedruscos y los escajos. Pisaba entre ellos con el mayor descuido y a su paso se levantaban nubes de vilanos que se descomponían bajo el sol o que se iban flotando ladera abajo, livianos, tambaleantes. El sol caía implacable. Abrasaba. El paisaje no podía ser más árido. Yo desconocía aquella parte del monte. Alguna vez, casi de niño, había subido con mi madre hasta un pequeño cerro que teníamos con vacas. Pero estaba mucho más abajo. En aquel cerro crecía un verde jugoso y el ganado no se desperdigaba. Nuestras vacas tenían un gran cencerro zumbón al cuello. Sonaba desde lejos. Pero como en nuestro cerro crecía una hierba fina y fresca, muy lechera además, el ganado no monteaba demasiado. Era fácil dar con él cuando se subía a ordeñar...

Yo procuraba, a medida que ascendíamos, dejar huella del camino en la memoria. Pero casi era inútil: aquellos recuerdos de niño me robaban el pensamiento. De vez en cuando me arrastraba el sudor de la frente, pero era peor.

Así llevábamos ya mucho sol sobre las espaldas cuando Enzo se volvió hacia mí y me dijo:

—Este sol achicharra.

—No falta mucho para llegar a la sombra de aquella escarpadura —opiné. Pero Enzo no se movió. *El Bayona* llegó hasta nosotros resoplando.

—Este sol achicharra —volvió a decir Enzo. Y añadió seguidamente—: De aquí en adelante el paisaje no merece la pena de ser visto.

Y miró significativamente a *El Bayona*. Los dos se cruzaron una rápida mirada.

Yo presumí que aquellas palabras tenían algo que ver conmigo mismo, con mi situación.

—¿Qué es lo que pasa? —pregunté, inquieto, achicharrado, efectivamente, bajo aquel sol inaguantable.

Y Enzo ladeó un poco la cabeza, a modo de seña.

—Será mejor que lleves un pañuelo sobre los ojos —dijo ásperamente *El Bayona*.

—¿Por qué?

—Ya oíste a Enzo: de aquí para arriba ya no hay nada que ver.

Me volví a Enzo.

—¿Qué es lo que dice?

—A veces *El Bayona* discurre. No creas que es mala idea la del pañuelo.

Yo decidí no dar un paso más. *El Bayona* se hizo del pañuelo que sobresalía un poco del bolsillo alto de mi chaqueta.

—Usas buenos pañuelos —dijo mientras lo doblaba.

—¿Qué quiere hacer conmigo? —volví a preguntar.

—Sólo vamos a vendarte los ojos... para que no veas —aclaró Enzo.

—No lo consentiré —respondí, indignado. Pero *El Bayona* lo pasó en torno a mi cabeza.

Yo me volví violentamente y tiré un puñetazo a ciegas. Comprobé que había alcanzado a *El Bayona* en el vientre y me entró verdadero pánico. Me quedé quieto en el sitio.

—¡Maldita sea! —masculló—. ¡Maldita sea!

Vino hacia mí y me derribó de un empujón en el hombro.

—¡Cornudo! —me insultó cuando estaba caído. Se agachó. Yo quise escurrirme, pero me fue imposible. Vi cómo Enzo, por encima del hombro de *El Bayona*, contemplaba la escena sonriendo. *El Bayona*, me dejó rápidamente cara al suelo.

—Ten cuidado, no le des un mal golpe —oí aconsejar a Enzo.

Supe que aquello iba en serio. La rodilla de *El Bayona* me aplastaba los omoplatos. Al mismo tiempo me tiraba de los cabellos hacia atrás, violentamente. Tuve la impresión de que mi cabeza se desgajaba del tronco. El cuello estaba en una posición violenta, angustiosa, asfixiante. De pronto, *El Bayona* comenzó a golpear me en él con el canto de la mano. Fueron pocos golpes: cuatro o cinco. Unos golpes duros, secos, continuos. Traté de rebullirme bajo la rodilla que me aprisionaba por la espalda, pero fue inútil. El dolor de aquellos golpes me redujo a una imposibilidad total. Casi perdí el conocimiento.

Estuve caído en el suelo varios minutos. No sé cuántos. Sólo recuerdo que la saliva se negaba a circular por mi garganta. Ellos arrojaron sobre mí una chaqueta, mi propia chaqueta, y yo creía asfixiarme bajo la tela, bajo el

calor insoportable del tejido y de aquellos latidos hondos, constantes, acelerados que me brincaban por la garganta y que parecían querer hacer estallar mis oídos. Enzo y *El Bayona* hablaban cerca de mí, pero yo les oía como si se hallasen muy lejos. También reían. De pronto el sol me deslumbró. Fue como si me pasasen una plancha ardiendo sobre los párpados.

—Vamos a continuar caminando —dijo Enzo.

Sentí como *El Bayona* me anudaba el pañuelo al cogote. Me levantaron entre los dos.

—¿Has oído, pollo? —inquirió *El Bayona*.

Yo escupí, rabioso. Eché a andar llevado por un brazo. Bajo el pañuelo, mis ojos lloraban. Pero no me importaba que ellos se diesen cuenta de mis lágrimas. Nunca me había pegado nadie de un modo semejante. Me sentía humillado.

Di frecuentes traspiés en aquel caminar a ciegas. *El Bayona* me guiaba, pero cada vez que me caía al suelo, él se reía o bien me llamaba inútil con gran coraje y luego se reía. Parecía enfurecerse, pero luego, después de los insultos, terminaba riendo a carcajadas.

Hubo un momento que nos detuvimos. Fue por poco tiempo. Acaso un par de minutos. Cuando emprendimos la marcha, el sol ya no estaba sobre nuestras cabezas. Pasamos del calor al frío casi sin transición. Era un frescor extraño el que nos rodeó de pronto y comprendí que caminábamos por una cueva. Corría un airecillo frío y húmedo que se colaba por entre la camisa, bajo las axilas, y que me producía un enorme placer. Casi me sentí repuesto de los golpes. Fue aquélla una marcha breve; demasiado breve. Después, nuevamente el sol. Otra breve caminata, y fue entonces cuando oí a Enzo que me decía que podía quitarme la venda de los ojos. Y yo obedecí rápidamente.

Tanto Enzo como *El Bayona* parecían haber quedado muy satisfechos de la comida. Varios moscones se habían posado sobre las latas vacías de las conservas. Apuraban la grasa. Enzo y *El Bayona* se hallaban tumbados. *El Bayona* tenía los ojos cerrados, pero Enzo no. Enzo miraba. No me miraba a mí, sino a las ramas bajas del fresno.

CAPÍTULO III

Yo aguardé a ver qué pasaba.

El Bayona se volvió a Enzo y éste, a su vez, me miró tendido. Una sonrisa casi infantil se le iba de una a otra comisura. Echó una mirada al papel que tenía en las manos.

—Y ahora, ¿qué?... ¡¡Qué!! —dijo a su vez.

—¿Piensan que van a conseguir algo?

—¡Bueno! —exclamó. Y encogió los hombros.

El Bayona lanzó una especie de gruñido. No le miró siquiera. Seguido a esto, Enzo dijo que era mejor que sesteásemos todos un rato. Pero yo no estaba dispuesto a que echasen a un lado mi pregunta.

—No sacarán nada en limpio —insistí.

Enzo tornó a echar una ojeada a la carta. Sus ojos se oscurecieron. Sopló sobre la tinta aún fresca y dobló el pliego en cuatro. Después lo introdujo en el sobre.

—Tal vez aciertes —se lamentó, pesimista—. Tal vez tengas razón —añadió. Fijó en mí aquellos ojos suyos acerados, penetrantes—. Pero lamentaría mucho que acertases. Si tu mujer no acude con el dinero... Bueno; cuando nosotros decimos una cosa, la hacemos.

—Yo se lo digo desde ahora —advertí seriamente—; no sacarán nada en limpio con mi secuestro.

Dijo Enzo:

—¡Sería una pena!

Y *El Bayona*:

—¡Sería una pena!, ¿verdad, Enzo?

Mas parecían preocupados y, por primera vez, me sentí dueño de la situación. Así que decidí machacar sobre el asunto.

—Cuando se enteren en el Cuartelillo vendrán a buscarles. Algún día tiene que pasar...

El Bayona lanzó una risotada.

—¿Tú crees? —dijo, irónico.

—Si tu mujer te quiere vendrá con el dinero —afirmó Enzo.

Yo sabía por dónde iban los dos truhanes; sabía de sobra lo que quería darme a entender al decir que si Ángeles me quería...

—Mi mujer no tiene poderes —atajé—. Tendrá que pedir ese dinero y sospecharán. ¡No es fácil reunir de golpe cincuenta mil pesetas!...

Pero ellos sonrieron.

—Es inútil que sigamos hablando —concluyó Enzo.

Y recalcó *El Bayona*, mirando a su compañero:

—Si su mujer le quiere vendrá con el dinero, ¿verdad, Enzo?

Pero Enzo ya parecía estar fastidiado y le dijo que se callase, y le llamó idiota.

—No me dan ningún miedo. No sacarán nada matándome —argüí.

—Nadie piensa matarte. No será necesario. Tu mujer acudirá con el dinero y quedarás libre.

No respondí. Me limité a echar una nueva ojeada por el interior de la cabaña. No parecían carecer de nada: al fondo había un cajón lleno de latas de conservas; junto a él, en el suelo, se amontonaban botes de leche condensada. De la pared colgaba un jamón empezado. La cabaña tenía dos estrechas ventanas. Bajo una de ellas había cuatro piedras ennegrecidas. Era allí donde cocinaban, sin duda. En el otro extremo, unas colchonetas sobre tablas cruzadas hacían de catre. Había una maleta cerrada sobre un banco, y detrás de la puerta colgaban zamarras, dos gabardinas, un bastón y dos paraguas.

—Mi mujer no tiene la firma reconocida por el Banco —dije de pronto. Era una buena idea decir aquello.

Enzo me miró irritado.

—¡Me has tomado por un imbécil!, ¿no? —voceó—. Tu mujer ha ido dos veces el mes pasado al Banco Herrero y ha retirado dinero. Ella misma firmó los talones.

Comprendí entonces que mi secuestro había sido estudiado cuidadosamente.

El Bayona bostezó. Yo me sentía agotado. La cabaña estaba fresca, pero no tanto como para que el calor de afuera no nos llenase de amodorramiento.

Enzo se levantó y fue a guardar la carta al bolsillo de su zamarra. *El Bayona* cabeceaba. A mí también se me resbalaban los párpados insensiblemente. Por el hueco de la puerta entraba una luz cegadora. En el exterior había tal reverbero de sol que el paisaje parecía derretirse.

Apoyé los codos sobre la mesa y recliné sobre ellos la cabeza. Pensaba en Ángeles. «Para estas horas ya habrá sospechado que me ocurre algo». Pero también me decía que no; que era posible que pensase que me había entretenido en la tasca de Antonino. Miré el reloj: marcaba las tres.

Me parecía aún mentira encontrarme donde me hallaba. Me parecía increíble hallarme secuestrado por dos bandidos. «¿Qué dirán en el pueblo cuando se enteren?», me dije. Yo sabía que a Enzo y a *El Bayona* les buscaba la Guardia Civil desde hacía varios años. Sabía que habían robado, e incluso asesinado, en varias ocasiones. Cada vez que ocurría una cosa así, la Guardia Civil se echaba al monte, pero ellos desaparecían. Era igual que si los tragase la tierra. Se sospechaba que salían de España...

No sé por qué recordé mi salida del pueblo. Muchas veces había recordado aquel día. Me gustaba recordarlo y al mismo tiempo me entristecía. Cuando en el pueblo se enteraron de mi marcha, todos los vecinos la comentaban. «Se va Nando Porrúa, el de la Sinda», decían. Y las mujeres, en el lavadero, decían: «¡Pobre muchacho! Ése vuelve con la maleta al agua. Y, si no, ¡al tiempo!» Y otras decían que no; que acaso hiciese fortuna; que otros habían ido y habían vuelto ricos. Y así discutían las mujeres en el lavadero a propósito de mi marcha a América, y también los hombres en la tasca del viejo Antonino. Y unos decían que sí: que volvería rico, y otros opinaban todo lo contrario. Y yo mientras tanto le vendía a Don Juan las cuatro tierras que me dejó mi madre al morir. Y Don Juan, que se había enriquecido en Puebla y que tenía gran experiencia de aquellas tierras, me decía que iba a tener que trabajar de duro, pero que estaba seguro de que haría fortuna. (Yo viví mucho tiempo pensando que si aquello de la fortuna y otros consejos y ánimos que Don Juan me daba en vísperas de mi marcha no sería todo ello porque él era el único que podía comprar las tierras que dejó mi madre, y porque hacía un buen negocio comprándolas.)

Yo leí muchas veces la carta de mi tío donde me decía que vendiese nuestras pertenencias, y que si no me llegaba el dinero para el pasaje, él lo enviaría. Pero yo saqué sobradamente para el viaje y nada me importó que en el pueblo se dijese que si yo había sido toda la vida un muchacho debilucho y enfermo, y que si a lo mejor no me iban a sentar los nuevos aires. Nada me importó. Yo me encontraba bien de salud, ya en aquella época. Los dos últimos años no había guardado cama ni un solo día. La víspera de mi marcha me despedí de Antonino. Recordamos juntos todas nuestras correrías y quedé en escribirle cada semana. ¡Cada semana!

Por aquel entonces Ángeles ya era una muchacha como ninguna. Tenía apenas quince años, pero se hallaba muy lucida. Todos los domingos acudía a cortejarla, en su bicicleta, un mozo de Pancar. Yo tenía dos años menos y, sin embargo, al lado de ella parecía un niño. Esto me molestaba. Ángeles vivía cerca de mi casa y los domingos por la tarde, cuando era verano y ya estaba anocheciendo casi, porque el sol se caía a la otra parte de la cordillera y las sombras se enredaban en los bardales, yo, al regresar de la bolera donde me divertía pinando bolos, la pescaba con el mozo de Pancar ocultos detrás de cualquier muro. Cuando esto sucedía yo me avergonzaba. Sin embargo ella, aunque estuviesen abrazados, iba y me decía: «Adiós, Nando». Debía tener miedo de que le contase algo de esto a su madre. Pero nunca lo hice. Yo me escabullía presuroso... Era fácil saber por dónde andaban escondiéndose, porque el mozo de Pancar siempre dejaba la bicicleta a la orilla de un camino. De primeras yo evitaba tropezarlos, pero poco a poco fue creciendo en mí una necesidad de hallarles abrazados cada domingo al regresar de la bolera. Y hubo domingos que ni siquiera iba a pinar bolos. Deambulaba solitario, espiaba la llegada del mozo con su bicicleta y me entretenía en seguirles desde muy lejos. Después, cuando era verano y las primeras sombras de los anocheceres plácidos poblaban las matas, los muros, los prados y los bardales, me hacía el encontradizo. En ocasiones ellos no se daban cuenta de mi presencia y entonces yo me quedaba espiándoles. Ángeles siempre parecía muy contenta y reía. Y yo les observaba bien oculto en cualquier parte. A veces ni siquiera les veía. Pero me quedaba agazapado atento a sus respiraciones y a sus palabras entrecortadas o jadeantes, y después huía con sigilo, como un ladrón, y

llegaba al pajar de mi casa y allí entretenía mi gozo solitariamente. Fue entonces, y de esta manera, como empecé a necesitar a Ángeles. Ella era entonces mi secreto. Pero ni siquiera yo mismo sabía que ella estaba siendo mi secreto. Ni el mismo Antonino supo jamás nada de esto.

El día de mi marcha Ángeles estaba sentada en el muro de la vereda que pasaba ante su casa. Era un día gris. Yo tenía que pasar frente a ella. Me habían comprado en Llanes una maleta de cuero claro y previamente la ensucié al salir de casa para que no pareciese tan nueva. Siempre me avergonzaba llevar encima algo nuevo. Cuando llegué a su altura, ella me dijo:

—¿Ya te marchas?

Yo afirmé con la cabeza.

Y ella añadió:

—Dicen que tienes en América un tío muy rico. ¿Es verdad?

—Sí que es verdad —le dije.

Casi no me atrevía a mirarla a la cara. Sabía que si lo hacía iba a verla exactamente igual que cuando me la imaginaba en mis soledades.

—Cuando vengas serás tan rico que ya no querrás nada con las mozas del pueblo.

Yo negué con la cabeza.

—¿Por qué? —dije.

Ángeles se encogió de hombros. Creo que hablamos de otras cosas, pero sin importancia y por muy poco tiempo. Al final le dije que embarcaba en Vigo; pero ella no sabía dónde estaba Vigo, y como yo tampoco lo sabía, nos quedamos así, sin decir nada, hasta que eché a andar y le dije «adiós» desde lejos.

Ángeles se quedó sentada sobre el muro viéndome ir por la vereda. Todavía oí la voz de la madre que la llamaba. Ya en el autobús de línea me acordé de mi madre y lloré. Lloré igual que si acabase de morir en aquel momento. Y creo que en aquel momento comenzó su muerte efectiva. Era causa de un presentimiento aquel llanto mío. Mientras estuve en el pueblo siempre me parecía que iba a hallarla en cualquier parte. Si entraba en el establo me parecía verla bajo las ubres de una vaca, ordeñando... También cuando iba por los prados me parecía que iba a salir de detrás de un

avellanas o de un manzano, o que la iba a encontrar haciéndose el moño, con sus negros cabellos al aire y aquel pañuelo suyo de lunares blancos y negros anudado a la punta del rastrillo y ondeando al viento... Mi madre aún no había muerto para mí, entonces. Su alma era parte de las cosas que me rodeaban...

Levanté la cabeza. Enzo se había tumbado en el catre. *El Bayona* dormitaba con la cabeza caída sobre el pecho. Enzo, tumbado donde estaba, doblaba y desdoblaba un viejo periódico, sin duda entreteniendo la vista. «¿Qué pensará Ángeles cuando lea la carta?», me dije. Y eché una mirada a la zamarra. Allí, en el bolsillo interior, se hallaba el sobre dirigido a mi mujer. Yo mismo lo había escrito. Había escrito aquella carta que ella iba a leer sin tardar mucho. Al principio, cuando Enzo me hizo dejar la sombra de los fresnos y me dijo que tenía que escribirle a mi mujer pidiendo dinero por mi rescate, me negué. Enzo no pareció molestarse por ello. Entramos en la cabaña y nos sentamos ante la mesa. Fue entonces cuando puso frente a mí un papel y una pluma.

—Yo te diré lo que debes poner —dijo. *El Bayona* me observaba, y reía matreramente.

—¿Y si me niego a escribir? —protesté.

—No vas a negarte. Escribe.

No estaba muy seguro de que fuera a hacerlo, pero sentía curiosidad.

—¿Qué escribo? —pregunté, indiferente.

Enzo se sobó el mentón, dubitativo. Yo sonreí para mis adentros.

—Escribe: Querida Ángeles...

El Bayona lanzó una carcajada.

—Sal afuera a reírte —ordenó Enzo, fastidiado.

Pero *El Bayona* dejó de reír y se quedó donde estaba.

—Querida Ángeles. Punto —dictó de nuevo.

Yo garrapateé aquello sobre el papel.

—Ya está —dijo.

—Bien —añadió él. Y siguió—: Quiero que vayas al Banco Herrero y saques de la cuenta cincuenta mil pesetas. Después lo cambias en billetes de cien y haces con ello un paquete que...

—¿Es que cree que soy una máquina? —protesté. Y continué escribiendo todo aquello muy lentamente, desganado. Cuando le dije que ya podía seguir, añadió:

—Puedes quedarte en Llanes hasta el día nueve por la mañana y venir en el camión de la leche. Le dices a Nisio que te traiga...

Yo seguía muy retrasado escribiendo todo aquello y pensando si lo mejor que podía hacer era romper la hoja de papel y negarme a escribir una sola palabra. Pero quería saber en qué terminaba. Le dije que había concluido, y Enzo, mirando al techo, continuó:

—Con esta carta van detalles de lo que tienes que hacer después. Si no traes el dinero me matarán.

Yo escribí pacientemente todo aquello.

—Nada más —dijo Enzo. Y se frotaba las manos satisfecho.

—Firma... Ahora, despídete y firma —añadió.

Yo dudé antes de poner la despedida. Al fin me decidí: Siempre tuyo... Nando.

Enzo me quitó el papel de las manos y lo leyó detenidamente.

—Ahora escribe el nombre de ella en este sobre.

Le obedecí.

—¿Nada más? —pregunté, confuso y fastidiado.

—De eso me encargo yo —afirmó él.

Y me arrepentí de haber escrito aquella carta. Pero el papel y el sobre estaban en manos de Enzo. Pensé que lo mejor era tratar de despistarles; de hacerles ver que no sacarían nada en limpio con lo que me habían obligado a escribir, y posando la pluma sobre la mesa, con gran tranquilidad les dije:

—Y ahora, ¿qué?

Y por este orden continuó la conversación tal como la he descrito.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO IV

¿CUÁNTO tiempo había dormido? ¿Una, dos, tres o acaso más horas? Me incorporé sobresaltado.

El Bayona manoseaba entre sus manos el periódico. Al echarme en el catre había dejado a Enzo leyéndolo y ahora éste dormía profundamente, y *El Bayona* daba vueltas y más vueltas al viejo periódico. ¿Cuánto tiempo había dormido?

Las tablas del catre rechinaron. Miró *El Bayona*. Yo dejé caer nuevamente la cabeza. Una salivilla dulce y pastosa se escurría por una de mis comisuras.

Hacía calor en la cabaña. Un calor denso y asfixiante. Estuve unos minutos mirando al techo y tratando de calcular la hora. Un enervamiento especial me impedía consultar mi propio reloj. Al fin me levanté. Tuve un vahído y temí perder la cabeza. Todo se había puesto a girar en torno. Me quedé sentado en el catre hasta recuperarme. Me dolía la cabeza y también el cuello. Sobre todo me dolía el cuello cuando volvía la cabeza hacia los lados. Era igual que si unos dedos enormes y potentes estuviesen a él aferrados apretando.

El Bayona dejó el periódico sobre la mesa, cruzó los brazos y se me quedó mirando.

—Has dormido de lo lindo —opinó.

Yo di un par de pasos torpes y desiguales.

—Quiero hacer de cuerpo —dije.

El Bayona pareció contrariado. Lanzó una mirada a su compañero y después se volvió a mí y me miró, muy fijo, a los ojos.

—¡Vamos!

El sol caía oblicuamente, pero la atmósfera estaba sofocante. Mi reloj señalaba las cinco. «Son las cuatro por el sol» me dije. Pero allá arriba, cualquiera hubiera jurado que era la una de la tarde, a juzgar por lo ardoroso del sol.

El Bayona estiró un brazo.

—Allí, entre las cañaveras.

Eché a andar. Atravesé el pequeño pedregal calcinado. El suelo abrasaba al pisar sobre las piedras; recocía los pies dentro de los zapatos. Yo caminé entontecido por el enorme calor. El cañaveral resultaba acogedor. No me había equivocado aquella mañana: las cañaveras eran altas; sobresalían más de un metro por encima de mi cabeza. El cañaveral se hallaba a la sombra de la escarpadura y el suelo era húmedo y esponjoso. Había entre las cañaveras un frescor delicioso. Se escuchaba entre ellas el continuo gluglú del manantial. Hice intención de llegarme hasta él; di un par de pasos, pero escuché la voz de *El Bayona*, que me decía:

—¿Es que quieres hacer pila en el mismísimo manantial?... ¡Quédate donde estás!

El Bayona me había seguido hasta la misma linde de las cañaveras y debía observar mi avance por el movimiento de éstas.

Tuve un fuerte retortijón y me agaché allí mismo. Pensé que sin duda Ángeles ya habría comprobado que no me hallaba en el pueblo y que para tal hora ya estaría enterada la Guardia Civil. «También los vecinos se habrán enterado. Para estas horas lo sabe toda la comarca». Me quedé más tranquilo después de estos pensamientos y me puse a mordisquear una hierba. Era agradable estar allí. La tierra, húmeda, estaba alfombrada con un musguillo corto, brillante y aterciopelado. Las cañaveras se entrechocaban a veces por la punta como si una mano invisible hurgase entre ellas.

En realidad, los retortijones de tripas se debían al hambre. No había querido probar bocado.

Aquel monótono gluglú del manantial me abrió el deseo de refrescar la garganta. Así que cuando hube concluido seguí avanzando por entre las cañaveras.

—¿Adónde piensas ir ahora? —masculló *El Bayona*.

—Tengo sed.

—No adelantarás nada si vas por ese lado —aclaró—. Sal por donde has entrado.

Obedecí de mala gana.

—¿Es que no piensa desprenderse de mí? —protesté airadamente cuando le posé la vista encima.

Levantó sus hombros.

—¿Es que me va a seguir cada vez que tenga que hacer una necesidad?

—¡Al diablo con las necesidades! —exclamó—. Vales ahora cincuenta mil pesetas. ¡Aguanta las necesidades y no tendré que acompañarte! —Y se sentó a la sombra, mascullando.

—¿Dónde está el manantial?

—Coge esa vereda adelante —informó, malhumorado.

Al final de aquella vereda se hallaba el manantial. Formaba un pequeño pozo no mayor de dos metros. El agua estaba rodeada por piedras; por rocas resbaladizas. En el fondo había arena; había una arena casi blanca y movediza. El agua brotaba de entre ella y ascendía hasta la superficie haciendo górgoros. Gran número de tejedores se deslizaban sobre el agua trenzando múltiples telarañas. Se notaba que era allí donde Enzo y *El Bayona* pisaban al coger el agua. Sacudí mi mano bajo la superficie y comprobé que estaba muy fría, casi helada. Recordé entonces el manantial de Rugarcía, junto a la vía del tren, ya a las afueras del pueblo. Era, en cierto modo, semejante. También tenía un lecho arenoso, casi blanco y movedizo. Sólo que en Rugarcía decían que había una culebra de agua y que era peligroso agacharse a beber porque se le enroscaba a uno en el cuello y lo ahogaba. Yo iba a veces con Antonino y en ocasiones casi nos acercamos a ver cómo las arenas del fondo se movían al brotar el agua. Pero temíamos la aparición de la culebra y estábamos allí por poco tiempo...

Ahora, al mirar el agua del manantial, me entró una especie de respeto unido a un estremecimiento. Me incliné hacia las aguas, me vi reflejado en ellas y hundí los labios. Pero sólo di un sorbito. De pronto me había parecido como si aquel estúpido temor de la infancia tornase a mí. Me supe de pronto tan niño como cuando Antonino y yo íbamos a Rugarcía, y espiábamos el manantial y hablábamos de la culebra en voz muy baja...

En torno a las rocas del manantial crecían bardales, juncos y espadañas. Yo lo miré todo un poco atemorizado e inicié el regreso.

Cuando retornaba por la vereda, entre las cañaveras, me dio por pensar en Ángeles. «Ella no puede imaginar siquiera dónde me encuentro», me dije. En realidad, ni yo mismo lo sabía. Estaba en el monte, eso sí, pero ¿en qué parte del monte? Me consolaba pensar que esta brusca separación acaso

la hiciese pensar en mí con cariño. «Es posible que sólo sean sospechas... Es posible que todo sea el fruto de esas habladurías y que el culpable sea yo; yo y estos malditos celos míos... Otras mujeres han tenido novios y no por ello dejan de ser fieles al marido. Hay mucha envidia y odio en el pueblo». Así trataba de consolar mis sentimientos. Pero el recuerdo de Ángeles, en aquellas noches de mi época de muchacho, cuando espiaba sus encuentros con el mozo que venía desde Pancar a verla cada domingo montando en su bicicleta, se volvía tan real, que yo me sentía empequeñecido, como retornado a la infancia. Y entonces daba en pensar que si Ángeles me era infiel, efectivamente, sucedía por culpa de este hombre. En esto era exactamente en lo que meditaba cuando dejé a mis espaldas el cañaveral y comprobé que *El Bayona* continuaba aguardándome sentado a la sombra.

—No es bueno beber del manantial —dijo al verme.

—¿Hay culebras?

—¿Culebras? —Se quedó un poco confuso. Me observó con matrería y dijo—: ¡Tú sí que eres un buen culebra! —y rio—. El agua está demasiado fría; ataca al vientre y lo descompone. —Se levantó trabajosamente y me siguió nuevamente a la cabaña. Añadió por el camino—: En invierno se huela y hay que partirla con un hacha.

Nos hallábamos en torno a la mesa.

Yo le pregunté si pasaban los inviernos en la cabaña, pero *El Bayona* no respondió. Hizo como si se interesase de pronto por una columna del periódico. Busqué la fecha y vi que era de mayo. Yo repetí la pregunta, pero él arrugaba el entrecejo como si leyese. Enzo seguía en el catre, durmiendo. Yo miré al techo aburridamente. Se comprendía que hiciese aquel bochorno dentro de la cabaña. El sol se colaba por entre las rendijitas de las tejas y hacía caprichosos dibujos en los muros.

«Se habrán pasado días enteros planeando mi secuestro. Seguramente se sentaban en torno a esta misma mesa y discutían los pormenores de su plan. Acaso hasta me han seguido cuando he salido del pueblo. Esta gente trabaja así, a conciencia. Ahora este imbécil estará satisfecho pensando que les traerán el rescate». Pensé en las cincuenta mil pesetas. En otros tiempos nadie hubiera pensado pedir dos duros por mi vida. Me remontaba a

aquellos años de niño, cuando ni siquiera sabíamos mi madre y yo que existía el tío de América.

Me vi de pronto hecho un muchacho paliducho y enfermo. No servía para gran cosa. Mi madre decía que como no sanase terminaría con ella. Yo procuraba ayudarla todo lo posible. A veces hasta subía con ella al cerro del monte y le bajaba una olla de leche. Pero al regreso me encontraba cansado y tenía que acostarme. El médico me aconsejaba reposo. Era inútil: yo me quedaba tres o cuatro semanas en la cama, pero me aburría. Cuando mi madre salía al campo yo me levantaba y andaba vagabundeando por la corralada o por los alrededores... ¡Qué vida aquélla! Mi pobre madre siempre pensando en los gastos de la botica... Los martes iba a Llanes, al mercado. Llevaba una espuerta de alubias o de albérchigos o unas docenas de huevos. Cuando se enteraba de que se pagaba mejor en Posada, se iba hasta Posada con su carga. Si hacía buena venta, llegaba a casa contenta. «Fue buen mercado», decía. «Las alubias, un real más en tercia. Las quitaban de las manos las recoveras de Oviedo y de Santander». Y estaba muy contenta mi madre a la vuelta de los mercados, cuando había vendido a buen precio. Siempre me traía algún dulce o unas alpargatas nuevas. Y cada dos meses compraba una lata de aceite de oliva; una lata de aceite refinado y auténtico de Sevilla. A veces, yo copiaba en los papeles de estraza la Giralda y la bailarina gitana que decoraban el envase. El aceite de oliva era para guisar mis comidas. Mi madre guisaba la suya con manteca de cerdo o sebo. Pero yo tenía que comer bien y el médico le había dicho que si quería sacarme adelante no reparase en gastos. ¡Pobre madre la mía! Recuerdo que guardaba su dinero en el aparador de la cocina; en el interior de una taza que no se usaba...

«¡Cómo cambian los tiempos! —pensé—. Ahora estos canallas piden cincuenta mil pesetas por mi vida. ¡Como si mi vida se la debiera a ellos y no a los desvelos y a las privaciones de mi pobre madre!» Y me dije, con coraje, que Dios había sido cruel no permitiendo que mi madre viviese todavía. «Si ella no hubiera muerto, si ella me hubiese aguardado en el pueblo, yo no me habría casado con Ángeles... No me habría casado con Ángeles ni con nadie y sería feliz a su lado».

Sabía que aquella noche Enzo bajaría al pueblo y haría llegar a Ángeles mi carta. Lo sabía porque fue el mismo Enzo quien me lo dijo antes de que me tumbase sobre el catre a descansar. Sonreía con aquella mirada suya infantil y azul y no le dio ninguna importancia. Yo había rehusado acostarme. Enzo dijo:

—Éstas son las peores horas del día. Te encontrarás mejor si echas una cabezada.

Yo miré hacia la colchoneta. No me apetecía demasiado. Él debió leerlo en mis ojos, porque añadió:

—No es precisamente de plumas, pero cuando uno se pasa el día andando por el monte se coge con gusto. —Miró hacia el catre con cierta maliciosa melancolía y afirmó—: A veces se echa en falta una mujer... Uno es ya demasiado hombre para entretenerse solo. —Y lanzó una carcajada.

No me hizo gracia su humorada. Me limité a dejar la banqueta. Aquellos cuatro pasos que di hasta el catre me hicieron saber lo cansado que estaba. Ya tumbado sobre la colchoneta, oí decir a Enzo:

—Tal vez echés en falta a tu mujer. ¡Hay tíos que les gusta sestar acompañados! ¿Tú qué dices?

Naturalmente, no respondí. Pero pensé en Ángeles; recordé algunos momentos de intimidad con ella. «Ángeles es demasiado mujer para Nando Porrúa». Esto se lo oí decir una semana antes de mi boda a dos vecinos del pueblo. Se hallaban en sus hazas esparciendo la hierba por lo alto con los rastrillos. Yo procuré seguir el camino sin ser visto. A los pocos meses de escuchar aquello supe que lo peor que le puede pasar a un hombre es dudar de su vitalidad amorosa.

Enzo seguía hablando, pero mis pensamientos y mi cansancio me estaban hundiendo en el sueño. En un sueño que debió ser tan remoto como mi infancia y tan revuelto como mi ánimo y del cual desperté sobresaltado.

CAPÍTULO V

CUANDO no reía, *El Bayona* parecía estar disgustado. *El Bayona* miraba a Enzo mientras éste se ponía sobre la chaqueta la gruesa zamarra, y su expresión era hosca.

Dijo Enzo:

—Regresaré de madrugada. —Después me miró, añadiendo—: Ten cuidado con *El Bayona*. Se altera por un quítame de ahí esas pajas y nunca se sabe en qué puede terminar una riña con él. Lo mejor es que no le busques. Es tranquilo si se le deja en paz.

El Bayona sonrió picarescamente. *El Bayona* sonreía con cuquería y me miraba esperando que yo dijera algo. *El Bayona* agachaba un poco la cabeza cuando miraba de aquel modo y sonreía.

Enzo examinó su pistola, fue hacia la maleta, la abrió con una llave que extrajo de su pecho, colgada de una cadena y se echó a los bolsillos de la zamarra algo que no pude ver.

—Volveré de madrugada —repitió. Parecía estar un poco nervioso. Comprobó que en el bolsillo interior de la chaqueta iba el sobre y añadió—: No creo que regrese antes de las cinco.

Yo observaba sus preparativos aburridamente. Enzo estaba listo. Se llevó a *El Bayona* al extremo opuesto de la cabaña y le estuvo diciendo cosas al oído. *El Bayona* asentía de vez en cuando con la cabeza. Enzo volvía a veces la suya hacia mí y después continuaba cuchicheando sobre el hombro de *El Bayona*. Me hice el distraído y fisgoneé las páginas del periódico sin leer absolutamente nada. Al fin terminaron la conferencia.

El Bayona vino a sentarse a la mesa, frente a mí. Sacó la petaca y comenzó a liar un cigarrillo.

—Bien —dijo Enzo—. ¡Cada vez queda menos! —Dudó unos segundos antes de continuar diciendo—: No es fácil escapar de El Palacio. *El Bayona* te zurrará de lo lindo si pretendes hacerle cualquier jugarreta. —Había desaparecido el azul de sus ojos. Al decir aquello, los ojos de Enzo se volvieron casi grises: parecían de plomo.

Sabía que era verdad lo que decía.

Enzo salió de la cabaña.

—¡Suerte! —le voceó *El Bayona*, sin levantarse siquiera de la silla.

Le vimos alejarse a través de la puerta.

El sol ya no llegaba a la pequeña hondonada de El Palacio. El sol debía de haberse ocultado hacía una hora tras los riscos más altos de la cordillera.

Guardamos un profundo silencio.

El Bayona dio una larga chupada a su cigarro y lanzó el humo hacia el techo. Yo le veía fumar distraídamente.

El Bayona me alargó la petaca.

—¿Un cigarro? —ofreció.

No le dije ni que sí ni que no. Saqué la pitillera y encendí uno de los míos. Fumaba emboquillados. Fumaba muy poco y cuando lo hacía tenían que estar emboquillados. De lo contrario prefería no hacerlo.

—Eres un tío fino —comentó—. ¿Son americanos?

Yo arrastré la banqueta hasta el quicio de la puerta y me senté allí a fumar plácidamente, sin responderle.

El Bayona continuó hablando:

—Cuando estoy en Francia siempre fumo tabaco americano. Pero aquí me gusta más la picadura. A los que somos fumadores de verdad nos gusta más el negro.

A mí me gustaba estar allí sentado viendo el diminuto paisaje de la hondonada. Parecía muy distinto al que había visto a mi llegada, cuando el sol del mediodía azotaba los riscos próximos y resplandecía sobre el pedregal calcinado. Había tanta paz por los alrededores que no pude menos de sentirme a gusto.

«Si hubiera sabido que existía un lugar semejante habría venido a pasar en él una temporada», me dije. «Debe ser bueno vivir en un sitio así. Uno solo... Uno solo con su mujer». Y el recuerdo de Ángeles vino a malograr mi tranquilidad. «Lo más fácil es que haya dado parte a la Guardia Civil. Se habrá armado un gran revuelo en el pueblo a cuenta mía. Cuando Enzo trate de hacer llegar la carta hasta ella es fácil que lo detengan. Le obligarán a conducirles hasta aquí y después les arreglarán las cuentas». Pensaba que los vecinos llevarían la noticia de una casa a otra: «Al marido de Ángeles le

tienen preso los del monte. Han cogido a uno que venía a traer la carta donde pedían el rescate». Se armaría un buen lío en el pueblo tan pronto como se enterasen de la noticia. Estaba seguro. «Después de todo —me dije— esto servirá para que Ángeles se lleve un susto fenomenal. El temor a que pueda pasarme cualquier cosa resucitará en ella el sentimiento que en otro tiempo demostraba tener para conmigo». Me veía ya bajando del monte, entre los guardias civiles, atravesar el río por el puente del molino entre las curiosas miradas de los vecinos y salir a Los Cuatro Caminos, donde sin duda se encontraría todo el pueblo aguardando. «Tal vez tenga que ir al Cuartel... Tal vez frente a la taberna de Antonino nos aguarden un par de coches para llevarnos a todos al Cuartel a declarar»...

El Bayona cruzó ante mí y fue a sentarse a varios pasos sobre el césped.

No pude menos de pensar: «Cuando os tengan bien esposados, la Guardia Civil me felicitará por haber contribuido a vuestra captura».

Arrojé mi cigarrillo y me puse a pasear frente a la cabaña. Estaba tan seguro de que todo iba a salir como había pensado que me decidí a pasar el tiempo que estuviese en El Palacio lo más agradablemente posible. «Después de todo —me dije— esto no le pasa a todo el mundo y me gustaría saber algo de Enzo y de *El Bayona*. No creo que tenga otra ocasión de vivir unas horas con un par de bandidos».

Me senté frente a *El Bayona*. Pese a que el sol hacía más de una hora que nos había abandonado, el césped conservaba un calorcillo agradable; un calorcillo que parecía conservar entre la tierra de sus raíces.

—Enzo es un tipo muy especial —dije sin venir a cuento.

El Bayona enarcó las cejas.

—¿Sí? —preguntó. Se había desabrochado los botones de la camisa y se rascaba entre el vello del pecho.

—Me parece... Eso es lo que me parece a mí —repliqué.

El Bayona frunció un poco los labios.

Preguntó:

—¿Estuviste mucho tiempo en América?

—Quince años.

—¿De un tirón?

—De un tirón.

El Bayona se quedó pensativo. Dijo al cabo de un rato:

—Yo siempre le ando diciendo a Enzo que lo que teníamos nosotros que hacer es largarnos a América.

Sonreí ligeramente y él me sorprendió.

—¿Por qué te ríes? —inquirió, molesto.

Le dije que no me reía de nada importante. Simplemente que no era tan fácil ir a un país tan lejano.

—Podemos ir en avión... Si queremos, podemos ir en avión. Damos un par de «golpes» y a mejor vida. —Añadió—: Siempre se lo estoy diciendo a Enzo.

A mí me era difícil pensar que un individuo metido entre riscos semejantes soñase con ir a América. Miré a mi alrededor: la brisa del atardecer tremolinaba entre las cañaveras del manantial. A ratos llegaba hasta mis oídos el gluglú de las aguas. No pude menos de pensar que estaba en el fin del mundo; que el «mundo» no existía más que en mi imaginación... América era un sueño... No eran verdad las llanuras desérticas de Arizona, con sus espacios apacibles cubiertos de yuca, de salvia, de «masquita», de «palo verde», cactus... Habían sido un sueño las escarpaduras de las altas montañas. ¡Ni siquiera el tórrido calor de los arenales del Sudoeste, somnolientos, agrestes, interminables, eran verdad! Sin duda, nada de aquello existía ya, si es que había existido en alguna época... No era posible. Me parecía todo tan lejano, que no me parecía posible.

Me había quedado pensativo y *El Bayona* se dio cuenta de ello. Cuando volví la vista hacia él, me miraba fijamente, con aquel aspecto suyo, tan hosco, que parecía agresivo.

El Bayona no paraba de rascarse entre el vello del pecho.

—¿En qué parte estuviste? —preguntó. Pero no me dejó responder. Añadió—: ¿En Nueva York?

Negué con la cabeza.

—En Tombstone —dije.

El Bayona me miró sin comprender. Incluyó la cabeza hacia adelante.

—¿En dónde?... —indagó de nuevo.

Era inútil que le dijera el nombre de la ciudad donde había vivido. Me limité a decir:

—En Arizona... En una ciudad del Sur.

Se quedó un tanto pensativo.

—Los días de fiesta irías a Nueva York, ¿verdad?

Lancé una carcajada.

El Bayona se echó un poco hacia atrás. Me miró fijamente.

—No me gusta que me tomen el pelo. ¡No ha nacido hijo de madre que me tome el pelo a mí! —exclamó, rijoso.

Le dije que no me reía de él. Tan sólo que no había nadie en Arizona que se permitiese el lujo de ir a pasar las fiestas a Nueva York.

—¿Por qué? —masculló, poco conforme.

—Queda muy lejos... Queda lejísimos: hay que atravesar toda América.

El Bayona arrancó una hierba y se puso a mordisquearla.

—Pensé que quedaba cerca de Nueva York —dijo al cabo. Y añadió seguidamente—: Yo de ir, me iría a una gran ciudad. A Nueva York, a algún sitio por el estilo... ¡Para meterme en un pueblo no hace falta salir de España!

Le dije que América era muy grande, y él me contestó que eso ya lo sabía, pero que nunca hubiera pensado que nadie pudiera hacerse tan rico en quince años, como se decía que yo era, trabajando en un pueblo.

—Tombstone no es un pueblo. Es una gran ciudad. Y Arizona es tan grande como toda España —me limité a decir.

Nos quedamos callados varios minutos.

—Me gustaría ir a Nueva York —dijo.

Yo no le hice caso. Comenzaba a aburrirme su monserga.

—¿Tú conoces Nueva York?

Le dije que no y él pareció sorprenderse.

—Ir a América y no conocer Nueva York es como ir a Francia y no ver París —comentó despectivamente.

Recordé que él había hablado de Francia a poco de marcharse Enzo y le pregunté si él conocía París.

—Estuve allí más de un mes. Es tan grande como Madrid y Barcelona juntas. —Y añadió—: Eso es lo que Enzo dice: él ha sido antes maestro y lo

sabe.

—¿Qué hiciste en París? —pregunté lleno de curiosidad.

Él se encogió de hombros.

—Nada... Estaba sin blanca y dormía bajo los puentes —añadió—. Pero América es un país que tiene mucho dinero. No es lo mismo que Francia... Además se vivía mal en París. Entonces estaban los alemanes.

—¿Y Enzo? —se me ocurrió preguntar.

—¿Enzo?... —se repitió—. A Enzo no le conocí hasta varios años más tarde. Yo vivía entonces en Bayona. Allí fue donde le conocí. Pasaba yo una mala época entonces. —Y se quedó muy pensativo después de decir aquello.

Así, como el que no quiere la cosa, había ido oscureciendo. Sobre la cumbre de la escarpadura que se elevaba detrás de la cabaña se habían agrupado varios jirones de bruma. El cielo era rojizo por algunas partes y salpicado de nubecillas por otras. Entre el ramaje de los fresnos se acumulaban las sombras primeras y también en el cañaveral. Comprobé que mi reloj señalaba las diez. «Las nueve por el sol», me dije. Era mi costumbre cada vez que miraba la hora.

Me imaginé a Enzo monte abajo, camino del pueblo. Acaso ya estaba cerca en aquellos momentos. O también era probable que aguardase hasta más entrada la noche. Disfrutaba pensando en la cara que Enzo pondría de toparse de improviso con la Guardia Civil... «Ángeles estará en casa... Hoy se acostará mucho más tarde... si es que se acuesta... Es posible que lo haga vestida. También es posible que se quede velando toda la noche y pensando que puedo volver en cualquier momento». Y discurriendo estas cosas me imaginaba a Ángeles, con su madre y Moncho, los tres solos en el zaguán, comentando mi desaparición y haciendo cábalas... Al final pensé en la gente del pueblo. «Y en la taberna de Antonino, ¿qué se dirá?» Y la sospecha de que alguien hiciese un chiste a cuenta de Ángeles y de mí, me descorazonó.

El Bayona se levantó desperezándose.

—Vamos a la cabaña —ordenó.

Yo le seguí de mala gana. Se estaba bien allí afuera.

El interior se hallaba a oscuras. *El Bayona* sacó un candil de carburo de alguna parte y lo puso sobre la mesa. Rascó una cerilla y lo encendió. Nos habíamos sentado el uno frente al otro.

—Podemos echar una partida —dijo, frotándose las manos.

Le dije que no había cogido unos naipes en la vida y él me miró incrédulo.

—Es una lástima: se pasa bien el tiempo. —Y encogió sus hombros, desalentado—. Aún es pronto para cenar —añadió luego.

Yo no podía apartar la mirada del cuello tostado y poderoso de *El Bayona*. Desde el primer momento me había recordado al toro de don Juan. Descubrí que había mucho de común entre aquella cabeza y aquel cuello de *El Bayona* y la cabeza y el cuello de «El Amo», el semental negro de don Juan. Sin querer torné a mis años de niño. Recordaba que por aquel entonces Antonino y yo hablábamos con frecuencia de «El Amo». Antonino me decía que en la tasca de su padre se hablaba muchos domingos del toro; que todos coincidían en que era el mejor que había caído por la comarca desde hacía muchos años y que era hermoso como ninguno. Estuvimos mucho tiempo sin poder ver al toro. Los domingos, después de misa, los vecinos del pueblo llevaban sus vacas al picadero de don Juan. El picadero tenía unas altas paredes y sólo entraban los hombres. Traían vacas de todos los pueblos de los alrededores y hubo veces que llegaban hasta de Posada y de Avilés. Todos decían en el pueblo que era un buen negocio tener un toro semejante. Al fin, un día escalamos el muro del picadero y vimos cómo le echaban una vaca. Cuando asomamos la cabeza, el toro rascaba el suelo con la pezuña, tenazmente. Un poco más allá estaba la vaca, inmóvil, aguardando, asustada. Hacía mucho sol. Los hombres formaban un grupo detrás de una valla y fumaban en silencio. El toro babeaba y arrastraba el morro sobre el polvo sin dejar nunca de pezuñear. La vaca movía la cabeza y el rabo espantando las moscas. Antonino y yo aguantábamos la respiración. Todos los hombres estaban pendientes del toro. Yo, sin embargo, me fijaba más en la vaca. La vi volver la cabeza hacia atrás y me pareció que sus ojos estaban a punto de reventar. Eran enormemente grandes y muy tristes sus ojos. De pronto se levantó un murmullo entre los hombres. El toro había levantado la cabeza y estiraba su cuello. Golpeó la

tierra varias veces y salió despedido. Fue derecho a la vaca. Le vimos encabritarse y golpear con sus pezuñas delanteras aquel lomo indefenso. La vaca trató de escabullirse... jadeó... Había tanto sol y me dolía el pecho de tal modo, de estar aplastado contra el muro, que me dejé deslizar. Antonino me siguió asustarlo. Antonino pensaba que nos habían visto. Pero cuando le dije que no, que lo que pasaba era que me había cansado de estar en aquella posición, se enfadó conmigo y trató de escalar nuevamente el muro del picadero; pero no lo consiguió. Ambos estábamos muy nerviosos.

En el cuello de *El Bayona* había como una fuerza anudada y misteriosa. Un algo potente que me atraía y me repugnaba al mismo tiempo. No sé por qué, desde el primer momento había enlazado la impresión que me produjo *El Bayona* con el recuerdo del toro de don Juan.

A mi vuelta de América yo pregunté a Antonino por «El Amo». Antonino se rio: «¿El toro de don Juan?» Yo afirmé con la cabeza. «Se lo requisaron cuando la guerra... Ahora no tenemos toro en el pueblo, y cuando alguien quiere echar una vaca tiene que ir hasta Porrúa. Pero dicen que el toro de Porrúa no es ni la sombra del que teníamos aquí». Yo no había olvidado nunca aquella escena que vimos juntos y, un poco azarado, se la recordé. «Ya lo creo que me acuerdo —dijo Antonino—. A ti te dio vergüenza cuando viste que el toro iba a montar a la vaca, ¿verdad?» Dudé un momento antes de contestar: «No... Creo que fue miedo». Y Antonino me miró sorprendido, y dándome un golpe en la espalda echose a reír a carcajadas...

El Bayona se levantó y acercándose a la puerta cerró con llave.

—Podemos comer algo si te parece. Tengo hambre —dijo. Y trajo varias latas de conservas y comenzó a abrirlas.

CAPÍTULO VI

— **A**L primero que me cargué fue a un cura —dijo. Yo jugueteaba con las latas vacías que había sobre la mesa. No hice el menor comentario.

El Bayona arrimó su cigarro a la llamita del candil y dio un par de chupadas. Cada vez que chupaba para tomar lumbre nos quedábamos casi en tinieblas. La llamita del candil se colaba por su cigarro y producía la impresión de que le llegaba hasta la misma boca.

El Bayona lanzó el humo hacia el techo con deleite, eructó y quitó de la punta de su cigarro la brasa de una impureza del tabaco.

—Hacía tiempo que los curas me venían fastidiando a mí —añadió.

Le pregunté que por qué, y él levantó los hombros un par de veces.

—¡Qué sé yo!... Pero me han fastidiado siempre los curas.

—No es razón —aduje.

El Bayona me miró sorprendido.

Insistí.

—No es una razón. ¡¡Si se fuera a matar a todo el mundo simplemente porque nos es antipático...!! —En realidad no sabía qué decir a un tipo semejante—. No veo que sea una razón —añadí.

—Entonces lo era —aseveró—. No hacían falta curas.

—¿Era de tu pueblo? —indagué.

El Bayona negó con la cabeza.

—No... Era un cura de otra parte. Al de mi pueblo no hubiera tenido agallas para matarle —confesó.

La incredulidad de mi rostro debió de ser tan patente que él se apresuró a explicar:

—No es fácil matar a una persona que se conoce.

Se me ocurrió preguntarle de dónde era el cura.

—De Beleño —respondió.

—¡Ah! —exclamé. Y no sabía por qué.

—¿Es que le conocías? —inquirió él, curioso.

Negué con la cabeza.

El Bayona me miraba hoscamente mientras yo negaba. Me pareció haber entrevisto en su mirada un brillo especial. Pero tal vez la oscilante luz del candil me confundiera, porque él continuó hablando con igual naturalidad:

—No fui yo solo. Fuimos cuatro a por él. Nos habían dicho que le escondía una rica del pueblo y fuimos a buscarle. —*El Bayona* pareció recordar algo muy gracioso porque agachó un poco la cabeza y sus ojos rieron con cuquería—. ¡El demonio de cura se escondía en un armario y cuando registrábamos la casa salía por la parte de atrás del armario y se ocultaba en el pajar! Habían registrado dos veces, y nada. ¡Pero le cogimos!

—¿Cómo fue? —le pregunté. Sabía que *El Bayona* estaba deseando hablar.

—¡Al diablo! Fue de lo más fácil que he visto. Registramos toda la casa al mismo tiempo y yo me lo encontré entre el heno. Había hecho un agujero y salía de él a cuatro patas y lleno de hierba. Yo le decía: «Anda, so cura, sal de ahí». Uno que estaba conmigo le arreaba patadas. ¡Estaba pálido como un muerto el condenado de él!

Le pregunté si le habían matado allí mismo y negó con la cabeza.

—No; nos pasamos antes la gran juerga. Estaba vestido de paisano... Ahora me acuerdo de que tenía unos pantalones que no le llegaban más que a los tobillos y que casi los reventaba por el trasero. ¡Se conoce que comía «mojas» de todas las matanzas del pueblo! Le mandamos descalzarse y le llevamos por el pueblo a empujones para que supiera cómo andaban los hijos de los pobres. Después le metimos en la tasca y le hicimos beber. Allí cada uno soltaba los tacos que se le ocurrían. Hicimos un concurso y el gallina del cura nos escuchaba y rezaba. Cuando salimos de la taberna éramos lo menos quince... —pareció dudar—. Lo que pasó después ya fue tan revuelto que casi no me acuerdo. ¡Al diablo! Estábamos ya con una buena melopea. Le colgaron de un árbol por los brazos y él seguía rezando. Nosotros queríamos que gritase viva el Frente Popular, pero él seguía moviendo los labios, y nada. ¡Para mí, más que rezar, temblaba! La cosa es que unos querían hacer una cosa y otros otra, y yo lo que quería era que gritase viva el Frente Popular. Pero había tanto desbarajuste que uno se

cabreó y le dio un culatazo en la boca para que cerrase el pico y, ¡zas!, se fue todo al garete. Habían traído una lata de gasolina porque querían tostarle... Yo lo que quería era que antes gritase viva el Frente Popular. Así que cuando le vi con la boca partida me dio tanta rabia que dije: «Se terminó la juerga». Y di una patada a la lata y acerqué una cerilla a la gasolina.

A medida que *El Bayona* avanzaba en su relato yo me iba quedando sin sangre en las mejillas. Él lo notó. Debía tener en aquel momento una palidez mortal en mi rostro. Lanzó una carcajada y no pude menos de mirarle horrorizado. Quería demostrar entereza, pero estaba seguro de que mi palidez me delataba.

El Bayona dejó de reír, puso una mano en mi antebrazo y dijo:

—Tienes sangre de señorito. ¡De buena te salvaste estando allá en América! —y se echó a reír de nuevo.

Me parecía imposible que el hombre que tenía enfrente fuese un criminal. «¿Qué impresión me habría producido de conocerle en una situación diferente?» No sabía cómo responderme la pregunta. «Por más vueltas que le dé uno —me dije al fin—, un criminal es absolutamente igual a otro cualquiera. *El Bayona* tiene cara de labrador. Puede uno encontrárselo en cualquier ería, encorvado sobre el surco, sallando la patata o esquilmando la cosecha, pero sin pensar nunca que haya podido matar a un hombre de una manera semejante. Y es, sin embargo, un criminal».

Me consolaba en cierto modo el hecho de pensar que al fin y al cabo *El Bayona* había dicho que se es incapaz de matar a un hombre cara a cara cuando se le conoce. Levanté la vista hasta él y traté de profundizar en sus ojos, de adivinar si, llegado el caso (muy poco probable), se atrevería a liquidarme.

Sin duda, *El Bayona* había pensado que lo últimamente dicho sobre lo del señorito me había enojado, pues evitó tropezarse con algo semejante a una trémula pregunta que yo mismo adivinaba en mi manera de mirar.

—Supe algo de esto por los periódicos de allá —comenté simplemente cuando ya casi no venía a cuento—. Me alegro de no haber estado en España.

—También éstos hicieron de las suyas —argumentó.

Yo le dije que lo creía probable, y él pareció quedar muy satisfecho de que le hablara de tal modo, porque añadió:

—A mí siempre me habían fastidiado los curas. ¡Era la ocasión! ¿No te parece?

Me pareció que lo más prudente era callarme la boca sobre tal punto, pero le dije en cambio:

—Lo malo es que ahora tiene que andar escondiéndose —me parecía una consecuencia contundente.

No opinaba lo mismo. Lanzó varias carcajadas y dijo:

—Esto es sólo cuando trabajamos... Pero después nos damos el bote... y ¡a vivir!

Yo comenzaba a sentir que me adormilaba. Hacía calor en la cabaña. No era excesivo, pero sí lo suficiente para que, unido al cansancio y a las emociones del día, pesase sobre los párpados.

La llamita del carburo se había menguado considerablemente y en lugar de aquella claridad blanca y lechosa del principio nos iluminaba con una tremulante amarillez.

Eché una mirada al catre, me palpé los muslos y los tenía doloridos. A fuerza de estar sentado, casi me había olvidado de que estaba lleno de agujetas. Giré disimuladamente mi cabeza hacia los lados para comprobar si mi pescuezo seguía resentido por los golpes de la mañana y tuve la satisfacción de saber que no era así. Sin embargo, cuando me oprimí ligeramente detrás de las orejas pude apreciar que los músculos, en aquellas partes, estaban aún resentidos. Me restregué las manos por la cara y bostecé pretendidamente y *El Bayona* picó:

—Puedes echarte si quieres. —Miró hacia el catre, no sin pereza, añadiendo—: ¡Lástima que no pueda hacer lo mismo!

Yo le dije que tenía sueño y que no pensaba ni por lo más remoto en echarme a correr monte abajo. Y él, después de sonreír picarescamente, agachando un poco la cabeza, respondió:

—Es muy posible eso. ¡Pero, al diablo, no quisiera tener que andar toda la noche de un sitio a otro si te atrevieses a hacerlo! Además —continuó— sería inútil: no acertarías a dejar la hondonada y te despeñarías monte abajo.

—Movi6 la cabeza pensativamente—. No me gustar6a que Enzo pensase que te hab6a descuidado.

Yo me estaba tumbando ya cuando termin6 de hablar. La luz tremulante y amarillenta del candil proyectaba en el muro la agigantada cabezota de *El Bayona*.

Se estaba bien en el catre. «¿Ser6 posible que logre dormir?», pens6. Y no lo cre6 posible. Hab6an pasado demasiadas cosas por mi frente desde aquella ma6ana, ya tan remota, en la que yo estuve paseando entre los arces de la ribera del r6o, un poco m6s arriba del lugar donde 6ngeles se acostumbraba a ba6ar. «Es una pesadilla... No es m6s que una pesadilla», me repet6a. Pero estaba seguro de que no lo era; estaba demasiado seguro de que cuanto hab6a sucedido durante el d6a era algo tremendamente real. «Despu6s de todo, ¿a qu6 tener miedo?: son dos hombres. No hay por qu6 tener miedo. No ha de pasarme nada. En 6ltimo caso s6 sobradamente que lo 6nico que pretenden es mi dinero y que puedo d6rselo». Pensaba esto, pero estaba seguro de que terminar6an caz6ndoles. «No es tan f6cil secuestrar a un hombre y pedir el dinero que se quiera a cambio de su vida... No es tan f6cil... Estamos en un pa6s civilizado. Hay guardias. ¡Les cazar6n!... Cincuenta mil pesetas... Y ¿por qu6 precisamente esa cantidad? ¿Por qu6 no cuarenta mil, o setenta mil o m6s?» Mi cabeza no paraba de dar vueltas a todas estas cosas. Lo que m6s me fastidiaba era pensar que 6ngeles hab6a estado en el r6o, ba66ndose, cuando me cazaron. No pod6a pensar en 6ngeles sin atormentarme. «Ella se estaba ba6ando tranquilamente y yo camino del monte con estos dos canallas... Acaso, durante la ma6ana, mientras tomaba el ba6o, alguien, desde los ca6averales de la orilla, la espiaba...» Cuando se haya enterado, quien la hubiere visto ba6arse, lo habr6 comentado en la taberna de Antonino. «Yo poni6ndome como un pepe y el muy c... de su marido dej6ndose coger por Enzo y *El Bayona*». Y esto 6ltimo les har6a carcajear un buen rato a todos, y hasta la mujer de Antonino tendr6a el o6do atento para despu6s ir a contarlo en el lavadero. As6 me atormentaba pensando en 6ngeles.

El Bayona ordenaba sobre la mesa un solitario. «Seguramente se har6 trampa», me dije.

Cerré los ojos. Tenía cerrados los ojos y seguía viendo a *El Bayona* allí sentado, frente a los naipes, débilmente alumbrado por la llamita del carburo. Se me vino a la imaginación cuanto me había contado sobre el asesinato del cura. Lo veía tan claro que se me antojaba que lo estaba presenciando de igual modo que había presenciado tantas proyecciones horripilantes en los cinematógrafos de Tombstone. Ahora, aquellas salas siempre en penumbra, donde las pantallas estaban iluminadas desde la mañana a la noche, me parecía que no tenían razón de ser. Era curioso: trataba de saber cómo eran las salas de Tombstone, cómo estaban pintadas, cuáles sus adornos y no lograba recordarlo. Parecía como si me hubiera movido por la semipenumbra de sus pasillos como el sonámbulo que recorre de noche la casa y a la mañana siguiente no se ha enterado siquiera. Así de remoto lo encontraba todo. Trataba de recordar a mi tío cuando abandonábamos en su coche la ciudad para visitar el rancho y presenciar el embarque de las reses en los aparcaderos de ganado del ferrocarril, y sólo lograba una pálida imagen; un gesto de su cara o el contoneo de sus hombros al alejarse dentro de su impecable traje claro. Y también aquella manera suya de empaparse el sudor de la frente con sus enormes pañuelos de chillona batista. Pero todo era excesivamente lejano; todo pertenecía a un mundo acabado. Lo único verdadero era esto de ahora: El Palacio... (sonreía al pensarlo, no pude menos). El Palacio, y Enzo, y *El Bayona*... Hasta Ángeles me parecía que se alejaba por segundos...

Tuve un ligero sobresalto y abrí los ojos: *El Bayona* seguía frente a sus naipes. La llamita del candil estaba a punto de extinguirse. Él se agachaba sobre la mesa. Nadie hubiera pensado, viéndole en aquel momento, que era un asesino. Sus manos dudaban sobre las cartas un momento y luego... La serenidad de su rostro era tan manifiesta como el silencio de la noche un tanto bochornosa.

«Me gustaría dormir de un tirón». Me repetía esto una y otra vez, como si esperara convencerme a mí mismo; como si quisiera ganarme el sueño con esta especie de súplica. No me fue fácil sin embargo. Hube aún de vagar, de recordar épocas lejanas de mi infancia, casi remotas. Fue como un preludio al sueño en el cual hice una especie de recuento emocional de mi niñez. Me dejé llevar para ello de la mano de un niño que, por suerte para

mí, aún conservo en lo más hondo de mi vida acumulada; en ese rincón casi imposible de penetrar que es la mismidad de nuestro ser. Recorrimos juntos las pomaradas y los maizales; saltamos muros y esquilamos altos robles. Pasamos a través de otoños, de inviernos, de primaveras, de veranos, de nuevos otoños... Hicimos sangría con el jugo de moras negras, maduras y dulcísimas y con el agua fría de Rugarcía; revolvimos las brasas de las magostas en busca de castañas; paladeamos grumos, mayetas y arándanos; nos zambullimos en el río, calentándonos luego al sol, sobre la hierba, y también corrimos asustados en los atardeceres... Y siempre, siempre, el recuerdo de mi madre en las eras, o en la corralada, o caminando tras el carro, flotaba en el fondo de cada una de mis correrías. Mi madre me llamaba; me llamaba siempre... Antonino y yo seguíamos saltando muros; cosechando primaveras; cansando nuestros pulmones de nieblas y de otoños; chapoteando inviernos... Yo me sentía fuerte al lado de Antonino, pero era débil... Yo era un niño débil y enfermaba y me sentía débil al lado de mi madre. Y al lado de mi madre me complacía ser un niño débil, y hasta gozaba cuando tenía que hacer reposo y me pasaba semanas o meses en la solana de casa. Mi madre me amaba mucho más cuando yo estaba de reposo; mi madre tenía un largo cabello anudado sobre su nuca y cubierto con su pañuelo de blancos lunares; mi madre sonreía a veces, o estaba triste o cansada... Mi madre...

Creo que pensando en mi madre comenzó a envolverme el sueño. La veía inclinada sobre la palangana lavándose. Bajo su mata de pelo mi madre tenía una nuca blanca, hermosísima... Al final, su recuerdo se confundió con el de *El Bayona*. El pescuezo de *El Bayona* era igual que el del toro de don Juan... A mí me sobrecogía comprobar cuán parecidos eran y un terror indescriptible me atenazaba la garganta al comprobar que *El Bayona* abría y cerraba la boca; que *El Bayona* me estaba hablando. Yo le escuchaba atentamente: «Al primero que me cargué fue a un cura... Al primero que me cargué fue a un cura...» *El Bayona* no decía otra cosa.

CAPÍTULO VII

«**S**E ha dormido... Se ha quedado dormido».

Me había incorporado sobre el catre y trataba de penetrar la oscuridad con la mirada.

La luna dejaba entrar como dos puntas de cuchillos por los estrechos huecos que hacían de ventanas. Poco a poco fui haciendo mis ojos a la penumbra y comprobé que *El Bayona* se había sentado junto a la puerta. Roncaba ligeramente.

«Se ha quedado dormido», volví a repetirme. Y me incorporé un poco más, cautelosamente. Rechinó una tabla del catre y yo me quedé suspenso, conteniendo la respiración.

«¿Y si intentara escapar?», me dije, trémulo.

Por los huecos de las ventanas, absurdamente estrechas y alargadas, la luz entraba del exterior y era igual que el brillo de dos grandes hojas de cuchillos clavados oblicuamente sobre el piso terroso de la cabaña.

«¿Y si intentara escapar?» Casi me hallaba sentado sobre el lecho. «¿Y si hiciera algo para salir de aquí?» Pero sólo la idea me había ido acelerando el corazón y éste me brincaba igual que un potro sin domar. *El Bayona* seguía roncando plácidamente; pero a mí me asustaba aquel golpeteo incesante del corazón. «No lograré salir... No adelantaré nada intentándolo... No lo conseguiré... Se despertará en el momento en que dé el primer paso», me decía. Estaba seguro de que sucedería tal como lo pensaba. El corazón seguía dando puñetazos dentro de mi pecho. Tan acelerado estaba, que temía que sus latidos pudieran despertar a *El Bayona*. «¿Y si lo intento y me sorprende? Si lo intento y llega a sorprenderme, ¿qué sucederá?... ¿Qué sucedería en este caso?»

Inconscientemente me llevé los dedos al cuello. Seguía resentido por los golpes recibidos. Si apretaba un poco resultaba doloroso. Noté incluso que al pasar la saliva me dolía. ¿Por qué? Había cenado sin la menor molestia.

La respiración de *El Bayona* era profunda y acompasada. Yo dejé caer mis piernas fuera del catre. Posé los pies en el suelo y me quedé allí

sentado, igual que acostumbraba a hacer al levantarme cada mañana.

«¡Si pudiera escapar!» Pensaba en huir, pero me encogía sobre mí mismo tremulante, lleno de pánico, ante la sospecha de que *El Bayona* se despertase tan pronto diera el primer paso. «¿Y si me pesca? ¿Y si me sorprende tratando de escapar?... Está cerrada la puerta y él duerme junto a ella... Es inútil... Sería una tontería intentarlo... Sería ponerlo todo peor... No adelantaré nada». Trataba de convencerme de que cuanto hiciese iba a resultar inútil y pensaba de este modo. Al mismo tiempo me palpaba el cuello y me parecía estar viendo el canto durísimo de la mano de *El Bayona* dejando caer su fuerza sobre los músculos tensos de mi pescuezo. Recordé la escena de la mañana, bajo el sol abrasador del mediodía, y un sudor frío humedeció mi frente.

«Aunque pueda darle un golpe y salir de la cabaña no lograré huir... Es aún de noche... Me perderé por cualquier vericuelo y darán conmigo antes de que amanezca...»

Fijé mis ojos en el bulto de *El Bayona*. Quería saber hasta qué punto estaba dormido; me hubiera gustado saber si su sueño era pesado o si, por el contrario, sólo estaba adormilado y aquellos ronquidos suyos no querían decir que durmiese profundamente. Como el que no quiere la cosa volví a estirar las piernas sobre la colchoneta y dejé caer lentamente mi cabeza en la almohada. Aun sabiendo que no iba siquiera a intentar huir, el corazón continuaba brincando por mi pecho adentro con gran susto.

Quise saber la hora, pero no logré distinguir los números en la esfera de mi reloj. Me preguntaba cuánto habría dormido, y trataba de justificar mi miedo a la huida pensando que sin duda Enzo estaba ya de regreso, y que si lograba dar con la cueva para salir de aquella ratonera, lo más probable era que él me descubriese. Meditando sobre las pocas posibilidades de éxito que pudiera tener una intentona semejante di en pensar en cómo se les había ocurrido raptarme. «Sin duda se habrán enterado por los vecinos del pueblo de que tengo dinero», me dije. Sabía que en los pueblos de la comarca se me consideraba como millonario y que en la tasca de Antonino se hacían apuestas sobre el capital que unos y otros me calculaban. En cierta ocasión la vieja me había dicho que en el pueblo se comentaba mi fortuna y que continuamente se decían: «Ya ves el de la Sinda; se marchó cuando era un

muchacho; no tenía donde caerse muerto y ahora puede comprar todas las tierras del concejo». Sin duda Enzo y *El Bayona* habían oído algo de esto y planearon lo de mi rescate. No me parecía excesiva la cantidad que pedían por mi vida sabiendo, como sabía, que en el pueblo se me tenía por millonario. «Después de todo han sido modestos», me dije. Y no pude menos de preguntarme qué pensarían hacer con mi dinero. «Acaso algún día se marchen a América», me contesté. Y tuve que sonreír.

Cuando yo salí del pueblo no alimentaba ninguna esperanza. Había oído hablar a los mayores de que América era un país muy rico y que el que trabajaba, tarde o temprano, volvía cargado de dinero. Pero nunca se me pasó por la imaginación el pensar que algún día yo sería uno de esos que regresaban cargados de dinero; nunca me pareció que mi marcha iba a ser el comienzo de una absoluta despreocupación económica. Nunca había pensado que pudiera haber alguien a quien el dinero le sobrase. Cuando era niño yo sabía ya que don Juan era un hombre rico. No había más que verle pasear por sus tierras, montado en el caballo, y saber que sus hijas estudiaban en la ciudad. Tenía más de quince jornaleros en la época del maíz, de la hierba, y junto a su casa un lagar para prensar la manzana. Pero don Juan nunca demostró que le sobrase el dinero: vigilaba las faenas del campo y cuando alguien se sentaba a la sombra a liar un cigarro, o se acodaba en el muro y daba palique a las muchachas, él siempre les recordaba que no les daba jornada y comida para que perdiesen el día.

Me era grato volver a mis años de infancia. Me era tan grato como cuando estaba en Tombstone y las noches eran tórridas y no se podía dormir. Con frecuencia, ya en los últimos tiempos de mi estancia en América, después de la muerte de mi tío, me acordaba del pueblo. Le recordaba en aquel día gris en que le dejé y no había olvidado la breve conversación de despedida que sostuve con Ángeles. «Cuando regrese, si aún sigue soltera (cosa que dudaba), me casaré con ella», me decía. Y hubiera querido regresar a la mañana siguiente. Pero no era sólo Ángeles la que llenaba mi pensamiento. Me preguntaba con frecuencia cómo estaría el pueblo; si habría cambiado mucho; y las gentes... ¿qué será de don Juan, siempre montado sobre su caballo?... ¿Y de Antonino, el hijo del tasquero...; y de Paco el molinero? ¿Qué será de todos ellos? Y trataba de

recordar más nombres. Les veía a todos tal como eran entonces... ¿Y el médico?, ¿qué sería del médico? Era ya bastante viejo en aquella época. ¿Habría pasado la guerra por mi pueblo? Me los imaginaba a todos con las mismas costumbres de siempre... Recordaba que en las épocas que estaba completamente sano yo iba al campo con mi madre y procuraba ayudarla. Teníamos cuatro vacas y un caballo de tiro. En invierno había poco que hacer. Ella me enseñó a cambiar las camas al ganado y a limpiar el establo, y yo lo hacía, y nunca quería decirle si me cansaba. Mi madre salía por las tardes con el caballo y regresaba cansada de llevar el arado, de quitar el rastrojo de las tierras. A mí me gustaban los días de invierno y lo pasaba bien cuando iba con mi madre a quitar las hojas a las mazorcas a casa de cualquier vecino. Se reunía mucha gente. Los hombres bebían vino y algunos contaban historias acaecidas hacía ya muchos años, cuando ni aun los más viejos del pueblo habían nacido. Los chiquillos estábamos cansados de revolvernos entre las hojas tersas de las panojas y como un poco borrachos de su olor seco y polvoriento. Nos acurrucábamos jadeantes y seguíamos aquellas historias llenos de asombro, mientras las panojas, muy amarillas, iban acreciendo la pila.

Por diciembre se mataba el chon y también se ayudaban unos a otros. Se madrugaba mucho para la matanza. Se hacía en la corralada y era casi de noche todavía. Yo zascandileaba de un lado a otro y estorbaba. Al fin, cuando todo lo tenían preparado, sacaban al chon del cubil tirándole fuerte del rabo. Otros le tomaban por las orejas y entre todos le derribaban al suelo. Después le amarraban las patas y le subían al tronco. El chon gruñía y yo siempre me distanciaba un poco y me tapaba los oídos cuando el puntillero, que siempre era Paco el molinero, le hacía chillar escandalosamente. Después pedían el caldero y se llenaba de sangre hasta los bordes. Preparaban un buen montón de escajos, les arrimaban una brasa y los escajos crepitaban lanzando grandes llamaradas que quemaban los pelos del cochino. Con la sangre se hacían boronos para desayunar. A los chiquillos nos los hacían más pequeños y cuando estaban fríos eran deliciosos tomados con la pulienta. Se trabajaba todo el día: se hacían chorizos y morcillas con las tripas de vaca y tenían que estar riñéndonos a todas horas. Eran días alegres aquéllos.

También por enero se pasa bien con la magosta de las castañas. A veces nevaba y había que limpiar la corralada, pero durante el día ya no quedaba otro trabajo que el de acaldar la cama al ganado y echarle de comer. Ya entrada la primavera salíamos al campo bien provistos de rastrillos, atropábamos las hojas de los prados y hacíamos grandes humaredas que nos llenaban el cuerpo de un olor a leña húmeda y quemada. Cuando los prados quedaban limpios de hojarasca, mi madre uncía el caballo al carro, le cargábamos con el estiércol que se amontonaba detrás de la casa durante el invierno y nos íbamos a los prados. Ella llevaba las bridas y yo me sentaba a su lado, en el pescante, y a nuestra espalda el abono calentito humeaba como aliento de potro. A mí me gustaba llenar los pulmones con aquel denso olor porque me sentía más sano y más fuerte. Primero hacíamos cinco o seis pilitas de estiércol en cada prado, según lo que se necesitase, y al día siguiente volvíamos con las palas de pinchos y lo esparcíamos. Y el estiércol aún seguía humeante y oloroso. La hierba crecía rápidamente y había que segarla. El ganado daba buena leche con aquella primera hierba tan rápidamente crecida y tan fresca.

Aquello era verdadera paz... En verano venía el segar la hierba y el esparcirla sobre el prado para que se secase. El tomillo lo llenaba todo con su aroma. En agosto el sol apretaba y la hierba sudaba y se le daba vuelta. Y todos los que iban de faena llevaban un botijo con agua de moras. Y sí el campo estaba lejano, las mujeres iban al mediodía con la comida, en grandes canastas que tapaban con manteles a cuadros blancos y rojos o de rayas muy vistosas, y se comía a la sombra de cualquier árbol.

En verano eran también las fiestas de casi todos los pueblos. Empezaban con San Pedro. San Pedro era una fiesta de las más lucidas. Había San Pedro de Vidiago, de Pancar y de Cué. Venían orquestas de Posada o de Avilés, y hubo un año que trajeron la música de Oviedo. Aquello lo hicieron los de Pancar por despecho, según decían los hombres en la tasca del viejo Antonino, y les costó mucho dinero. Pero en Pancar dieron una gran fiesta, con concurso de bolos y de rana, y la orquesta no paró de tocar ni un minuto. Aquel año en Cué y en Vidiago no tuvieron casi gente, y hasta los organizadores se fueron por la noche a bailar a Pancar.

Yo me escapaba en verano a las romerías, después de comer, y ya no regresaba hasta que oscurecía. Siempre iba con Antonino... Los mozos buscaban pareja y casi todos los veranos salían algunos novios.

Era una época de paz aquella.

También sucedían acontecimientos desagradables por culpa de las muchachas. En cierta ocasión dieron una cuchillada a un mozo de mi pueblo cuando venía de cortejar a la novia que tenía en Cué. Fue cerca del Colegio de La Arquera y le recogieron los Hermanos de la Doctrina Cristiana, porque gritaba como un descosido tirado en la cuneta. Armó mucho jaleo aquello y el alcalde llamó a consejo y se tomaron medidas. Yo me escapé a los pocos días a ver la mancha de sangre que había dejado el herido y, durante muchos años, cuando algún vecino pasaba por aquel lugar siempre lo hacía con miedo recordando dónde habían herido al muchacho. Dicen que se salvó gracias a que le metieron un pañuelo en la herida. Que yo recuerde, fue lo más grave que ocurrió en el pueblo cuando yo era un muchacho.

Antes de que pasase lo del herido de La Arquera, los mozos que iban a otro pueblo a cortejar, tenían que regresar cuando aún era de día y a pesar de ello, con precaución, porque lo frecuente era que los muchachos del pueblo de sus novias les esperasen en los lugares más solitarios, ocultos entre los árboles, y les apaleasen si no andaban listos. Cuando ocurría alguna de estas peleas las mujeres tenían de qué hablar en el lavadero, y los hombres en la tasca del viejo Antonino. Había grupos de distintos pareceres: unos opinaban que los muchachos del pueblo sólo debían casarse con las muchachas del mismo pueblo, y otros todo lo contrario. Entre los primeros estaban las madres con hijas casaderas, y entre los segundos las madres con hijos ya cumplidos de servicio militar. Por culpa de todas estas cosas también se armaban buenas marimorenas, en el lavadero, entre las madres de muchachas casaderas y las otras madres de muchachos ya cumplidos de servicio militar. «¿Es que nuestras hijas son poca cosa para los mozos del pueblo?», preguntaban rijosas. Y las madres de los muchachos ya cumplidos de servicio militar se encogían de hombros y decían que no; pero que a los muchachos había que dejarles hacer su santa voluntad, que para eso eran hombres y trabajaban. En el fondo casi todas se

decían: «¡Ahí tengo yo a mi Manuel, que tanto me ha costado criarle, para que se case con la piojosa de tu hija!» Y la que no decía Manuel decía Perico o Timoteo u otro nombre cualquiera que fuese el de su hijo.

Estas cosas pasaban en el lavadero. Pero cuando los mozos de Cué acuchillaron al muchacho de mi pueblo cerca del Colegio de La Arquera y el alcalde mandó tocar la pequeña campana del concejo y se reunieron los hombres para hablar sobre el asunto y tomar las medidas oportunas, las mujeres dejaron de discutir en el lavadero y todo se puso tan serio y de mal cariz, que al verano siguiente ya nadie se metía con los mozos que iban o venían de un pueblo a otro para cortejar...

Yo pensaba en todas estas cosas de mi pueblo cuando estaba en América y siempre me decía: «¿Qué habrá sido del hijo de Antonino, o de Paco el molinero, que era el único que se las apañaba para matar como Dios manda los chones del pueblo? ¿Y de don Juan y sus hijas, y del médico, que en mis tiempos de niño ya era bastante viejo?

»¿Qué habrá sido de todos ellos?», me preguntaba siempre. «¿Y de Ángeles, qué habrá sido también?... ¿Estará casada?» ¡Me hubiera gustado tanto coger el primer avión y presentarme en el pueblo sin más ni más! Pero no era tan fácil. Mi tío tenía tantos negocios que yo tardé algún tiempo en poder hacerme cargo de sus intereses después que murió. «¿Qué es lo que hago yo aquí en una ciudad y entre unas gentes a las que no me siento unido a pesar del tiempo que he pasado entre ellos?», me preguntaba. Y era en estos días cuando me acordaba de mi casa, del carro del estiércol, de las magostas o del lagar de don Juan, al que iba algunas veces para ver cómo prensaban la manzana reineta y para echar un trago del dulcísimo jugo que corría por el regato hasta los barriles... Me acordaba del sabor de la sidra y recorría los bares de Tombstone, pero no había manera de encontrar ninguna bebida que se le pareciera...

Yo evocaba estos pensamientos que me habían alimentado en América, durante quince años, el recuerdo de mi pueblo. Evocaba todas estas cosas y miraba al techo de la cabaña y no podía menos que pensar que, a mi regreso, todo lo había encontrado muy cambiado. Ya no iban unos vecinos a casa de otros cuando se despanojaba y tampoco ayudaban en la matanza. Ahora nadie quería que los demás se enterasen de cuántos chorizos en

manteca habían sacado del cerdo, ni los kilos de morcilla o de tocino... Ahora cada uno hacía las cosas por su lado y como en secreto. «Durante la guerra pasaron muchas cosas. Ya no son aquellos tiempos», me advirtió Antonino el tasquero, que se había quedado con el negocio de su padre. «Ya todo ha cambiado. Nadie es como antes». Y a mí me entró una gran tristeza saberlo y sólo hallaba consuelo paseando por la ribera del río, bajo los arcos y haciendo salida a las tierras que habían sido de mi madre...

El Bayona seguía en la misma postura. *El Bayona* continuaba roncando a intervalos muy regulares. Yo levanté un poco la cabeza y miré hacia él.

Ya no era la luz de la luna la que se colaba por los huecos que hacían de ventanas. Era una pálida luz plomiza que me hizo pensar en la amanecida.

«¿Dónde estaría *El Bayona* en mi época de niño? ¿Qué haría? Sin duda cultivaba el campo y en invierno se sentaba en torno a la pila de panojas y les quitaba la hoja y escuchaba las historias que contaban los más viejos», me decía. «Efectivamente, cómo ha cambiado todo. Tiene razón Antonino». Y miraba hacia *El Bayona* de nuevo y comprobaba que seguía dormido; que a pesar de todo él dormía como si tal cosa.

CAPÍTULO VIII

ÉL no dijo ni pío, pero se le veía preocupado.

Me fui a sentar sobre el césped, a la sombra de los fresnos, y encendí uno de mis emboquillados. La mañana era tibia y, en lo alto, el cielo tan azul hacía pensar en un nuevo día caluroso. A mí me apetecía fumar en aquel momento y me deleitaba despedir el humo suavemente.

El Bayona no había querido responderme; *El Bayona* estaba preocupado y por ello no había querido responder a mi pregunta.

El Bayona había sacado la banqueta y se hallaba sentado al sol, junto a la puerta de la cabaña. Tenía arremangados los puños de la camisa y enseñaba sus brazos velludos y tostados.

—Quedó en regresar de madrugada —añadí, sin importarme un comino que él hubiera querido eludir la conversación no respondiendo a la pregunta.

Hizo como si no me hubiera oído, pero se levantó y vino hacia mí cachazudamente.

—¿No fue eso lo que dijo? —machaqué.

El Bayona me miró despectivamente, levantó los hombros hasta las orejas y masculló:

—¿Y qué?

Yo di una chupada al pitillo.

—Es bastante extraño, ¿no? —dije después mientras expulsaba el humo hacia el césped, como no dando importancia al comentario.

El Bayona me miró agresivo.

—¿Por qué? —preguntó. Y añadió seguidamente—: No veo en ello nada de extraño.

Pero seguía mirándome hoscamente, y yo tuve la impresión de que estaba adivinando mi pensamiento.

Me pareció prudente cambiar de táctica. Entonces le dije que lo único que me extrañaba era que hubiese calculado tan mal el tiempo que iba a tardar en bajar al pueblo y regresar luego a El Palacio.

—Es mejor que no te preocupes por Enzo. Él sabe lo que hace — aseveró.

Yo le dije que no me preocupaba por él, sino por mí; que me había hecho a la idea de que iba a estar con ellos hasta el día nueve y que me molestaría mucho que «las negociaciones» se retrasasen por cualquier motivo.

Traté de buscar el tono de voz más convincente para decirle todo esto; pero *El Bayona* no pareció quedarse muy satisfecho. La verdad era que los dos pensábamos lo mismo, aunque con muy distintos sentimientos.

El Bayona estaba frente a mí, de pie, y su mirada no podía ser más agresiva.

Dijo de pronto:

—¿Qué piensas?... Que le han cazado, ¿verdad? —Su rostro resultaba amenazador—. ¿Es eso lo que piensas, eh? Estás pensando que le han cazado y que no tardarán en dar con nosotros... ¿Es eso lo que piensas?

Traté de sonreír, pero sólo hice una mueca.

—Nadie ha dicho que piense eso.

El Bayona carcajeó. Levantaba la cabeza hacia el cielo para reír, pero seguía mirándome de soslayo.

—Me crees un palurdo, ¿eh? Piensas que soy un palurdo a quien se le puede engañar con facilidad, ¿verdad que sí? —Levantó el pie inopinadamente y me golpeó con la planta en el hombro, de tal forma, que caí hacia atrás—. ¿Es eso lo que piensas?... ¡A ver!, es eso, ¿sí o no?

Yo me incorporé con dificultad. El cigarrillo se había escurrido de mis dedos. Comencé a mirar en derredor como si lo buscara.

—¡Bueno..., si usted lo dice! —Y levanté los hombros al tiempo que le miraba a la cara para darle a entender que estaba en un error.

Pero *El Bayona* parecía hallarse fuera de sí.

—¡Al diablo!, yo no digo nada... Es mejor que no juegues conmigo. Yo no digo nada. Eres tú el que andas fastidiándome con que si tal y cual... Eres un pollo que te crees muy listo, pero aún no ha nacido hijo de perra que me la dé... ¡Apréndete el cuento!... Te crees muy listo porque has estado en América y vienes con dinero, pero no eres otra cosa que un lerdo como los demás... ¡Un patán con traje fino...! Bien, ¿qué dices? —Y se

quedó plantado con los brazos colgando y los ojos amenazadoramente fijos en mi persona.

No contesté. No dije una sola palabra. Me había dado cuenta de que *El Bayona* era más fino de lo que, hasta aquel momento, me había parecido.

El cigarrillo humeaba entre dos hierbitas. Lo recogí.

El Bayona dio media vuelta y fue a sentarse de nuevo junto a la puerta.

«He sido tonto», me dije. «Debía callarme la boca y esperar. Es un mal bicho... Ahora veo que es un mal bicho. Si Enzo no vuelve no vacilaré en quitarme del medio», pensé. Y la perspectiva no me resultaba nada halagüeña. Seguí todavía un buen rato recriminándome por la torpeza que había cometido hablándole de Enzo y de su tardanza. Daba vueltas a mi cabeza y un nerviosismo absurdo me hacía temblar las manos a pesar de los esfuerzos para impedirlo.

«¿Qué será de Ángeles? Para estas horas ya habrá leído la carta y conocerá mi situación... Sin duda se habrá asustado de tal forma que... ¿Y si enferma?... La noticia la habrá tenido que dejar confusa... Ella se estaba bañando ayer en el remanso cercano a los cañaverales y yo camino del monte con estos dos...» Ella lo pensará también. Se dirá: «Ya me extrañaba a mí que no viniese a comer». Y lo comentará con su madre: «Recuerdas cuánto me sorprendió que Nando no viniese a comer —le diría—. ¿Lo recuerdas?... Pues aunque no dije nada me dio mala espina. Así que cuando por la noche leí la carta casi..., casi... ni me cogió por sorpresa... Primero pensé que era él, que era de Nando, anunciándome que había tenido que ir por cualquier cosa a la ciudad...» No me cabía duda de que para Ángeles había sido causa de un gran disgusto.

Pensaba que Enzo habría llegado al pueblo ya de anochecida, que entregó la carta en casa, como fuese, y que inició el regreso. «Naturalmente, Ángeles la leyó e inmediatamente fue a dar parte a la Guardia Civil... ¡Ésta es la cosa...! No hay por qué darle vueltas: avisó a la Guardia Civil y ésta le cazó cuando regresaba aquí». Presumía de que la cosa no había sucedido de otra manera. Porque de haber sucedido de modo diferente, entonces, ¿por qué razón Enzo no había regresado todavía? Eran las diez de la mañana y él quedó en volver con la amanecida. No era posible que hubiese errado tan exageradamente en su cálculo. Además la actitud de *El Bayona* me lo

confirmaba. Veía bien claramente que estaba inquieto. «Te conviene esperar... Te conviene esperar», me repetí varias veces. Y así me daba ánimos.

El Bayona estaba sentado al sol y algo tenía en sus manos que relucía. Parecía muy absorto en aquel objeto que limpiaba al parecer con el pañuelo. No comprendo cómo fui tan torpe en comprender que era un arma. Lo que *El Bayona* hacía era simplemente limpiar su pistola.

Yo me quedé un poco confuso a la vista del arma y mis sospechas se confirmaron: *El Bayona* estaba inquieto por la tardanza de Enzo. *El Bayona* temía lo peor y aprovechaba el tiempo limpiando su pistola.

«Es capaz de matarme... Éste es capaz de mandarme al otro mundo con un par de tiros». Y me horroricé al pensarlo. No había manera de desechar mis temores: «Me liquidará tan pronto como sepa que se encuentra en peligro; que han prendido a Enzo y que vienen a por él... No puedo hacerme muchas ilusiones con un bruto de esta calaña: Me liquidará lo mismo que ha liquidado a otros». Y al pensar esto me entró un temblor espantoso en las piernas y sentí necesidad de que todo el peso de mi cuerpo recayese sobre ellas para aminorarlo.

El sol cada vez brillaba con más fuerza. El pedregal relumbraba como la cal viva y hasta parecía echar humo. Se estaba bien a la sombra de los fresnos, pero, a pesar de ello, comprobé que sudaba. Veía la zona azotada por el sol y me notaba desfallecer. Sabía, sin embargo, que no era por culpa del calor. Tuve necesidad de levantarme; de ir a cualquier sitio; de quitarme de la vista a *El Bayona* y su arma, y me incorporé tratando de demostrar una serenidad que estaba muy lejos de tener.

El Bayona me miró al pasar frente a él. Atravesé el pedregal calcinado. El sol caía sobre aquel lugar canallescamamente: sus rayos lo envolvían todo, lo secaban todo, lo abrasaban todo de tal modo, que las latas vacías de conservas arrojadas allí semejaban haber salido de un horno. Yo sentía el sol sobre mi cabeza y era igual que si la raíz del cabello comenzase a hervir. *El Bayona* me seguía mirando y sus ojos eran desconfiados. «Se está impacientando con la tardanza de Enzo... Si le da por liarse la manta a la cabeza y dispara ahora, moriré igual que un perro bajo el sol». Tenía

necesidad de ocultarme a su mirada; de ponerme fuera de su vista aunque sólo fuese por algunos minutos.

—Voy a llegarme a los cañaverales —dije, levantando la voz para que me oyera.

Él ni siquiera levantó la cabeza del arma.

No esperé la respuesta. Di media vuelta y caminé sobre mis trémulas piernas hacia las cañaveras.

Resultó un gran alivio introducirme entre la umbría de las cañaveras. Llegué hasta el lugar donde estuve la mañana anterior y me acuclillé allí. El silencio y la serenidad de las cañaveras contrastaba con el temblor constante de mi cuerpo. Parecía como si de pronto se me hubiesen desatado todos los nervios y cada uno comenzase a bailar por su cuenta. Fue un temblor espantoso y asustante. Me miraba las piernas y temblaban; me miraba las manos y también temblaban. Hasta los pies parecían no hacer planta sobre el musguillo jugoso y aterciopelado que alfombraba el cañaveral. Sudaba. Me dije varias veces que no debía temer nada, pero no conseguí serenarme. Se me vino hasta los dientes el sabor del atún y del jamón con que nos habíamos desayunado. Tuve una náusea, después una arcada y vomité un juguillo aceitoso esparcido con trocitos de conserva. Notaba la frente helada. Varias moscas de alas metálicas y tripa verdosa merodeaban golosas sobre el excremento del día anterior. Vomité de nuevo y esta vez pareció que había echado del cuerpo hasta el mismo miedo. Comencé a notarme más sereno. Limpié el sudor de mi frente con el pañuelo, y temiendo alarmar a *El Bayona*, si tardaba, inicié el regreso.

El Bayona no se había movido de su sitio. Torné a sentarme bajo los fresnos.

«¿Qué pasará cuando comprenda que Enzo no ha de volver?», me dije. Y no pretendí hallar una respuesta a mi pregunta.

Recordé a Ángeles. «Si salgo bien de ésta le pediré que no vuelva a bañarse en el río desnuda. Estoy seguro de que cada día que lo hace alguien viene a espiarla desde los cañaverales de la otra ribera». Había tomado esta decisión. «En cuanto a su antiguo novio...» No pude sustraerme de recordar vagamente el aire de aquel muchacho que venía a cortejarla desde Pancar montado en bicicleta. «En cuanto a ése...», me repetí. Y parecía que les

estaba viendo ocultos entre los bardales en los atardeceres estivales, cuando el sol ya se había escondido tras los últimos riscos y las sombras primeras de la noche participaban de sus entrecortadas conversaciones. Entonces yo era un muchacho y huía sigilosamente... «¿Será verdad que la sigue rondando?» Pero ahuyenté la pregunta porque me negaba a ser el blanco de las malas lenguas del pueblo... Me hice una promesa: «Cuando salga de esto, buscaré a Antonino y le pediré que me hable con sinceridad. Que me cuente lo que sepa... Antonino es un cuco: me dirá que él no sabe nada; se hará de nuevas en el asunto... Pero yo se lo pediré de tal forma que terminará dando gusto al labio... Me lo contará todo. Estoy dispuesto a que mis relaciones con Ángeles no sigan por este camino». Estos proyectos me hacía, sentado sobre el césped, a la sombra de los fresnos, para cuando bajase al pueblo, libre.

Sobre mi cabeza, entre las ramas, aleteó un pájaro. Yo levanté los ojos a tiempo todavía para verle ascender hacia las altas copas.

La mañana era deslumbrante.

El Bayona entró en la cabaña y regresó a su banqueta con el botijo. Yo también notaba sed. El jamón del desayuno invitaba a un buen trago. Vi cómo *El Bayona* sostenía el botijo en lo alto breves momentos y volvía luego a dejarlo al interior de El Palacio.

«No debí buscarle las cosquillas como lo hice. Después de todo no parece agresivo cuando está de buenas». Recordé que aquella mañana durante el desayuno había estado cabizbajo. «Sin duda ya estaba preocupado con la tardanza de Enzo». Volví a repetirme. Habíamos tomado el desayuno en un completo mutismo. Estuvimos un buen rato frente a la mesa. Él se puso a limpiar el candil y meter en su interior nuevas piedras de carburo. Yo le veía hacer tranquilamente. Cuando terminó, yo me levanté, desperezando los músculos y me asomé a la puerta de El Palacio. Fue entonces cuando me volví hacia él y bromeé aquello de que Enzo sin duda se había equivocado de casa y fue a dejar el sobre en el cuartel de la Guardia Civil.

Y él no dijo ni pío, pero se le veía preocupado.

CAPÍTULO IX

—¿**Q**UÉ crees que pasará si no vuelve Enzo?
Yo me quedé atónito.

«¿Que se propone *El Bayona* con esta pregunta?», me dije.

Me había llamado. Yo me planté ante él, no sin temor, y él me preguntaba aquello.

Lo medité mucho antes de responder. Aquella misma pregunta me la había estado haciendo a mí mismo durante casi una hora, mientras me hallaba allá, sentado en el césped, bajo los fresnos. ¿No había querido o no había sabido respondérmela? Era igual. Pero *El Bayona* me había llamado y aguardaba sin duda mi contestación.

Alcé un poco los hombros al tiempo que me entretenía en dar pataditas a un pedrusco con la puntera del zapato.

—Tenías muchas ganas de hablar antes sobre ello —insistió.

Yo le miré de soslayo tratando de adivinar lo que se estaba proponiendo. «Tal vez lo que busca es camorra», me advertí. «Tal vez crea que ha llegado el momento de escabullir el bulto y lo que pretende es levantar camorra para poder despacharme más a gusto».

El Bayona repitió nuevamente la pregunta, esta vez hoscamente. Yo le dije que ignoraba lo que pudiera pasar, y que a mi juicio, lo mejor que podía suceder, era que Enzo volviese y que todo terminase de la mejor manera posible. No mentía al decir aquello.

El Bayona no pareció quedar muy satisfecho.

—¿Y si le han cogido? —dijo—. Entonces, ¿qué?

Comprendí que la pregunta iba en serio.

—Es posible que se haya retrasado —argüí.

Pero *El Bayona* insistió:

—Sí... es posible. Pero, si le han cazado, ¿qué?

Le miré bobamente y le dije que no comprendía su pregunta.

Él me observó matraramente.

—No comprendes lo que no quieres... Tú eres un pollo que te crees muy listo, pero voy a enseñarte cómo trata *El Bayona* a los tipos como tú.

Le dije que seguía, pese a todo, sin entenderle y él rio burlonamente.

—Si le han cazado, ¿qué crees tú que haremos nosotros dos?

—No sé... —balbucí—. No soy yo el que dispone.

—¡Al diablo! ¡La verdad es que eres vivo de veras, pero no ha de servirte de nada! —Me miró fijamente. Después añadió—: Desde el principio me dio mala espina este asunto. ¡Bien sabe Enzo que me dio mala espina!... A mí los golpes me gusta darlos sobre seguro y no con gente como vosotros. Desde que empezamos a planearlo le dije que no me fiaba un pelo de tu mujer... Fue Enzo el que tiró adelante.

Yo le miré anonadado.

—No sé qué tiene que ver mi mujer con todo esto —dije.

Él no contestó seguidamente. Me observó primero con gran desprecio y luego arguyó:

—Más te vale que no tengas que enterarte. No sé por qué leche los tipos como tú son vivos para todo menos para eso: siempre son los últimos en enterarse. —Añadió luego—: Pero es mejor que me equivoque. Más vale que me equivoque y que todo salga bien; que todo salga como esperaba Enzo. —Y se quedó pensativo al decir aquello último.

Yo estaba muy lejos de imaginar siquiera qué era lo que *El Bayona* quería dar a entender con sus palabras.

—Lo único que quiero es que todo termine cuanto antes —dije.

Y mi voz sonó quebradamente:

—No estoy acostumbrado a estas cosas. Lo único que quiero es que todo se arregle lo mejor posible —insistí.

El Bayona me miró socarronamente.

—Y si han cazado a Enzo, ¿entonces qué?

Volví a repetirle que no era yo quien tenía que decidir.

—Creo que ya lo he dicho antes —afirmé.

El Bayona se puso de pie. Me sacaba más de dos cuartas de estatura. *El Bayona* se plantó frente a mí, aferró las solapas de mi chaqueta y dijo:

—Si Enzo no vuelve te pegaré dos tiros y en paz.

Y me soltó.

Yo tuve algo parecido a un mareo.

«No es posible... No es posible», me decía. «No es posible que me mate así como así». Pero sabía que era verdad.

—Lo creo... Estoy seguro de que lo hará —respondí.

El Bayona lanzó entonces una carcajada y se sentó de nuevo en la banqueta.

—Es mejor que lo creas; es mejor que te vayas haciendo a la idea —comentó. Lanzó una mirada en torno, llenó de aire sus pulmones y añadió seguidamente—: ¡Al diablo! No debe ser muy alegre saber que le van a liquidar a uno... Y menos teniendo dinero... Sería una pena morir y dejar el capital para que la mujer de uno se casase a los dos meses con el que más la llenase el ojo.

«¿Qué es lo que pretende?; ¿qué es lo que quiere decir?» Algo comenzó a rebullirme en la cabeza. Mis oídos parecieron de pronto entaponarse con un extraño zumbido.

—Es posible que lleguemos a un acuerdo —me atreví a decir.

No supe qué fue lo que me hizo decir aquellas palabras. Acaso un vehemente deseo de seguir con vida.

El Bayona me miraba muy fijamente y parecía advertido.

—¿Sí? —inquirió burlón.

—No veo que exista una razón para que me mate. —Una idea revoloteaba dentro de mi cabeza alocadamente—: Sí han cazado a Enzo, ¡yo no tengo la culpa! —afirmé. Y añadí atropelladamente—: Por lo demás, todo sigue como antes. Nadie ha dicho todavía que no esté dispuesto a darle el dinero que han pedido por mi rescate.

El Bayona me miraba astutamente. Lanzó de pronto una gran carcajada.

Dijo:

—¡Al diablo! Estás que no te tienes de miedo, ¿verdad? —Pero no esperó que yo hablara—: Esta mañana parecías muy satisfecho con tu suerte... No te importaba mucho que hubieran cazado a Enzo, ¿eh?

Parecía haber recobrado su buen humor.

Yo creí llegado el momento de hablar un poco más claro:

—No es para echar en saco roto la oferta que hago —advertí—. Si han pescado a Enzo, a mí no me importa nada. Estoy dispuesto a pagar la

cantidad que habían pedido por mi rescate... Siento que hayan apresado a Enzo, pero no creo que por ello salga perjudicado... Estoy dispuesto a darle esas pesetas. Yo mismo le entregaré el dinero. —Y añadí—: Creo que va siendo hora de que hablemos claramente.

El Bayona no parecía esperar nada semejante. Mientras yo hablaba me observaba con gran atención. Después echó una mirada al pedregal y pareció quedarse pensativo.

Me di cuenta de que el sol me abrasaba la espalda. Gruesas gotas de sudor rodaban por mis mejillas.

Le pregunté que qué contestaba a mis preguntas.

—Esperaremos a Enzo —dijo lacónicamente.

Yo entré en la cabaña.

En el interior se gozaba de una temperatura agradable. La luz entraba a raudales por los huecos que hacían de ventanas y por la puerta. *El Bayona* estaba de espaldas al interior. Parte de su cabeza y su hombro izquierdo se recortaba en el vano de la puerta.

Me senté frente a la mesa. Había algo en mí que me imposibilitaba pensar. Tomé entre mis manos el candil y su peso hizo brotar una idea en mi cabeza.

«¿Y si le golpeo por la espalda... Y si le doy un golpe en la cabeza?», me dije. Y sopesé el candil. Parecía de hierro macizo. «Si logro asentarle un buen golpe acaso le deje atontado y pueda huir». Era peligroso. Nuevamente comenzó a golpearme el corazón. Me temblaban las manos. «Y si fallo el golpe; si él, por cualquier causa, se vuelve de pronto y me sorprende, ¿qué ocurrirá entonces?» Posé el candil en la mesa. Dentro del pecho el corazón aún latía violentamente. Poco a poco sus latidos se fueron acompasando, pero seguían siendo sonoros y violentos.

Veía parte de la cabeza y del hombro de *El Bayona*. El sol que entraba en la cabaña proyectaba su sombra sobre la tierra pisada del interior.

«¿Qué hacía yo allí sentado en lo más recóndito de un monte y en compañía de mi propio asesino...? Me acababan de amenazar con la muerte y yo no pensaba siquiera en ella. Sin saber cómo ni por qué, mi frente se llenaba en aquellos momentos con los recuerdos más remotos; con los detalles más mínimos de mi vida de muchacho. Me vino a la memoria el día

que mi madre me atizó una paliza por romper la rama de un peral de don Juan. Aquel día don Juan llegó con su caballo frente a nuestra casa. Yo le había visto y corrí a ocultarme en el henar. Don Juan no desmontó siquiera para enterar a mi madre de la perrería que acababa de hacer. Le vi marcharse muy tieso y cuando hubo desaparecido, mi madre comenzó a llamarme a gritos»: «Nandoooó... ¡Ven aquí!... Más vale que dejes el escondite... ¡Nandooooó!» Pero yo no respondí. Ella estuvo gritando un buen rato y sólo después, cuando dejó de llamarme y entró en la casa, yo me atreví a salir del henar. Toda la tarde estuvo tratando de ponerme la mano encima, pero hasta por la noche no logró propinarme una azotaina. «El peral de don Juan... El peral de don Juan... ¡Pero a quién se le ocurre!...» «Así era mi madre», me dije. Y me sentí enternecido.

También recordé cuando íbamos al lavadero, ya un poco entrada la noche, y echábamos a la pila de aclarar una buena brazada de rastros.

... Con el lavadero siempre había pleitos. Un mes tenía que limpiarlo una vecina y otro mes otra. A veces no se ponían de acuerdo y discutían y nadie quería adelantar su turno. Y entonces el lavadero comenzaba a llenarse de mugre y los hombres iban a la tasca del viejo Antonino y protestaban, y nunca se sabía quién tenía la culpa, o de quién era la razón. Las vecinas comenzaban a emigrar. Se iban a lavar a pleno río, sobre una losa, o al lavadero de Pancar. Cuando pasaba algo de esto, el alcalde tenía que llamar a concejo y se echaba a suertes. Aquel que sacaba la papeleta marcada, del sombrero del alcalde, era quien tenía que encargarse de desaguar las dos pilas del lavadero y de limpiarlo. Entonces era cuando los muchachos del pueblo, algunos de mi edad y otros que ya cortejaban, íbamos entrada la noche y echábamos porquería en las pilas recién limpiadas. Otras veces esperábamos al martes, que era el día que casi todas las mujeres hacían la colada y, a primera hora de la tarde, cuando aún no había llegado nadie, quitábamos la piedra y los trapos que entaponaban el desagüe. Era así como nos divertíamos por aquel entonces...

Otras veces ocurrían cosas más graves. Sucedió que, por las noches, en los meses de verano, cuando los mozos dejaban la cortejada, se reunían frente a la tasca del viejo Antonino y allí se iban en grupo y quitaban los portillos de todas las corraladas del pueblo. Las de un vecino se las llevaban

a otro y así con todos. A la mañana siguiente todo el mundo tenía que andar de acá para allá buscando su portilla. Hasta ellos mismos tenían que ir buscando la suya, pues, para que no sospechasen, también tenían que quitar las portillas de sus corraladas... Una noche cortaron los hilos del teléfono; otra se ensuciaron todos en los maceteros que el ama del cura cultivaba en el zaguán de la casa... Esto hacían los mozos cuando dejaban la cortejada y se reunían frente a la tasca del viejo Antonino. En vista de lo cual el alcalde tuvo que tocar a concejo y quiso echar una multa a cada mozo del pueblo. Pero lo de la multa no pasó de palabras.

Me acordaba de todo esto y también de que, en cierta ocasión, un día que pasé solo frente al lavadero y le vi solitario, cautelosamente, como si cometiese una gran fechoría, fui a recoger una boñiga reseca y la dejé flotando en el agua de la pila de aclarar. Después me escabullí presuroso y durante muchos días no volví a pasar frente al lavadero temiendo que alguien pudiese sospechar de mí. Fue aquélla una travesura que llevé en secreto y ni siquiera al mismo Antonino le dije nada. Creo que entonces experimenté, por vez primera, el placer de lo solapado; del mal que se hace simplemente por hacer mal, sin pensar quién pueda ser la víctima...

Yo pensaba tontamente en todas estas cosas, aunque no vinieran a cuento con mi situación, y no podía menos de preguntarme qué era lo que hacían los muchachos de ahora. ¿Seguirían reuniéndose las noches veraniegas, después de la cortejada, frente a la tasca del nuevo Antonino? ¡Ojalá fuese así! Yo le contaba a mi tío muchas de estas cosas y él las encontraba tan divertidas y tan verdaderas que también le recordaban sus lejanos años de muchacho. Él siempre me decía: «Es bueno tener un pueblo y algún día regresar a él. Tener una aldea propia y vivir lejos de ella es como tener un corazón de repuesto: da fuerzas para luchar. Se siente uno hijo pródigo... Aunque se fracase queda el consuelo del regreso. Siempre es hermoso tener algún sitio donde poder volver...» Pero yo, cuando llegué al pueblo, ¡lo encontré todo tan cambiado! Y unos me hablaban de la guerra y otros de los pleitos, y vi que don Juan ya no era el mismo don Juan de mis años de niño, y que todo parecía cambiado en forma y espíritu. Y me preguntaba: «¿Sigue siendo éste mi pueblo?» Y mi espíritu y mi sangre me parecían extraños y extranjeros...

El Bayona se había cubierto la cabeza con el pañuelo para protegerse del sol. Yo veía su media silueta recortada bajo el dintel de la puerta y nada quería saber de mi presente ni de mi porvenir.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO X

-ERES un pollo muy vivo, pero te ajustaré las cuentas si tratas de engañarme.

El Bayona decía aquello y me miraba astutamente como queriendo adivinar si estaba dispuesto a cumplir lo apalabrado.

Le dije que lo dicho quedaba en pie, le di mi palabra y él aseguró, una vez más, que me mataría como a un perro si trataba de hacerle una mala jugada.

—Lo único que quiero es terminar de una vez —afirmé.

El Bayona sacó el tabaco y lió un cigarro. Yo encendí uno de mis emboquillados. Comprobé que sólo me quedaban dos.

—No veo muy claro todo esto —masculló, al tiempo que arrimaba el fósforo. Dio un par de chupadas y añadió—: No veo claro esto. No estoy dispuesto a nada mientras no tenga la seguridad de que no tratas de engañarme.

Encogí los hombros.

—No puedo hacer otra cosa que darle mi palabra. Tendré que bajar a casa y después ir a retirar ese dinero al Banco —expliqué—. Si quiere puede acompañarme. Le garantizo que nadie se enterará de nada. Estoy dispuesto a no dar parte a la Guardia Civil ni siquiera después de quedar libre... Diré que me he escapado.

El Bayona me miró despectivamente.

—Es demasiado fácil eso para que sea verdad —opinó.

Le dije que nunca había hablado con más seriedad; que me importaba muy poco el dinero y que lo único que quería era terminar de una vez con el asunto.

—¡Al diablo! Yo también quisiera liquidarlo ahora mismo, pero no es tan fácil. No acostumbro a meterme por mi gusto en la boca del lobo.

El Bayona parecía que estaba agotando la paciencia.

Yo le dije que no era necesario que me acompañase si no quería; que podíamos citarnos en la ciudad un día determinado y que yo iría a llevarle

el dinero.

Afirmé después:

—Por mi madre que cumpliré la palabra.

Aquello pareció gustarle un poco más. No dijo nada, pero adiviné, por su manera de mirar, que estaba dispuesto a creerme. Lo único que hacía falta era concretar cómo y de qué manera nos encontraríamos.

—Es lo menos expuesto —opiné. Y añadí sin dar lugar a que hablase—: Mañana mismo podemos dejarlo resuelto.

El Bayona concluyó de fumar en silencio. Después tiró la punta de su cigarro hacia afuera.

—Yo te acompañaré hasta cerca del pueblo —dijo de pronto.

—Bien... —asentí.

—Te dejaré cerca del pueblo y marcharé a la ciudad.

—Me parece bien —balbuceé.

—¿En qué Banco guardas el dinero? —preguntó, mirándome fijamente.

—En el Banco Herrero —dije, sin vacilar. Y añadí—: Trabajo también con algún otro...

Pero *El Bayona* me atajó diciendo:

—Entonces irás mañana a las once al Banco y retirarás las cincuenta mil pesetas. Las quiero en billetes de cien y de quinientas, y que no queden marcados... Me entiendes, ¿verdad?

Afirmé con la cabeza y él prosiguió:

—No hace falta que me busques... Yo te encontraré cuando me parezca... Lo mejor es que lleves una cartera y que después te pongas a pasear por la ciudad.

—De acuerdo.

Me parecía mentira estar oyendo semejante cosa. Casi no me atrevía a pensar que, efectivamente, no iba a tardar mucho en ser otra vez libre.

«Cuando todo haya terminado parecerá una pesadilla», me dije.

El Bayona se había levantado y estaba agachado junto a la maleta. Yo vi perfectamente cómo se echaba dos cargadores al bolsillo del pantalón. Hizo girar la llave, lanzó una mirada en torno y dijo:

—¡Vamos!

Salí delante de él. Le oí cerrar la puerta de El Palacio, pero no volví la cabeza.

Yo miraba hacia los cañaverales. Presté atención y escuché el gluglú del manantial.

El sol caía casi perpendicular.

Nos detuvimos a la otra parte del pedregal, y *El Bayona* me ordenó anudarme el pañuelo en torno a la cabeza. Obedecí inmediatamente. Él me palpó sobre los ojos para comprobar si veía, y después me tomó por el brazo exactamente igual que cuando llegamos la mañana anterior. Traté de seguir la dirección que tomábamos, pero fue inútil. Supe únicamente que entrábamos en una cueva. Había gran humedad en el interior y de vez en cuando caían gotas sobre mi cabeza y mi cuello. De nuevo salimos al sol. Seguimos andando un par de minutos y entonces me quitó el pañuelo de los ojos.

Yo lancé una mirada de soslayo a mi alrededor, pero desconocía el lugar.

—En marcha —dijo. Y echó a andar delante de mí.

Comprobé por el reloj que faltaban pocos minutos para las doce. El sol castigaba duramente y nos pusimos las chaquetas sobre la cabeza. *El Bayona* caminaba con pasos cortos, pero uniformes. A mí me era difícil seguir su marcha. De vez en cuando volvía la cabeza y me esperaba.

No miré ni una sola vez a mi espalda. «Ángeles no me esperará... Se quedará sorprendida cuando me vea aparecer... Querrá enterarse de todo, pero me limitaré a decir que pude escaparme... Mañana iré a la ciudad en el autobús... No pienso dar parte... *El Bayona* es capaz de cualquier cosa... Si quieren pescarle que le pesquen como puedan, pero no a costa de mi vida», me dije. «El dinero —pensé— no me servirá de nada cuando muera y cincuenta mil pesetas no es más que una propina».

El Bayona había alcanzado la cumbre de un risco y miraba hacia la vertiente opuesta. Le vi cómo se ponía las manos a modo de visera y atisbaba los alrededores. Tomé aliento y comencé a trepar hasta él ayudándome con las manos. Me detuve a pocos metros para descansar y le encontré tranquilamente sentado. Sonreía burlonamente. Inicié el ascenso

hasta el risco, y cuando llegué a su altura y fui a incorporarme, *El Bayona* levantó el pie y fue a estrellarlo en mi pecho.

Yo perdí el equilibrio y caí de espaldas. Noté que rodaba y, de pronto, un fuerte golpe me hizo quedar sin sentido.

Lo primero que noté al volver en mí fue un agudo dolor detrás de una oreja. No sé el tiempo que pude estar caído en aquella mala postura. Después pensé que fueron casi diez minutos. Recuerdo que la cabeza me ardía y que todo mi cuerpo transpiraba copiosamente. Quise palparme la parte dolorida y comprobé que estaba tapado con la chaqueta. También había recibido golpes en los brazos y en el pecho. Todo ello lo notaba al tratar de moverme. El tejido de la chaqueta me asfixiaba con su olor. Era igual que si tuviera los sesos metidos en una caldera. Traté de incorporarme y fue entonces cuando oí reír a *El Bayona*. *El Bayona* lanzaba fuertes carcajadas. Arrojé lejos de mí la chaqueta. El sol me dio en pleno rostro y me dejó cegado. *El Bayona* continuaba riendo. Yo quise incorporarme igual que un pobre ciego que ha sido apaleado y que temiera aún recibir más golpes. Logré ponerme de rodillas, hice visera con el brazo y vi a *El Bayona* sentado sobre un gran pedrusco a varios pasos de mí.

—¿A qué viene esto? —traté de vociferar rabioso. Pero mi voz salió solamente trémula y en un tono casi suplicante.

Dejó de reír *El Bayona*.

—¡Al diablo! ¡Por un rato creí que te había matado y que todo se marcharía al garete! —Pero lo dijo con gesto divertido.

—Fue una lástima que no pasara de una vez —repliqué colérico. Pero lo que pensaba era la razón por la cual *El Bayona* había actuado de aquel modo.

Yo me había sentado mientras tanto y me palpaba impacientemente. Debió ser el coraje o acaso el miedo, o muy posiblemente el miedo y el coraje que sentía en aquel momento lo que me despabiló de tal modo que sólo un latido seco y regular, punzante y doloroso, sentía en el cuerpo.

—¡Al diablo! Es verdad que pensé que esa mala caída te hubiese mandado tontamente al otro mundo.

Y los ojos de *El Bayona* se posaban en mí con gran cuquería, y luego iban a posarse exactamente detrás de mis espaldas.

—¡Pensé que todo estaba arreglado! —afirmé—. Hasta los individuos —alargué lo más posible la palabra individuos— como tú suelen tener un poco de caballerosidad...

El Bayona carcajeó. Se palmoreaba los muslos y reía con la cabeza levantada al cielo. La chaqueta se le escurrió hasta el suelo y él tornó a cubrirse.

«¿Qué se ha propuesto?... ¡Todo había quedado arreglado!... Sin duda ha cambiado de idea... Habrá pensado que mi intención era dar parte inmediatamente... Que enteraría a la Guardia Civil de lo ocurrido tan pronto llegase al pueblo... Ha pensado esto y no quiere arriesgarse... De seguro que preferirá quitarme de en medio como venganza...» Y me dije insistentemente mientras le veía reír: «No es posible... No es posible...»

El Bayona dejó su juerga y me miró tranquilamente. En sus ojos notaba aún la ironía cuando habló:

—Te crees un pollo muy listo, ¿verdad?... —Se apuntó con el índice el pecho—. Te crees un tío muy vivo, ¿eh? ¿Pensabas que se me podía engañar fácilmente?... —Levantó la voz iracundo—: ¿Que ibas a engañarme como a un palurdo cualquiera? ¡A mí!... ¡a mí! —Y se golpeaba violentamente con el dedo—. ¡Conviene que sepas con quién te gastas los cuartos! Pensabas engañarme con el camelo del dinero... ¡Ja!, ¡ja! —Levantó la cabeza al cielo y continuó riéndose, pero me miraba al tiempo de soslayo—: ¡Al diablo!... Yo sé bien cómo son los tipos como tú: le quieren enredar en seguida a uno, pero ¡al diablo! ¡Conmigo, eso no! —Seguía golpeándose el pecho con el dedo y su voz era contenida, pero violenta—. ¡Ya está dicho! —concluyó.

Yo le miraba atónitamente sin comprender una sola palabra de cuanto decía.

—Nadie ha pensado en engañarle —dije apenas sin voz.

El Bayona me miró hoscamente.

—Levántate —ordenó agresivo.

Obedecí. Apenas si me sostenía sobre mis piernas temblorosas.

El Bayona echó a andar. Trepó por la pequeña escarpadura que llegaba hasta el risco donde estaba cuando me asestó la patada y dijo:

—Yo te lo diré... Yo te diré si tratabas de engañarme. ¡Sube! —Me ayudé con las manos y llegué hasta él.

El Bayona me miraba socarronamente como esperando algo de mí.

—¿Qué? —pregunté, confuso. Detrás de la oreja continuaba el dolor punzante—. ¿Qué es lo que pasa? —Y traté de aplacar el dolor de aquellos latidos presionando con los dedos.

El Bayona me agarró por un hombro violentamente.

—Mira. —Y señalaba con el brazo—. Mira monte abajo, ¡palurdo!

Yo trataba de ver lo que *El Bayona* me señalaba insistentemente con el dedo mientras me zarandeaba.

Desde aquella parte del monte se divisaban los valles de la comarca. Fui corriendo la vista sobre ellos; el río no era más que una franja de hojalata al sol, brilladora e intermitente en el paisaje. Los bosques cubrían la mayor parte del valle. Vi la presa del molino, minúscula, y creía adivinar dónde se hallaba mi casa. El sol de mediodía caía vertical y cegador. A la falda del monte las lomas eran acastañadas y el ralo césped que crecía en ellas, brillante al sol, las hacía parecerse a las grupas relucientes de las yeguas recién sudadas.

Me volví a *El Bayona* y le dije que no veía nada.

—No es en los valles, sino en el monte —dijo irónico—. Es ahí mismo: en la hondonada.

Lancé mi vista al lugar indicado y seguí sin ver. Los ojos huían hacia el valle.

«Está muy cerca», me decía. «Está todo tan cerca que parece que si se estira la mano...» Y sabía que aquella distancia era para más de tres horas conociendo el camino.

—Te creías muy listo. —Yo seguía sin ver—. Te creías muy listo —repetía *El Bayona*. Pero yo seguía sin ver y él me miraba y sacudía mi hombro violentamente cada vez que repetía aquello—. Te creías muy listo diciéndome que a Enzo le habían cazado, ¿eh?

Yo escudriñé la hondonada. El sol la partía en dos con la sombra de una escarpadura. La roca viva que quedaba en la parte iluminada casi cegaba al repeler sus rayos. De pronto un hombre apareció caminando por aquella parte de la hondonada que resguardaba la escarpadura. No tardé en

conocerlo: era Enzo. Caminaba despacio. Se cubría la cabeza con la chaqueta y traía al brazo su zamarra. Supongo que me quedé sin habla al ver cómo Enzo ascendía trabajosamente bajo el sol. Debíó de ser que quedé sin habla, porque miré a *El Bayona* como idiotizado y nada dije.

—Es Enzo... Ése que sube es Enzo. —Y me miraba exactamente igual, con aquella mirada astuta que había empleado por la mañana al decirme: «Eres un pollo muy vivo, pero te ajustaré las cuentas si tratas de engañarme».

OceanofPDF.com

HORAS FINALES

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XI

LAS cañaveras que crecían en la tolla, junto al manantial, sonaban musicalmente al chocar unas con otras cuando la brisa se enredaba en sus puntas.

Resultaba agradable estar tumbado bajo los fresnos. Un enervamiento, casi soporífero, me impedía cualquier movimiento del cuerpo. Yo me abandonaba en aquella laxitud que me hacía olvidar el dolor de los golpes y el cansancio de la mañana.

«Ya sólo queda esperar... Ya sólo queda esperar», me repetía una y otra vez. Y esta previsión de mi espíritu frente a los próximos acontecimientos me eximía de pensar; de ahondar en lo que iba a ser de mi suerte. «Ya sólo queda esperar». Y esta esperanza previsoramente me mantenía alejado de mí mismo y de mi miedo.

Enzo y *El Bayona*, sentados sobre la hierba a varios metros de mí, conversaban, pero en voz tan baja que me era imposible seguir el diálogo que mantenían.

Habíamos hablado poco desde nuestro regreso a El Palacio. Llegamos muy cerca de las tres de la tarde, bajo un sol abrasador, y lo primero que hicimos fue comer. Enzo estaba verdaderamente agotado, yo hambriento, y *El Bayona* hizo alarde de una voracidad auténticamente canina. Enzo había traído dos pequeños panes. Me entregó uno de ellos y el otro lo repartió con *El Bayona*.

«Ya sólo queda esperar», me repetía. Y mis tripas sonaban quejosamente y de una manera grotesca en medio de aquel silencio, bajo la sombra de los fresnos; en medio de aquel silencio habitado tan sólo por el chocar de las cañaveras unas con otras al enredarse en ellas la brisa y por el cuchicheo ininterrumpido de Enzo y *El Bayona*.

«¿Qué estará haciendo Ángeles en estos momentos?», me preguntaba. «¿Qué habrá pensado al leer la carta?... Ángeles sabe que estos tipos son capaces de cualquier cosa... De seguro que no habrá dado parte... Sin duda que no se habrá atrevido a dar parte a la Guardia Civil, temiendo por mi

vida». Casi me la imaginaba abriendo el cajón donde se hallaba el talonario de cheques y extendiendo uno por la cantidad que habían pedido por mi rescate. «La vieja se habrá alarmado también. A Moncho le habrán dicho que yo me hallo en la ciudad... Las dos saben que si Moncho llegase a sospechar algo de esto le faltará tiempo para ir con el cuento a la tasca de Antonino... De seguro que no le han dicho ni palabra... Ángeles estará preparando su maletín y saldrá esta tarde hacia Llanes en el último tren... Sin duda se quedará en el hotel que estuvimos la noche de nuestra boda... ¿Cómo se llamaba el dueño?... Era un hombre simpático». Recordaba la cara del dueño del hotel como si le conociera de toda la vida. Me dijo que también él había tenido un tío en América, pero que fue antes de la guerra del 14. «Dejó allá un administrador —me confesó, contrito— y le fue engañando poco a poco, hasta que un buen día se encontró que ya no tenía nada. Precisamente se quedaba en este mismo hotel, que entonces era de mi madre, y murió al poco tiempo. Yo creo que de pena. Había trabajado mucho en sus tiempos de América». Yo le dije que había sido una lástima y él me aconsejó que no descuidara mis asuntos de allá para que no me pasase otro tanto. Era un hombre simpático, pero ya no me acordaba de su nombre. «Sin duda que Ángeles se irá a quedar a su hotel», me dije. Y fue como una afirmación este pensamiento mío.

Me acordé del día de nuestra boda. Ángeles había sido la única muchacha de la comarca que se había casado de blanco. Me dijeron que habían venido gentes de todas partes para verla. Ángeles fue siempre muy conocida y la noticia de nuestra boda dio bastante que hablar. Yo invité a cenar en la tasca de Antonino a cuantos quisieron ir. También estuvo don Juan. Don Juan ya no era el mismo que en aquellos tiempos suyos, cuando recorría las eras a caballo y reñía a los jornaleros si se ponían a platicar con las muchachas o se tumbaban a la sombra cuando en verano iban a esparcir la hierba a los prados. No era sólo que estuviese más viejo, sino que se le veía que había sufrido mucho en los últimos tiempos. «A don Juan le quisieron matar cuando la guerra —me contó Antonino—. Las hijas se quedaron en la ciudad en casa de unos parientes y la mujer murió estando él preso». «Pero ¿por qué? —le preguntaba—, ¿por qué quisieron matarle y lo encarcelaron?... Siempre fue un buen hombre —decía yo—. Nunca vi que

hiciera mal a nadie». «Era rico. —Y Antonino argumentaba—: A los ricos se les mataba en pueblos como éste». Yo no podía comprender que así hubiera sucedido.

Don Juan se sentó junto a mí y todos parecían muy alegres, y hasta hubo sus cuatro o cinco borrachos. Yo no conocía a gran parte de mis invitados, pero ellos me conocían todos. Con frecuencia, durante la cena, iba uno y me decía que si me acordaba de un día que fui con él y con su padre, recién entrada la primavera, a atropar la hoja; me decía que hicimos una gran humareda y que yo saltaba por encima y que se me llenaron los ojos de humo y que se me quedaron llorones casi una semana. Pero yo no me acordaba de ello y fue inútil que él —que se llamaba Agripino— me diese toda clase de detalles. No logré recordarlo.

Otro me dijo que un año, por antruejo, yo iba por el camino del molino tan campante y él, que se había puesto un vestido de mujer y se había pintado la cara con pimentón y corcho quemado, salió de detrás de un árbol y yo me llevé un susto tremendo y no dejé de llorar y de gritar hasta que llegué a casa; y que más que correr parecía que volaba por los caminos. Pero tampoco me acordaba yo de nada de esto, y él porfió y dijo que sí: que yo había cogido un susto tremendo y que corría y que él iba detrás haciendo gestos como si fuera un diablo. Pero de nada de aquello me acordaba yo, y todos parecían quedarse desilusionados de que así fuese. Y yo me quedaba sorprendido de que a mí me recordasen todos con tan buena memoria, y de que me hablasen de las magostas de por Reyes en las que había estado con ellos, o de otras muchas cosas que yo ya había olvidado...

En cambio yo pregunté a don Juan si se acordaba de cuando le desgajé las ramas de un peral y él no se acordaba. Yo me maté con la razón tratando de explicarle toda suerte de detalles. Le dije que él había venido a casa de mi madre montado en su caballo y que se lo contó, y que yo lo estaba oyendo desde el henar y que me quedé allí escondido; pero que cuando entré en casa por la noche mi madre me arreó una buena azotaina y que me decía: «A quién se le ocurre... El peral de don Juan...» Pero de nada me sirvieron todos estos detalles, porque don Juan no podía acordarse. Se quedó muy pensativo cuando se lo dije, y al cabo de un rato, cuando ya nadie pensaba en aquello, él se volvió hacia mí y me dijo que habían pasado

tantas cosas desde entonces que no lograba acordarse de lo del peral. Y a mí me dio lástima de don Juan, y también de mí mismo, porque comprendí hasta qué punto uno puede morir un poco cuando el recuerdo muere en la memoria de quien nos ha conocido.

A mí me sorprendió mucho que don Juan no gozase, como en otros tiempos, del respeto de los vecinos. Durante la cena hubo alguno que hizo alusiones poco delicadas hacia su persona. Le trataban como a un cualquiera y nadie se preocupaba de que él estuviese hablando, ni de lo que decía. Se reían con cualquier cosa sin hacer el menor caso a sus palabras. Hasta alguien le preguntó si no pensaba comprarse un nuevo caballo para recorrer sus tierras. Y don Juan nada dijo; se le quedó mirando y nada dijo. Pero cuando todos se pusieron a hablar de una y de otra cosa, se volvió hacia mí, arrimó su cara a mi oído y dijo: *Son pura canalla*. Después me enteré por Antonino de que don Juan había ido a menos; que había tenido que vender casi todas sus fincas y que los vecinos le trataban como a un viejo chocho. Y que, cuando le querían embromar, acostumbraban a decirle que ya sólo le quedaba el reclinatorio de la iglesia.

Fue don Juan quien me dijo, aquella noche, lo de Ángeles. Nos quedamos un poco retrasados de los demás y él empezó hablándome de las cosechas de sus buenos tiempos; de la gente de aquella época; de sus dos hijas ya casadas en la ciudad y al final fue lo de Ángeles. Yo me di cuenta adónde quería ir a parar cuando me hablaba de todas aquellas cosas; me iba dando cuenta porque me dijo que, a veces, el dinero le hace equivocarse a uno; que a él le había equivocado muchas veces; que se creía querido por todos los vecinos del pueblo, pero que cuando llegó la guerra vio que no era verdad; que nadie dijo nada para salvarle. «A veces el dinero ciega». —Me había tomado del brazo—. «A veces el dinero nos ciega tanto que no podemos comprender a los demás: confundimos los sentimientos. Al que nos tolera le consideramos como a un amigo y a quien nos discute le tenemos como a un envidioso. Y todo es porque el dinero nos hace vivir en un mundo que sólo es verdad para nosotros». Yo me daba cuenta, a medida que él discurría, de que todo aquello lo traía a cuento para hablarme de Ángeles; de que le iba a venir como anillo al dedo. Y así fue. Pero le atajé diciéndole que Ángeles no podía entrar en aquellas comparaciones y que

nada tenía de común con la experiencia que él había sacado de la vida. «Al final —sentenció— la vida es igual para todo el mundo, y las experiencias tan semejantes que nos podemos ver en las de los demás como si nos mirásemos en un espejo». Pero yo no estaba de acuerdo con semejante manera de pensar, y don Juan me preguntó entonces si sabía que Ángeles había tenido un novio casi diez años seguidos. Le dije que sí; que lo sabía, pero que aquello había pasado a la historia y que no había por qué hablar de ello.

Ahora comprendo con cuánto dolor escucharía don Juan aquella respuesta mía. Él bien sabía lo que quería decirme. Me acuerdo que cuando nos separamos aquella noche él estrechó mi mano y dijo: «Que sea esto tuyo para buena suerte». Y se alejó. Yo le vi ir camino abajo. En lo alto la luna era igual que una moneda. Eché a andar hacia casa sin dejar de mirarla y no pude menos que pensar que cuando estaba en Tombstone, muchas veces, la había mirado de igual modo y me había dicho: «La luna es igual vista desde cualquier parte. Cuando era pequeño yo la miraba desde mi pueblo y la veía como ahora». Iba pensando esto camino de casa y tontamente di en cavilar cómo sería la parte opuesta de la luna; aquella otra cara de la moneda que, durante las noches veraniegas, podía comprar las miradas de todos los enamorados de todos los pueblos de la Tierra. Pero saberlo hubiese sido tanto como conocer nuestro propio destino; hubiese sido tanto como saber que aquella luna sólo era un engaño: una moneda sin reverso: exactamente igual a los dólares que en Tombstone destinaban a la publicidad.

Piensa que piensa, como el que no quiere la cosa, el tiempo había ido pasando. Hacía ya rato que Enzo y *El Bayona* jugaban sobre el césped a las cartas. Era un juego silencioso el de ellos. De vez en cuando se les oía contar.

El sol se había despeñado a la otra parte de la escarpadura, y la brisa del atardecer ya era continua en la hondonada.

«Ya sólo queda esperar», volví a repetirme. «Ángeles irá esta tarde a la Villa y regresará mañana en el camión de la leche». Pensar esto era como volver a la vida. Y a mí me complacía saber que no iba a pasar mucho tiempo sin estar de nuevo libre.

«Cuando regrese a casa le diré que no ha de volver a bañarse desnuda en el río... Se lo haré prometer y me quedará tranquilo». Esto era mi único deseo en aquel momento. «Los demás hombres pueden andar tranquilos por el pueblo sin pensar que sus mujeres se bañan desnudas en el río y que alguien las espía desde los cañaverales de la ribera opuesta»

Enzo y *El Bayona* seguían con sus partidas. Yo, con las manos bajo la nuca, miraba a las ramas de los fresnos, escuchaba el gluglú del manantial y veía brincar de vez en cuando a un saltamontes sobre la hierba menuda que me rodeaba. El cuerpo me reposaba bien en aquella posición, y aunque las tripas seguían rutando con su quejido encadenado, era agradable estar allí tumbado y escuchar cómo las cañaveras de la tolla se entrechocaban musicalmente por las puntas al colarse entre ellas la brisa enredadora de la atardecida.

CAPÍTULO XII

—¿SABES por qué?
Negué con la cabeza.

Enzo miró a *El Bayona*, que se alejaba hacia las cañaveras desdándose el cinturón, posó después en mí sus ojos azules y aniñados y dijo:

—*El Bayona* no se fía de tu mujer.

Yo le pregunté que por qué no se fiaba y él alzó los hombros. Comprendí claramente que no quería responder.

El Bayona había desaparecido entre las cañaveras. Se podía seguir su camino porque éstas se entreabrían a su paso.

—*El Bayona* presume de conocer a las mujeres —continuó Enzo—. A veces a mí me gusta tirarle de la lengua y él se pone fanfarrón y cuenta cosas que no hay dios que las crea, pero se pasa el rato...

Los dos mirábamos hacia el cañaveral.

Le pregunté que por qué había tardado tanto en regresar del pueblo y añadí:

—Yo no pretendía nada. Pensamos lo peor y le ofrecí a *El Bayona* el dinero... Lo único que quiero es salir de aquí lo antes posible. No pretendía engañarle...

Enzo me escuchaba atentamente. Había desaparecido la sonrisa de sus ojos y me miraba con seriedad, como haciéndose cargo de mis sentimientos para con *El Bayona*.

—Íbamos por el monte y de pronto se volvió hacia mí y me golpeó —añadí, aprovechando aquella atención con la que Enzo parecía escucharme—. Me golpeó sin ton ni son... Sin venir a cuento. Se ve que ha nacido para matar. No es más que un asesino.

Pero Enzo negó con la cabeza.

—No lo creas —dijo—. *El Bayona* es un poco tozudo, pero de buenos sentimientos...

Yo sonreía irónicamente.

—Terminaré creyendo que es un bendito... Es inútil: mi opinión no sirve de nada en un caso semejante, pero no es más que un vulgar criminal —afirmé.

Enzo tornó hacia mí su mirada.

—¿Y yo?

Me encogí de hombros.

—Lo ignoro —añadí—; no he venido aquí a confesar a nadie. *El Bayona* no ha sabido portarse como es debido. He permanecido tranquilo desde que llegamos a El Palacio. Si lo que esperan es mi dinero no veo la necesidad de que nadie me maltrate.

—A veces la vida le hace a uno duro. —Y continuó—: No es fácil para nosotros la vida. Tenemos que comer todos los días... y ya ves —hizo un gesto señalando con la cabeza hacia la cabaña—; todo cuesta mucho dinero... Tenemos que ir dejando el dinero por todas partes: el comer, el dormir y el poder llevar unos pantalones nos cuesta cinco veces más que a cualquier otra persona. —Movía la cabeza, muy pesimista, hacia los lados—. Los que nos conocen nos explotan a su vez. Algunas veces me gustaría no tener necesidad de ellos y que *El Bayona* les largase al otro barrio: ellos son peores que nosotros; se enriquecen a nuestra cuenta y viven tranquilamente en la ciudad o en los pueblos, dedicados a sus asuntos.

—Si ellos se enriquecen es porque existen personas como ustedes —dije—. Ustedes les dan pie para ello.

—Es posible. —Se me quedó mirando muy fijamente—. Lo mismo nos pasa a nosotros: si llevamos esta vida no es por culpa nuestra.

—No será por culpa mía tampoco —dije guasón. Y añadí—: Cada cual lleva la vida que él mismo se busca.

—A simple vista, sí. —Rio, y dijo luego—: Pero sólo a simple vista. En el fondo nadie tiene la vida que él mismo busca, sino la que le obligan a vivir.

—Yo fui un muchacho pobre —dije—. En mi niñez pasamos malos tiempos mi madre y yo. Ella tenía que trabajar la tierra. Se quedó viuda cuando aún me tenía a la teta y me crié enfermo. Hasta estuve a punto de morirme. No puedo culpar a nadie de ello.

—Es diferente —respondió lacónico.

Yo le pregunté que por qué iba a ser diferente.

—No se nace bueno ni malo, como tampoco se nace guardia civil o notario. Son los odios y las gentes las que nos van amargando. Es la vida...

—Hizo un brusco ademán con los brazos—: Es todo el mundo. —Y sus ojos se habían acerado y se clavaban en los míos profundamente.

No hice el menor comentario.

—No sería el mundo mejor si yo lo fuera —añadió.

—No es una razón.

—A veces sí.

—Es posible...

—A veces es la única razón... Sin ella no se explicaría uno nada.

No supe qué responderle.

Enzo era más inteligente de lo que me había figurado.

—Me gustaría saber por qué razón *El Bayona* no se fía de mi mujer —dije para cambiar de conversación.

Enzo miró hacia las cañaveras.

—No viene al caso hablar de ello ahora. —Tornó su cabeza hacia mí y dijo—: Va tu vida en que *El Bayona* se equivoque con lo que piensa de tu mujer.

Le dije que no acababa de comprender qué tenía que ver Ángeles en aquel asunto para que me fuera en ello la vida, pero Enzo no quiso responder.

El Bayona apareció por entre las cañaveras, atravesó el pedregal y vino a sentarse junto a nosotros. Se me quedó mirando cínicamente, como diciendo: «¿Qué pasa?»

—Por suerte ya no queda mucho tiempo. —Miré a Enzo al decir esto y continué—: Es fácil que una vez suelto me marche de viaje... Sería un buen descanso.

Dijo Enzo:

—A veces es buena cosa el viajar.

Y *El Bayona*:

—Lo sabemos bien nosotros. —Miraba a Enzo al hablar y sonreía con gran cuquería. Añadió luego—: Cuando terminemos con el trabajo nos dedicaremos también a descansar; ¿verdad, Enzo?

Enzo asintió con la cabeza.

La tarde trepaba con sus primeras oscuridades por los troncos de los fresnos. Las cañaveras se habían ensombrecido. Arriba, en el cielo, los jirones de niebla, muy esparcidos, eran igual que la baba espumosa y blancuzca de las vacas: formaban un reguero, una especie de ringlera hacia el oriente como si fuese la huella de una res sidérea y alada. Sobre las nubes, el cielo era todavía de un pálido azul, pero precisamente en el momento que yo lo contemplaba comenzó a tornarse violeta. Las nubecillas se volvieron delicadamente rosáceas y yo comprendí que el afilado horizonte estaba degollando al sol y que el firmamento no tardaría en vestir su luto.

Había tanta calma en torno nuestro, en aquel instante, que se podía apresar toda la paz de la montaña en un solo oído. Así era de grandiosa y al mismo tiempo de asequible. Comprendí hasta qué punto unas cañaveras que se entrechocan, la bulla de una bandada de pájaros, el gluglú del manantial, más sonoro a esta hora, y la tremolina que armaba la brisa en las copas de los fresnos, pueden hacerle olvidar a uno que existían pueblos, villas, ciudades con trajín de puerto; amplios mares; nuevas tierras y otras ciudades ruidosas, iluminadas, inquietantes, llenas de bullicio, abarrotadas de diversiones, rebosantes de mujeres como pozos; de hombres que le acechaban a uno y cuyas miradas quedaban impresas en el alma en forma de miedoso garabato. Comprendí que la paz era algo tan pequeño que se puede apresar entera en un solo oído; que era así de grandiosa y de asequible al mismo tiempo.

El día había muerto. Una estrella brilló en lo alto y al poco rato la envidia de las demás hizo posible aquel titilar prematuro presidido por la faz lechosa de la luna llena.

Recordé que en mis tiempos de muchacho los amaneceres eran algo semejante. Sólo que la luna variaba de lugar. Me acordaba de aquellos días de agosto cuando madrugábamos para ir a los prados. Mi madre se levantaba la primera. Después, venía a mi cuarto y me zarandeaba por los hombros. Cuando bajaba a la corralada aún era de noche. Las estrellas iban perdiendo su brillo, pero en el valle aún era de noche y el caballo de tiro era sólo un bulto, una oscura sombra cuando aparecía, ya enjaezado, por la

puerta del establo. El caballo se estremecía y pateaba impaciente los cantos de la corralada. Todos teníamos un poco de frío en aquellos amaneceres. Yo palmoteaba al caballo y él sacudía su grupa nerviosamente y echaba por sus narices un vaho oloroso y caliente. Yo palmoteaba al caballo y mi madre le colocaba entre las lanzas del carro y después iba yo y, agachándome, me acurrucaba casi bajo su tripa para ajustarle la cincha. No sé por qué lo hacíamos todo en silencio y cuando hablábamos era en voz tan baja que cualquiera hubiera pensado que había niños durmiendo en la casa. Cuando todo estaba preparado yo me subía al carro, me sentaba en la tabla y tomaba las riendas. Mi madre aún tenía que traer los rastrillos y la pala de pinchos. Todo ello lo cruzábamos en la trasera y junto a nosotros poníamos el cestillo con el desayuno y el botijo. Después yo mismo sacaba el carro por el portillo de la corralada. Al pasar junto a la fuente llenábamos el botijo. Cuando llegábamos al prado aún no había amanecido y ya había alguien dando vueltas a la hierba y algún hombre liaba el primer cigarro. Dejábamos el carro a la vera del camino, yo desjaezaba al caballo, lo amarraba a un árbol con un largo cordel y me iba dejándole husmear la hierba. A veces orinaba, y el olor que despedía su orín se entremezclaba con el del tomillo y con otros olores del campo. Yo me ponía a la faena con gran contento, deseando que llegase la hora del desayuno. Acostumbrábamos a desayunar cuando el sol despuntaba y los primeros rayos le quitaban a uno la destemplanza. Mi madre decía siempre que era bueno desayunar al sol, porque de esta forma el sudor no se quedaba frío en el cuerpo. Casi siempre comíamos empanadas de borona con un chorizo en manteca y una botella de leche. Después seguíamos con la labor y, cuando el sol apretaba ya un poco, el aire se ponía irrespirable y era igual que si se estuviese oliendo un rico pomo con todas las esencias del estío. Cuando regresábamos era ya mediodía...

Enzo y *El Bayona* se levantaron. Les vi alejarse hacia la cabaña y me quedé sentado donde estaba.

Enzo entró al interior y *El Bayona* se sentó a la puerta.

Toda la hondonada de El Palacio estaba ya envuelta en sombra. El cielo era de un azul marino como terciopelo.

«Me gustaría saber por qué dice Enzo que *El Bayona* no se fía de mi mujer», pensé. Aun sin quererlo, esta duda de *El Bayona* me llenaba de preocupación. Hice memoria tratando de adivinar, de entresacar un pelo de verdad de la conversación que había mantenido con Enzo mientras *El Bayona* se había ido a los cañaverales, pero no saqué nada en limpio.

«—Estuvo en un tris que no nos interesase tu asunto —me había dicho. Y luego añadió—: Lo que menos pensabas tú era que alguien se preocupaba tanto de ti».

Yo le dije que no sabía a qué venía todo aquello, y Enzo se limitó a responder que simplemente era un comentario.

«—No veo qué interés puede tener para mí».

Y él me miró divertido.

«—Sí que lo tiene —afirmó—. Yo era partidario de cazarte».

Le enteré de que de algo de esto me había hablado *El Bayona* aquella mañana. Después le pregunté:

«—Y eso, ¿qué tiene que ver?»

«—Sí que tiene que ver. ¡Y mucho! —añadió—. *El Bayona* juraba que sabía cómo era tu mujer y que no íbamos a sacar nada en limpio».

Yo le miré sorprendido y después un poco enojado. Entonces fue cuando Enzo me preguntó:

«—¿Sabes por qué?»

Y me dijo aquello de que *El Bayona* no se fiaba de Ángeles.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XIII

—¡CUÉNTALE cómo me conociste!
Yo me pasaba la palma por la cara. Comprobé que la barba me había crecido considerablemente. También *El Bayona* necesitaba una buena pasada.

Enzo rio.

—Estabas metido en un buen lío entonces —comentó.

A Enzo no le hacía falta afeitarse. Sus mejillas sólo estaban cubiertas de una pelusilla parecida a la de los albaricoques. Únicamente bajo su nariz el vello le crecía con un poco más de fuerza, pero era también insignificante.

El carburo nos iluminaba con su chorro lechoso, casi blanquecino.

Yo di una chupada a mi emboquillado. Cuando arrimé su punta a la llamita despedida del candil, me dije: «El otro que queda lo guardaré para mañana. Lo encenderé a la entrada del pueblo».

—¡Cuéntaselo! —insistía *El Bayona*.

—Estabas metido en un buen lío entonces —repitió Enzo—. No sé cómo me dio por ayudarte —confesó.

El Bayona me miró divertido. *El Bayona* había comido a trisca pellejo. Había vaciado él solo dos latas de leche condensada. Me miraba con la cabeza un poco agachada y sonreía traviesamente.

—Acababa de matar a dos gendarmes, ¿verdad, Enzo?

Enzo asintió con la cabeza.

—Hay hombres con muy poca suerte —confesó—. Me parece que *El Bayona* es uno de ellos. Siempre que trabaja hay alguien que se le pone de por medio. A esto le decimos nosotros «tener la puerca». Lo mejor que puede pasar es que, cuando se hace un trabajo, no haya que llevarse a nadie por delante...

—Es así —afirmó *El Bayona*. Y añadió seguidamente—: Todo había salido a las mil maravillas aquella noche... Si no llega a ser por la vieja no pasa nada, ¿verdad, Enzo?

Enzo encogió los hombros.

—Es posible —respondió. Pero lo dijo de modo un poco despectivo.

El Bayona arrugó el entrecejo, trajo su cabezota hacia adelante y arguyó:

—Tú sabes que si no llega a ser por la vieja no pasa nada. Todo había salido a las mil maravillas.

—¿Y cuando el taxista? ¡No había entonces ninguna vieja! ¡Bah!...

El Bayona dejó caer su mano sobre la mesa.

—Aquello fue diferente.

—Siempre te he dicho que tú «tienes la puerca» cuando trabajas solo.

—Pero lo del taxista fue diferente, ¿verdad? —*El Bayona* parecía muy preocupado. Añadió tomando a Enzo por un brazo—: Tú mismo dijiste que había sido diferente... ¿Te acuerdas? A raíz de aquello yo no quería trabajar. Estaba seguro de que tenía la puerca y no quería trabajar. Fuiste tú el que me dijiste que lo del taxista había sido culpa de Isidro...

Enzo tornó a levantar los hombros:

—Es igual —replicó—. Lo único que sé es que tuviste que deshacerte de él y que a poco más nos cogen. Si algún día te dije que no habías «tenido la puerca»... entonces fue solamente para que no te amilanases. Pero Isidro nada tuvo que ver con lo del taxi.

El Bayona se quedó muy pensativo al oír aquello. Yo me divertía oyéndoles y tenía curiosidad por saber en qué paraba todo.

—¿Qué fue lo de la vieja? —inquirí.

Enzo y *El Bayona* se miraron. Enzo parecía preguntar a su compañero: «¿Se lo cuento?»

—¡Cuéntaselo! —jaleó *El Bayona*.

—Ya casi no me acuerdo bien... Fue hace bastante tiempo. Entonces *El Bayona* no se llamaba todavía *El Bayona*, sino Agrícola Villar, *El Español*. Yo había oído hablar de él. Ya antes de llegar a Bayona había oído hablar de Agrícola, *El Español*. —Miró a *El Bayona* y éste sonrió al parecer muy satisfecho—: Una noche yo iba de retirada y de pronto me encontré con un gendarme tendido en una acera. Por la postura parecía estar dormido. Lo primero que pensé fue echarme a correr, pero luego cambié de idea y me agaché. El gendarme no estaba dormido. El gendarme aquel me miraba de un modo extraño. A mí no me cogió de nuevas. Yo sabía que cuando un

hombre le mira a uno de esa forma, una de dos: o es un lila o está muerto... Me acuerdo que hacía una noche clara. Oí pasos y dudé. Vi tras de mí un portal abierto y arrastré el cuerpo del gendarme. Fue un buen susto el que me llevó: Agrícola estaba dentro y me apuntaba con una pistola...

—Yo le apunté con la pistola y le dije que cerrase el pico, ¿verdad, Enzo? Y Enzo me preguntó si era español y yo le dije que sí, y entonces él me dijo que también era español y que estaba de paso en Bayona. ¡Ja, ja, ja! —Rieron los dos. Fue *El Bayona* el que continuó hablando—: Yo acababa de dar un palanquetazo en la tienda del «Catalán», pero una vieja oyó ruido y se puso a vocear como una bruja. Tuve que salir pitando y liarme a navajazos con los gendarmes. Cuando Enzo llegó, yo acababa de meter al otro en el portal. ¡Al diablo! Si no llega a ser por la vieja no nos conoceríamos, ¿verdad, Enzo?

Enzo asintió con la cabeza.

A mí me parecía mentira cuanto estaba oyendo. Me pasaba la palma de la mano por la cara, a contrapelo de la barba, y seguía pensando que nada de aquello era verdad...

El Bayona comenzó a liar un cigarrillo. Guardamos silencio los tres. Hacía calor en la cabaña; un calor concentrado. Apestaba a hierba sudada. Sobre la mesa se amontonaban aún las latas vacías de las conservas. *El Bayona* había extendido, a modo de mantel, el manoseado periódico. Dos moscas, pesadas, de alas doradas, se paseaban sobre los botes de leche condensada. Yo me notaba lleno de suciedad. De pronto había descubierto que mi barba estaba considerablemente crecida. Me pasaba los nudillos de los dedos por la cara y la barba pinchaba. El calor apestante de la cabaña casi me entaponaba las narices. A mí aquel olor me trajo a la memoria a Moncho. Moncho olía de igual modo: olía siempre a heno, y los domingos, cuando se lavaba, toda la corralada de la casa se llenaba con aquel olor suyo; con aquel olor que únicamente era más penetrante en el establo.

Me parecía estar viendo a Moncho desde la ventana de mi alcoba jabonándose el pescuezo sobre una palangana. Moncho se sobaba con fruición. A veces empleaba la rasqueta del ganado. Se la pasaba por sus manos. Pero todo era inútil. Cuando uno llegaba junto a él seguía oliendo a

estiercol. Era un olor dulcificado por el del alcanfor que preservaba su ropa, pero, a pesar de todo, insoportable.

Cuando llegué al pueblo y comenzaron las relaciones entre Ángeles y yo, Moncho me produjo una impresión desastrosa. Me acuerdo que le conocí una noche del primer invierno cuando la fui a buscar. Llovía bastante aquella noche. Yo llegué casi calado al zaguán. Me sacudía las ropas y de pronto comenzó a ladrar el perro junto a mí. No le había visto. Moncho estaba a su lado. Lo supe porque le mandó callar. Vi su bulto salir de la penumbra, arrió su cara a la mía y me preguntó que qué era lo que iba buscando allí. «Vengo a ver a Ángeles», le dije. Él clavó en mí su mirada bisoja y no respondió. Tornó a sentarse junto al perro, en la oscuridad.

Más tarde me enteré, por Antonino, que Moncho no era del pueblo; que llegó al valle dos años después de marcharme a América y que el padre de Ángeles le metió de criado. También me dijo Antonino que desde que el padre de Ángeles murió, Moncho era en la casa como un segundo amo; que a veces se enfadaba y se encerraba en el henar y que allí se pasaba hasta una semana entera sin comer. «Ángeles y su madre le temen», me afirmó. «Pero ¿por qué? Si no es más que un pobre hombre». «Es fuerte como él solo — me dijo—. Es capaz de trabajar solo lo que diez hombres juntos. Él quiere a la vieja y a Ángeles a su manera. Dicen que un día llevó en el carro a Ángeles a una romería que había en Pancar, por San Pedro, y que a poco mata a un muchacho que le dijo algo feo. También cuentan que cuando Ángeles tenía el mozo que acudía los domingos en bicicleta y se marchaba con él a alguna parte, Moncho se pasaba la tarde cerrado en el establo y los vecinos aseguran que se golpeaba. Otras veces la seguía a las romerías y andaba tras de ellos sin quitarles los ojos de encima. Creo —me confesó— que a veces Ángeles le golpeaba de tal forma que le hacía sangre, pero que Moncho se dejaba pegar, tirado en el suelo, sin tratar siquiera de defenderse».

A mí todas estas historias sobre Moncho me extrañaban y me divertían, y con frecuencia, después de la boda, me quedaba observándole cuando estaba seguro de no ser visto. Pero nunca hallé en él nada raro. Moncho arreglaba la huerta y sacaba a pastar el caballo. Siempre estaba silencioso y

a veces hablaba solo o con el animal. Pero nada de aquello me parecía extraño: muchos aldeanos conversaban con su ganado cuando se hallaban solos. Lo que más me atemorizaba y confundía era aquel mirar obstinado, no sé si grosero o bobo, cuando Moncho posaba en mí su vista cruzada. A veces pensé que era un tipo impertinente que me tenía ojeriza y otras veces yo mismo me convencía de que acaso ni siquiera me estaba mirando a mí, sino que sólo me lo parecía por tener aquel defecto en su mirada.

Otro día fue Agripino el que de un modo casual me habló de Moncho. Yo regresaba a casa. Había estado paseando por los alrededores del tremedal de la presa del molino y a la vuelta encontré a Agripino. Comenzamos a hablar del tiempo, de las cosechas y yo le dije que me gustaría volver a trabajar la tierra, aunque sólo fuese por recordar mis tiempos de chiquillo. Aquello a Agripino le hizo mucha gracia y me dijo que habría que oír lo que dijeran en el pueblo si un hombre rico como yo se ponía sin más ni más a cultivar la tierra. Le dije que sólo era una suposición, pero que de todos modos yo no iba a trabajar; que tenía a Moncho y que metería un par de jornaleros. Fue entonces cuando me dijo que aquello era otra cosa; que Moncho trabajaba como un negro; que ya en los tiempos que vivía el padre de Ángeles era él quien hacía todas las labores y que sin duda le gustaría volver a trabajar como en aquella época. Añadió que siempre había sido muy extraño; que hablaba poco y que trabajaba bien; que a él siempre le había parecido una especie de loco. «Me parece uno de esos individuos —me dijo— que un día le encuentran a uno solo, en el erial o en el bosque y que sin más ni más le dan un palotazo y le entierran sin que nadie se entere... Claro que sólo es un decir...» Pero aquellas palabras de Agripino nunca las había podido olvidar.

Ahora aquel olor de la cabaña me traía a las mientes a Moncho y a mí me parecía estar viéndole dando palique al caballo o jabonándose el pescuezo para luego ponerse la camisa de tirilla y largarse a la misa dentro de su traje apestando a estiércol y a bola de alcanfor.

—Yo me acostaré primero —oí decir a Enzo.

El Bayona aplastó la punta de su cigarro sobre la mesa y sopló luego.

—¿A qué hora bajamos?

—A las cinco.

Enzo bostezó. Yo me llevé las manos a los ojos. Comenzaba a sentir verdadero sueño.

El Bayona se me quedó mirando con una mueca burlona notándole en las comisuras.

—Será mejor que el señor Porrúa se afeite mañana, ¿verdad, Enzo?

Me miraron los dos, y Enzo asintió con la cabeza.

—Es mejor que su mujer le encuentre con buen aspecto, ¿verdad, Enzo?

—Y añadió—: No nos gustaría que te encontrase desmejorado..., ¡ja!, ¡ja!

Rieron los dos de largo.

Yo les dije que no encontraba aquello nada gracioso.

—No es una gracia —afirmó Enzo—. Es mejor que estemos todos presentables.

—¡Al diablo! ¡Claro..., claro! —Y *El Bayona* carcajeó.

Enzo se levantó.

—Calienta un poco de agua —ordenó. Y luego, agachándose hacia mí, explicó—: Siempre sale mejor la barba. No hay como el agua un poco tibia para untar el jabón.

A mí todo aquello me daba de lado, pero asentí con la cabeza.

El Bayona amontonó sobre el periódico las latas vacías de las conservas y salió a tirarlas al pedregal.

Yo me levanté y fui a tumbarme en el catre. Sin querer recorrí con la mirada el techo sin entomizar de la cabaña. La llamita del carburo lo iluminaba todo muy débilmente. La sombra agigantada de Enzo se perdía, fantasmal, por las paredes. Le vi venir hacia el catre y tumbarse en él después de arrojar al suelo los zapatos.

—No es bueno dormir calzado —dijo. Y al ver que no respondía nada, añadió—: Descansan mejor los pies si uno se descalza. A la mañana se siente uno como nuevo y capaz de andar cien kilómetros por estos montes.

Pero yo no le hice el menor caso. *El Bayona* acababa de entrar. Cerró la puerta y se sentó junto a la mesa. Le vi sacar del bolsillo trasero de su pantalón los naipes y comenzar a barajarlos.

«Otra noche más», me dije entonces. Y pensé: «Mañana dormiré tranquilamente en mi cama y todo esto no me parecerá sino una triste pesadilla».

Puse las manos bajo la nuca y di en imaginar cómo Ángeles estaría ya a aquellas horas en el hotel, tratando de dormir.

«¿Y si le ha ocurrido algo?», me pregunté de pronto. «¿Y si cuando regresaba al hotel alguien ha olido el dinero y se lo ha robado?» Pero di al traste con estos absurdos pensamientos con un simple movimiento de cabeza. Sin embargo, no me fue nada fácil conciliar el sueño. Me encontraba cansado, pero, pese a ello, no podía dormir. Cuando cerraba los ojos me parecía estar viendo a *El Bayona* por las calles de la ciudad persiguiendo a Ángeles para arrebatarse el dinero de mi rescate: me parecía estarle viendo acuchillar a dos guardias y arrastrar sus cuerpos a un oscuro portal, tal como había hecho en Francia. Entonces abrí los ojos y comprobaba que nada de aquello era cierto: que *El Bayona* seguía ordenando, sobre la mesa, su solitario y que la luz lechosa del carburo iluminaba su rostro poniendo en él aquella misma expresión de hacía una hora, cuando le dijo a Enzo, igual que lo hubiera dicho un chiquillo:

«—¡Cuéntale cómo me conociste!»

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XIV

CUANDO me desperté, el candil ya no estaba encendido. Bastó aquella oscuridad para saberme cómplice de ideas descabelladas. Yo, sin embargo, no pensaba en nada. Trataba únicamente de abrir los ojos cuanto me era posible para conseguir penetrar la oscuridad en derredor mío.

Me chocó que la luna no entrase su pálido resplandor por los agujeros que hacían de ventanas, tal como había visto la noche anterior. Aquella oscuridad tan completa me hizo pensar, de pronto, que no me encontraba en la cabaña. Entonces estiré el brazo y palpé en torno mío: no me cupo duda de que seguía en el mismo catre. Percibí al tiempo unos ligeros ronquidos y supe que eran de *El Bayona*. Le había oído roncar la noche anterior de igual manera: con aquel especie de zezeo alterno y trabajoso.

«Sin duda ya se han turnado y ahora es Enzo quien se halla sentado en la oscuridad, junto a la mesa», me dije.

Fue un mal sabor de boca lo que me despertó. Además tenía sed. Habíamos cenado, además del atún y de las sardinas en conserva, un par de lonchas de jamón y me había dado sed. Tenía la boca pastosa y hasta la seguridad de que el aliento me olía pésimamente. Mi primera intención fue levantarme y echar un buen trago de agua: no me gustaba nada aquel sabor a barro cocido que tenía el agua cuando salía del interior del botijo, pero todo era mejor a la pastosidad salobre y maloliente de mi boca. Había pensado levantarme, mas el temor a que pudieran sospechar que intentaba huir me hizo permanecer sobre la colchoneta. Contenía la respiración; hubiera querido ser inexistente en medio de aquella oscuridad para que el propio silencio delatase la vigilia de mi guardián. Pero el corazón era implacable en su golpeteo inquietante; en aquella furiosa función de despeñar la sangre a lo largo de mi cuerpo. Estaba seguro de que sus latidos se oían tanto, en medio de aquel silencio, como los trabajosos ronquidos de *El Bayona*.

Mi pensamiento, sonámbulo, dio en fantasear que descendía de la montaña. Me vi trepando por los riscos de la cordillera; atravesé los

barrancos y discurrí a lo largo de cañadas y vericuetos. Así llegué hasta las lomas divididas en hazas y más tarde hasta los mismísimos prados recién segados. Pisé la hierba esparcida y aún olorosa por la sudada del día...

«¿Qué pensaría otro hombre en esta misma situación?», me dije. Abrí los ojos como queriendo encontrar algo que me hiciese cargo de que no era momento para esta clase de evasiones; de que había algo más importante en qué pensar: mi vida. Yo mismo me convencí de que mi vida era cuanto me concernía. Pero aquellos años en los que inevitablemente se hundía mi pensamiento eran también mi vida. Eran algo cierto: algo pasado, pero existente... *El Bayona* continuaba con sus ronquidos.

Yo me pregunté una vez más cómo habría sido *El Bayona* en sus años de muchacho. «Tal vez fuese un pendenciero», me dije. Mas no me servía el argumento. Antonino fue un muchacho travieso. Recordaba cómo su padre acostumbraba a llamarlo a gritos desde la puerta de la tasca. Antonino hacía burla a su padre. Se ponía el pulgar en la punta de la nariz y cerraba y abría la mano. Al final su padre terminaba arrojándole un pedrusco, y Antonino seguía riéndose. «Sin embargo, Antonino es ahora un hombre de bien», concluí.

Cuando llegué al pueblo fue al primero que vi. Había mucha gente esperando el autobús, pero sólo Antonino fue capaz de reconocermme, acaso de igual modo y por las mismas razones que yo le reconocí a él: siempre fuimos uña y carne.

«Es Nando», decía a unos y a otros. «Es Nando el de la Sinda; el que estaba en América», repetía sin parar. Y me golpeaba los hombros. Los demás me miraban de un modo extraño; me miraban a los ojos. Yo les miraba también a ellos y comenzaba a reconocerles, aunque había olvidado sus nombres.

Había sido Antonino uno de mis mejores amigos. ¡Cuántas veces acudimos a las riberas del río y despojamos los avellanales! Otras muchas nos habíamos esquilado al cerezal de don Juan. Nos llenábamos el vuelo de la blusa de cerezas, y después nos íbamos a comerlas a cualquier lugar solitario. En una sola tarde recorriamos el pueblo de cabo a rabo. Nos tumbábamos sobre la hierba, rebuznábamos y también recogíamos las manzanas caídas. Nos gustaba hacer con ellas una bebida extraña que

nosotros llamábamos sidra. A veces hasta llenábamos un par de botellas. Para ello nos íbamos con las manzanas hasta el río, las machacábamos con cantos y el zumo lo mezclábamos con agua. Después nos sentábamos en otra parte, bajo la sombra de una alisa, y nos bebíamos aquel brebaje mano a mano. Antonino me enseñó también a buscar nidos; me explicaba cómo había que seguir al macho. Yo algunas veces puse en práctica sus lecciones con magníficos resultados. En cierta ocasión localicé un nido de miruellos. Fue casi de una manera casual. La hembra estaba dentro. Yo la tomé con cuidado y conté hasta cinco huevos. Mantuve en secreto mi descubrimiento. Ni al mismo Antonino le dije nada. Iba cada dos días hasta el nido, esperaba que el macho se alejase y examinaba el contenido. Así, hasta que una mañana hallé dos crías. Cuando otro día volví sorprendí a Antonino detrás de un gran castaño. Morrinaba aquel día. Antonino dejó el escondrijo enfurecido: «Ya suponía que eras tú», dijo muy rijoso. Yo le pregunté que por qué, y él se limitó a contestar: «Mira», y me señaló con la mano el lugar donde se hallaba el nido. Los miruellos armaban gran barullo. Las crías asomaban la cabeza muy tiesamente y piaban. La hembra también piaba lastimeramente, pero se hallaba lejos del nido. Del macho no había ni rastro. «¿Qué es lo que pasa?», le dije. Y Antonino me respondió indignado: «Los padres han aborrecido el nido... Ahora se morirán de hambre». Era terrible aquello. «No debiste venir a verlos tan a menudo —añadió—. Además, este nido ya le tenía yo visto desde el día que lo empezaron a hacer. La cañiza que tiene es del rastrojal del molino y la pluma de mi gallinero. Por eso lo descubrí». Yo le pregunté qué era lo que se podía hacer para que los padres dejaran de aborrecerlos y les llevaran comida, y Antonino alzó sus hombros y dijo que lo mejor era no volver más por allí. Yo estuve preocupado durante casi un mes con aquello de los miruellos, y un día no pude aguantar más y me llegué hasta el nido: los pájaros habían volado. Me llenó de alegría descubrir que no les había pasado nada por haberles aborrecido sus padres y fui corriendo a la tasca para decírselo. Recuerdo que Antonino estaba en la parte trasera lavando unas tinajas. Me escuchó sin dejar su trabajo y al cabo de un rato me miró, no sin desprecio, y dijo: «No es fácil que hayan vivido. De seguro les descubrió cualquier gato y se los zampó vivos». Aquella noche yo soñé con

muchos pájaros que eran aborrecidos por sus padres y que los gatos se los zampaban vivos; mientras ellos no hacían otra cosa que sacar fuera del nido sus cabecitas absurdas y risibles, sin una sola pluma y con enormes picos amarillos...

«Sin duda *El Bayona* acostumbraba de chiquillo a quitar los huevos de los nidos», pensé. Y este pensamiento tan simple me ruborizó. Fue algo así como si de pronto se me calentase la sangre de las mejillas. Con frecuencia me ocurría lo mismo. Estaba seguro que este rubor era únicamente interno y que nada lo traslucía en mi semblante; estaba seguro de que nadie lo adivinaba tampoco cuando me sucedía. Sin embargo, el temor a que un buen día mis mejillas llegasen a sonrojarse en cualquier situación crítica, me preocupaba y había sido siempre el motivo de mi timidez para con los demás. Sobre todo tratándose de mujeres.

A los tres años de llegar a Tombstone el encargado de ventas de mi tío trajo a embarcar ganado. Era americano, pero de padres españoles y se llamaba Juan. Con él vinieron un par de muchachos de mi misma edad. Aquella noche salimos los cuatro. Cenamos en un restaurant. Eran todos muy divertidos y se palmoteaban en los hombros y en la espalda sin el menor motivo, pero con gran júbilo. Hacían guiños a las chicas y hablaban a voces. Yo me divertía con todos ellos. «Esta noche dormiremos todos en un hotel, ¿qué os parece?» —dijo Juan, mirando insistentemente a una muchacha que se arreglaba el carmín junto a la barra.

Los otros le siguieron la mirada, comenzaron a palmotearse nuevamente y asintieron con muestras de picardía. Yo estaba seguro que si Juan se lo proponía íbamos a dormir todos acompañados y comencé a notarme nervioso e intranquilo. No había pensado en ello. Nunca había pensado en ello, aunque sabía que en Tombstone no existía ninguna dificultad. Pero nunca me atrevía a intentarlo... Hice lo que pude porque Juan no se saliese con la suya, pero fue inútil. A las dos de la mañana yo me encontraba en la habitación de un hotel de tercera frente a una muchachita casi insignificante. Dentro del mal yo la elegí, porque nadie hubiera adivinado por su cara a qué menesteres se dedicaba. «Tendré menos miedo con una chica así», me dije.

Aquella muchacha casi no hablaba español. No hacía ni dos meses que había llegado de Los Ángeles. Se llamaba Mary y sonreía siempre como si estuviera muy alegre. De pronto me di cuenta de que se había adueñado de mí una frigidez insospechada. Cuando me deslicé a su lado todo el cuerpo me temblaba de frío. No logramos conocernos. Yo me sentía humillado. Me puse a llorar como un estúpido y ella apagó la luz y me acarició la frente un buen rato. Así fue cómo me quedé dormido.

Aquella noche tuve sueños horribles y confusos. Me veía en el pueblo de regreso del cementerio. Era el día que enterramos a mi madre. Me parecía caminar con un gran gentío en derredor. Yo miraba asustado a todo el mundo. Eran hombres y mujeres vestidos de rojo. Todos lloraban. Yo también quería llorar, pero no podía. Hacía esfuerzos, pero no podía. Así llegamos al pueblo. ¡Pero aquél no era mi pueblo! Habíamos llegado a una gran ciudad, una ciudad con altas edificaciones, una ciudad con grandes avenidas desiertas. Yo caminaba por una de estas avenidas. Yo caminaba asombrado. De pronto miré en torno mío y no vi a nadie. Estaba solo. Fue entonces cuando lloré. Lloraba de tal modo que el pecho se me había inundado. Pero no eran lágrimas corrientes: eran lágrimas de sangre, eran lágrimas rojas como la sangre. Y grité, grité con pánico. Fue entonces cuando descubrí que en mi propia cama estaba el toro de don Juan. Me miraba tenazmente... Quise apartarlo, luché. Le vi sonreír desde la puerta; escarbar con la pezuña en la tierra polvorienta, herida de sol y desaparecer...

A la mañana siguiente me levanté muy pronto. Aún no había amanecido. Ella dormía. Dejé dinero más que sobrado sobre la mesita y escapé como un huido de presidio. Hasta que me casé con Ángeles no quise experimentar nada semejante.

En la oscuridad de la cabaña yo me sentía nuevamente ruborizado al recordar aquella noche del hotel, en Tombstone. Me pregunté qué sería de aquella muchacha y cuánto la habría sorprendido encontrarse sola al despertar. No quería ni sospechar que se hubiese reído de mí, porque prefería tener hacia ella aquella especie de secreto agradecimiento que le guardaba cada vez que su nombre o su figura se me venía a la memoria. «Al fin y al cabo —medité— fue mucho más humana conmigo que la misma

Ángeles». Y traté de olvidar aquella faceta tan humillante de mí mismo. «Mañana todo será diferente», me dije. Abrí los ojos y comprobé que la cabaña seguía en la mayor oscuridad. «Me apostaría cualquier cosa a que Enzo ha puesto alguna tabla en los huecos de las ventanas».

El sabor de mi boca era cada vez más insoportable.

«Es sed lo que tengo», me repetía. Escuchaba el roncar forzado de *El Bayona* y también su respiración silbante. Pero sólo la de *El Bayona*. Llegué a sospechar que Enzo no se hallaba en la cabaña. «¿Y si me levanto?» No lo dudé mucho tiempo. Fui deslizándome el cuerpo hasta el borde del catre y dejé caer las piernas. Al posar en el suelo las punteras un temblor incontenible me hizo saber rápidamente que no acertaría hasta el botijo; que iba a despertarles y que antes de que se hiciera la luz se me vendría al cuerpo más de un golpe. Torné a tumbarme tal como estaba. Había desistido de beber agua y aún seguía galopándome el corazón por el pecho como un potro sin domar, alocado. Yo intentaba calmarlo conteniendo la respiración, evitando el jadeo de mi aliento. Pero era igual que si no me perteneciese: el corazón trotaba alocadamente y yo sabía que su golpeteo tenía mucho que ver con aquellos pensamientos que me hicieron volar monte abajo bordeando escarpaduras e internándome por cañadas y vericuetos; que tenía mucho que ver con aquella vaga idea que me revoloteaba en la cabeza sin tener valor para mostrarse desnuda y decir: «tratemos de huir».

Sabía que era esto lo que mi pensamiento merodeaba aunque yo tratase de no cavilar sobre ello.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XV

—UN par de pasadas, ¿verdad?
Me incorporé sobresaltado.

El Bayona lanzó una carcajada. Parecía un payaso de circo con aquella cara toda enjabonada y la boca estirada de oreja a oreja.

Saqué los pies del catre y me quedé sentado al borde. Tenía entontecida la cabeza. Me pasé los dedos por la mejilla y me limpié el jabón que *El Bayona* me había plantado en la cara con la brocha.

Seguía riendo. En la mano izquierda tenía un pequeño cazo con agua y en él mojaba la brocha y se remojaba la barba con el jabón insistentemente.

—Han pasado las lecheras —chanceó.

Enzo, ya afeitado, se hallaba inclinado sobre la mesa. Tenía un lápiz entre los dedos y trazaba líneas y líneas afanosamente sobre la página de una libreta.

Debía de ser muy temprano, porque apenas la luz del amanecer iluminaba el interior de la cabaña. Consulté mi reloj y se hallaba detenido. No le había dado cuerda desde hacía dos días.

El Bayona se acercó a Enzo, por detrás, consultó la libreta por encima de su hombro y dijo:

—Ya está claro —Enzo asintió con la cabeza.

Yo me acerqué al botijo y me enjuagué la boca un par de veces. Después me planté frente a Enzo y *El Bayona*.

—Ya me dirán qué debo hacer. —Me había entrado de pronto tanta prisa, que si me hubieran mandado ir al pueblo y subir nuevamente con el dinero lo habría hecho sin duda en media hora. Tal era mi deseo de que todo aquello concluyese de una vez.

Los dos me miraron estupefactos. Se cambiaron una mirada de inteligencia y sonrieron.

—Les he dicho que pueden decirme lo que debo hacer. No veo en ello motivo para que se rían —advertí bastante indignado. Y añadí—: ¡Estoy deseando terminar toda esta comedia! ¡Diré a mi mujer que le arroje el

dinero a la cara! —No sé por qué causa me sentía irritado de tal modo. Había soportado cosas mucho más humillantes.

—Parece que se ha vuelto loco, ¿verdad, Enzo? —Y luego—: El señor Porrúa parece que se trastorna un poco sólo pensando que volverá con su mujer. ¿Verdad, Enzo? ¡Ja, ja!

Enzo también rio.

—¡Habrás olvidado cómo es! —exclamó, poniendo sus ojos anñados sobre los míos.

El Bayona estalló en tal júbilo que el cazo del agua rodó hasta un rincón de la cabaña. Pero él continuó con sus carcajadas sin reparar en ello.

—Cuando termine *El Bayona* puedes afeitarte —dijo Enzo de pronto—. Es eso lo que puedes ir haciendo. Pero no te obligamos a que lo hagas.

—¿Puedo salir? —señalé hacia la puerta.

—¿Adónde? —requirió Enzo.

—Al cañaveral.

Miró a *El Bayona* y éste se alzó de hombros.

—Bueno —asintió.

El Bayona abrió la puerta, me dejó paso y salió detrás de mí.

Me expliqué entonces la oscuridad de la cabaña durante la noche. No hubo luna. Una espesa neblina impedía ver a tres metros de las narices. *El Bayona* casi me pisaba los talones. Me volví.

—No tengo la menor intención de escaparme.

—No hace falta que lo digas. —Agachó un poco la cabeza, sonrió cucamente con los ojos y frotándose sobre la barba el jabón de su brocha—. Eres un pollo muy vivo, pero no lo suficiente para que te escapes —añadió.

No me moví.

—Es al cañaveral donde voy.

—Muy bien: iremos juntos.

La niebla era tan fría como densa. Me encontraba destemplado. *El Bayona*, sin embargo, estaba en mangas de camisa.

Me encogí de hombros.

Atravesamos el pedregal. Hasta no llegar a las primeras cañaveras no oí la musiquilla monótona del manantial. Pero aquel gluglú apagado que llegaba entre la niebla parecía meterme por los huesos su agua casi helada.

—Puedes quedarte ahí mismo.

Yo me alejé un poco más, hasta que *El Bayona* sólo era un bulto entre la niebla. Cuando me até de nuevo el cinturón pude apreciar hasta qué punto mi ropa parecía la de un canalla más: mi traje claro estaba lleno de lamparones, tizado por las rodillas y con un pequeño roto casi en los bajos. La chaqueta estaba igualmente sucia y arrugada y los zapatos despellejados. Uno de ellos tenía hasta un descosido. Me di cuenta de que todo mi cuerpo despedía un penetrante olor a heno. Las manos me raspaban de la suciedad que tenía en ellas.

Cuando llegué junto a *El Bayona* le encontré jurando.

—Se me ha secado todo el jabón. ¡Al diablo! ¡No hay cosa que más me cabree que el que se me corte el jabón en la cara y tenga que empezar de nuevo!

Pasé junto a él sin hacerle caso. Iba dispuesto a lavarme lo mejor posible.

—Siéntate —me ordenó Enzo, nada más entrar en la cabaña.

Aguardé frente a él.

Enzo me miró fijamente. Yo le aguanté la mirada cuanto me fue posible y le pregunté que qué era lo que deseaba.

Me alargó la libreta abierta por la página donde le había visto trabajar.

—¿Conoces esto?

Yo miré el plano, traté de adivinar lo que era, pero sin resultado.

Le dije que no.

Enzo posó la punta del lápiz sobre una pequeña cruz.

—Aquí esperamos a que tu mujer venga con el dinero.

—Bien...

El Bayona se enjabonaba de nuevo la barba y se mantenía atento.

—Yo bajaré a por el dinero. Tú te quedarás mientras tanto con *El Bayona*... —Meditó un momento—. Después volveré hasta vosotros y te dejaremos marchar libre.

Asentí con la cabeza.

Añadió:

—Lo mejor es que no des parte a la Guardia Civil hasta después de dos días. ¡No lograrían cazarnos pese a que hicieras lo contrario!

Le pregunté que por qué me decía entonces todo aquello.

—Sería desagradable que tuviéramos que pasar un par de meses metidos por estos montes. —Miró a *El Bayona*, sonrió un poco y dijo luego —: ¡A lo mejor, si se da este caso, tenemos que bajar de nuevo a por ti para desahogarnos de nuestra mala suerte!

—¡Eso!... ¡Eso!, ¿verdad, Enzo? —apuntó *El Bayona*.

Pensé en Ángeles.

—¿Y si mi mujer ha entendido mal las instrucciones? —dije.

Enzo negó con la cabeza.

—Junto a tu carta yo metí otra en el sobre, escrita por mí. Allí todo se explicaba a las mil maravillas. —Y su mirada parecía querer adivinar lo que discurría bajo la piel de mi frente—. Pero si lo ha entendido mal, entonces... sería una pena. ¡Te lo digo de verdad!... Lo que nos interesa es el dinero, pero cuando decimos que matamos, ya no queda más remedio...: entonces tenemos que matar. De lo contrario nuestra reputación se iría al garete.

El Bayona había comenzado a rasurarse con la navaja. Asintió solemnemente con la cabeza.

—Es así... Es como Enzo te lo dice. ¿Verdad, Enzo?

Yo les miraba a los dos sin saber qué pensar de todo aquello. «Es como si a varios amigos les hubieran pagado para que me embromaran», me dije. Así de absurdo y risible me parecía todo.

Enzo miró muy complacido a *El Bayona* y después, volviéndose a mí, sonrió y dijo:

—Es la triste verdad. Nosotros tenemos este negocio y hay que mantener el crédito. Si te dejásemos libre, nadie volvería a creernos; nos arruinaríamos y nos veríamos obligados a dedicarnos a otra cosa. Ni *El Bayona* ni yo hemos pensado en labrar la tierra. —*El Bayona* lanzó una carcajada, pero Enzo continuó como si tal cosa—: Ya te dije ayer que no tenemos la culpa de ser así. Es la sociedad. Antes de la guerra yo trataba de meter esto en la cabeza de los aldeanos, pero fueron muy pocos los que nos comprendían verdaderamente. La sociedad es una mierda. Juzga a los hombres por las apariencias, sin ir nunca al cogollo. A los que son como nosotros les llaman asesinos. —Alzó los hombros con un gesto burlón—.

Es igual. Son ellos quienes nos hacen ser así. Ya no podemos defraudarles. Nos han dado ese mal prestigio..., pero prestigio después de todo, y hay que mantenerlo. Si nos falla un golpe de este tipo no tenemos otra salida que cargarnos al fulano si queremos que no nos tomen por un par de imbéciles. El prestigio es el todo en un negocio. Es lo primero. Y el prestigio, de comerciante o de asesino, lo crea siempre la sociedad por el concepto que se forma de ellos. —Me miró con sus ojos azules y exclamó —: ¡Casi había temido que se me hubiese olvidado hablar de esta forma! De antes lo hacía como un libro abierto. ¡Lo que es la vida! —y se rio.

A mí me pareció adivinar una sombra de amargura al final de aquella carcajada.

—¡Al diablo! —exclamó alegre *El Bayona*—. Pocas veces ha sonado tan bien el parrafito. —*El Bayona* posó el filo de la navaja sobre mi cabeza y añadió—: Enzo le suelta este espiche a cada uno que cazamos, ¡ja, ja! Pero ¡al diablo!; nunca llegaré a saber qué es lo que hace para recordar cada palabra y ponerlas en su sitio.

Yo me mantuve inmóvil hasta que él retiró la navaja de mi cabeza y continuó afeitándose. Enzo me observaba burlón.

No supe qué decir de todo aquello. Miré hacia la libreta.

—¿Qué más me iba a decir?

Enzo tomó de nuevo el lápiz y se puso a trazar rayitas por los márgenes de la página emborronada.

—Todo será fácil. Dejaremos un paraguas en la carretera, como contraseña. Se lo dije en mi carta... El camión de la leche se detendrá y tu mujer y el conductor descenderán. El conductor no sabe nada de esto. Cuando vean el paraguas, tu mujer le mandará parar para recogerlo. Se bajará él y después ella. Yo estaré muy cerca. Será todo fácil. —Enzo hablaba con la mayor naturalidad.

El Bayona escuchaba con aire astuto cuanto Enzo iba diciendo. Había terminado de afeitarse.

—Puedes arreglarte un poco si te parece. *El Bayona* preparará mientras algo para desayunar —dijo Enzo.

Mientras me afeitaba di en pensar cosas terribles. Las palabras de Enzo habían logrado intranquilizarme de tal modo que me hice dos cortes. No

había usado en la vida una navaja de barbero y su manejo me resultaba difícil. Acostumbrado a mi máquina eléctrica, no llegaba a comprender cómo el uso de un instrumento tan incómodo podía emplearse aún. La sangre de las dos heriditas se mezcló con el jabón y éste adquirió un tono rosáceo. Yo me miraba en el trocito de espejo que había colgado junto al hueco de la ventana y me sentía cada vez más irritado y nervioso. Me pasaba la hoja lentamente, con dificultad. En tanto pensaba en Ángeles, en la carta, en el camión de la leche, en el paraguas tirado en medio de la carretera... Hacía conjeturas sobre cómo se las arreglaría Ángeles y sobre otros muchos detalles insignificantes y anodinos que nada tenían que ver en definitiva. También se me vinieron a la memoria los sueños extraños y alocados que había tenido durante la noche. Cuando me dormí, atenazado por la sed, soñé con una gran cantidad de pájaros. Caminaba por bosques y los nidos estaban por doquier. Había tantos que en realidad el bosque lo componían únicamente las cañizas sujetas con excremento y mullidas de livianas plumas. Pero los pájaros no se asustaban a mi paso. Por el contrario, me miraban amenazadoramente y había algunos que lanzaban sus picos hacia mí, pero sus pescuezos eran tan endebles y delgados como un hilo y al sacar las cabezas del nido se les doblaban y se quedaban como muertos. Iba dejando un rastro de pájaros muertos a mis espaldas. En uno de aquellos infelices me pareció reconocer a Moncho, con su mirar bisojo, caído fuera del nido y oscilantes sus ojos tras el ribete de los párpados, tal como si fueran dos de aquellas bolas de cristal con las que jugábamos a la torca, de muchachos...

Al final resultó que mi afeitado no tenía nada de tal y que la barba había sido mal rasurada y únicamente por zonas. Mi aspecto no podía ser más cómico.

El Bayona lanzó una carcajada al verme.

—Parece un chivo, ¿verdad, Enzo?

Y Enzo le acompañó la juerga alegremente.

—Parece un chivo —insistió *El Bayona*—: Ahora sólo hace falta que se le vean de una vez los cuernos. —Y continuó riendo.

Enzo me observó de soslayo, sin duda para saber el efecto que las palabras de *El Bayona* producían en mi ánimo.

Me mordí los labios interiormente: era la primera vez que hacían una alusión directa a las habladurías que sobre Ángeles corrían por el pueblo. Preferí no darme por enterado, pero los dos reían. Enzo más solapadamente. Pero *El Bayona* reía de oreja a oreja. No tenía jabón en la cara, pero seguía pareciendo un payaso; acaso un payaso peligroso, pero no por ello dejaba de serlo.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XVI

—**E**STO traerá más sol —decía *El Bayona*.
La niebla se escurría en torno nuestro; se arremolinaba impalpable y densa. Al principio me pareció que sería más agradable caminar entre la niebla que bajo el sol. Pero la niebla mareaba; se filtraba húmeda hasta lo último de los pulmones y mareaba tanto como una hamaca después de una fuerte comida. La limitación que imponía a nuestras miradas era la de los cortos pasos que nos separábamos uno de otro.

Enzo iba en cabeza. Si me fijaba en su cuerpo le veía avanzar entre la blanca neblina ajironada que luego quedaba revoloteando como poseída de una levedad de otro mundo. Era mareante no poder ver más que a cuatro metros en torno... Y después aquella humedad que se entraba por las narices.

—Subiremos un poco —anunció Enzo, volviendo la cabeza.

Y trepamos monte arriba casi durante media hora. Desde que salimos de El Palacio yo me encontraba como un poco enfermo. No hubiera podido asegurar que de verdad lo estuviese. Tal vez era cosa de nervios. No sé por qué, desde que dejamos la cabaña, yo iba pensando en mi madre. La veía con el rastrillo al hombro camino de los prados en aquellos amaneceres veraniegos, cuando había que madrugar para aprovechar la fresca. Sin volver la cabeza, se detenía y me esperaba. «Nando: date prisa, que nos coge el sol». Y yo echaba una carrerita y me ponía a su lado, y cuando me oprimía la mano, yo era como si me sintiese un poco mayor y tiraba de ella camino adelante como llevándola; como haciéndole más cómodo su caminar.

Siempre conocí a mi madre vestida de negro. Únicamente a la cabeza llevaba un pañuelo con grandes lunares blancos. Yo entonces no comprendía cómo mi madre quería ser, con aquella ropa, tan vieja como las mujeres verdaderamente viejas del pueblo. El luto que guardó a mi padre la acompañó al cementerio. Pero antes que esto sucediera yo había ido creciendo a su lado sin darnos cuenta ninguno de los dos. Fui creciendo tan

silenciosamente, tan anónimamente como el «chile» que la vi plantar un día primaveral en una vieja bañera, en el rincón de la corralada, junto al henar. Al menos a mí me lo pareció así. Pero supe más tarde que ella presencié mi crecer con un puro sobresalto: entre visitas de médico y rayitas de termómetro. Una primavera ella plantó el «chile» en la destartada bañera. Yo la vi silenciosamente y luego le acarree tierra bien negra y húmeda del tremedal del molino y una paletada de humeante estiércol. Todo quedó listo. El «chile» no era más que una ramita sobresaliendo entre tanta tierra. Yo le regaba un poco cada mañana y ella me aconsejaba que no lo ahogase: que le echase muy poquita agua cada día. Aquel invierno fue uno de los peores que pasé. A la primavera siguiente vi florecer el campo desde la solana. Sólo había un poco de nieve en los riscos más altos de la cordillera, pero muy poco. Ni aquella primavera ni aquel verano ayudé a mi madre. Ella salía en abril con el arado y el caballo, o con el carro humeante y olorosamente fértil del estiércol y la pala de pinchos clavada en lo alto como si pensase poner en su punta aquel pañuelo suyo de grandes lunares blancos a modo de bandera. Más tarde ella segó la hierba. Recuerdo que, asomado a la ventana, en cuyas grietas del alféizar iba escondiendo mis sueños y mis lágrimas, pensaba: «Me gustaría estar con ella para picar el filo de la guadaña y afilársela». Y también recordaba que, otros veranos, precisamente en la época de la hierba, a ella se la caía el moño de tanto trabajar, y entonces se quitaba aquel pañuelo suyo y era como si me descubriese su verdadera intimidad de madre al mostrarme el pelo. Lo tenía enormemente largo y negro y muy estirado, y solamente viéndola de aquella forma llegaba a hacerme idea de lo muy joven y hermosa que era. La miraba cuando dejaba su cabeza al descubierto. Ni siquiera los deslumbrantes rayos del sol podían penetrar en aquel misterio que encerraba la negrura de su cabello. Me quedaba frente a ella y la veía cómo sujetaba, entre sus labios fruncidos, las grandes horquillas, mientras sus manos trabajaban la mata deliciosa que iba enrollando en su nuca con una pericia de maravilla. Mientras tanto, su pañuelo, de grandes lunares blancos, ondeaba, como una bandera, en el mango de la pala y yo iba y me lo ponía sobre la cabeza en forma de pico y así me quedaba en espera, viéndola cómo me sonreía desde detrás de sus labios fruncidos y llenos de

horquillas y con sus ojos tan negros y brillantes como la pechuga de los miruellos.

Muchas veces, en Tombstone, había recordado estas mismas cosas y siempre me dije que se puede amar a una madre simplemente por el color y la largura de su pelo o por la blancura de su nuca, entrevista tímidamente.

No sé por qué me dio en cavilar sobre estas cosas nada más salir de la cabaña. Lo cierto es que el recuerdo de mi madre se me venía a las mientes de tal modo que hubo momentos que deseé entreverla entre la niebla mareante que nos envolvía, pensando que avanzábamos por los difíciles caminos de un Cielo terrenal. También estuve a punto de llorar y ni siquiera tuve valor para ello.

Frente a mí, Enzo continuaba ascendiendo trabajosamente. Yo le seguía a duras penas. De vez en cuando espoleado por los empujones que *El Bayona* me propinaba en la espalda. ¡¡Pero estaba tan lejano mi pensamiento!!

«¿Quién dejaría secar el “chile” que plantó mi madre?», me dije. Así de alejado estaba de Enzo y de *El Bayona*. Y juré, inútilmente, que si yo no me hubiese marchado a América, aquel «chile» no se hubiera secado nunca; que le habría cuidado con tanto esmero, en recuerdo de mi madre, como si se tratase de su sepultura. Y me pareció estar de nuevo viéndola prensar la tierra desmenuzada con el estiércol en torno al débil tallo. Sin embargo, ¡qué pronto olvidé yo que en la destartada bañera, en el rincón de la corralada, junto al henar, mi madre había estado enterrando unos minutos preciosos de su vida!... A las pocas semanas dejé de regar el «chile». Me cansé de salir cada tarde, cuando el sol ya se había ido (ella me aconsejó que sólo a esta hora podía hacerse aquello); me cansé de salir, decía, con el cazo agujereado rebosante de agua para desparramarlo sobre el tallito. A pesar de todo, un buen día descubrimos que estaba considerablemente crecido. Y años más tarde, ¿cómo fue?, yo sorprendí el primer fruto. ¡Qué tímidamente mostraba nuestro «chile» su primer fruto! Fui lleno de alegría a contárselo a mi madre. Estaba en el huerto sallando las patatas. Estuve lleno de impaciencia hasta que regresamos. «Mira, mira», le señalé. Y ella sonrió como pocas veces. «No lo toques», me dijo. Mi único temor entonces era que alguien nos robase aquel primer fruto crecido del «chile»

de nuestra bañera... Fue así de insensiblemente como yo me encontré más crecido también y más fuerte. ¿Cuánto tiempo había pasado desde aquel mes de abril; desde aquel día en que yo fui al tremedal del molino a por tierra bien negra y a la trasera del establo a por una palada de estiércol? Sólo sé que Rufino, el del lechero, que sólo me distaba un par de años, ya sabía tocar la gaita, y que aquel verano, en la fiesta del pueblo, por la mañana, antes de que llegase la orquesta, él acompañó a las panderetas en el ramo, y después tocó un par de jotas. Rufino, el del lechero, sólo me sacaba un par de años, y sin embargo, mientras hinchaba la bolsa de la gaita, me pareció que ya era un hombre. Fue aquel día cuando yo me fijé por primera vez en Ángeles, que era ya una mujer o empezaba a serlo...

Un año después murió mi madre. Se murió casi sin darme cuenta. Se murió mi madre de una manera tonta. Ni siquiera me dio tiempo a pensar que se moría y a meditar sobre ello. ¿Puedo decir que no me enteré de que se estaba muriendo día a día? De la muerte de mi madre lo que más me atolondraba era el trasiego de los vecinos. Desfilaron todos por su alcoba. La madre de Antonino vino a cuidarla. Yo subía a verla a la hora de comer y ella me sonreía. «Cuida bien de todo», me decía. «Que no se retrase nada. No me gustaría levantarme cualquier día y encontrarlo todo patas arriba». Y yo salía al campo y hacía lo que podía. O limpiaba el ganado. Y así todo. Nunca me habló de que un hermano de mi padre se hallase en América. Un día estuve solo con ella y se echó a llorar. Lloraba de tal modo que la almohada se humedeció. ¡Quién sabe cuánto tiempo había tenido mi madre escondidas aquellas lágrimas! Nunca la había visto llorar y aquel día me miraba llorando silenciosamente. A mí me cosquillearon los ojos, pero no lloré: fui tan cobarde que retuve el llanto hasta que salí de su alcoba. Una noche, años más tarde, en Tombstone, me sentí tan solo que esto se me vino a la memoria y me dije: «¡Si hubiera llorado un poco, sólo un poco: lo suficiente para que ella me hubiese visto y consolado en mi propio dolor! Pero se fue al cementerio sin llevar siquiera este consuelo». Y aquella noche, en Tombstone, no sé si por remordimiento o soledad lloré como nunca lo había hecho. Ni siquiera cuando enterramos a mi madre había llorado de un modo semejante. Y es que la vida me fue enseñando que los muertos tardan a veces años en morir; que al principio sólo se mueren

para ellos solos, y que no es el amor lo que les hace seguir viviendo en nosotros mismos, sino el egoísmo de tenerlos cerca: el egoísmo de no querer resignarnos a perderlos para siempre.

Cuando mi madre murió yo no estaba presente. Pero nunca olvidaré que nada más dejar la vida, la alcoba se llenó de monótonas avemarías coreadas por viejecitas. La habitación olía a estiércol y a mimosas, y a la mañana siguiente, poco antes del entierro, el cuerpo de mi madre había añadido a aquel olor a estiércol y a mimosas otro olor particular y definitivo. El ronroneo de las avemarías no había cesado durante toda la noche. Yo velaba en la habitación contigua y me llegaban las toses de las viejas, los cuchicheos y aquella musiquilla del rezo que se iba apagando y que por un mutuo acuerdo se recuperaba de pronto y brotaba de las gargantas con un tono más bronco, fuerte y acompasado.

Hubo mucha gente en el entierro. Yo caminaba muy asustado junto a don Juan. Nunca supe quién aparejó aquel día al caballo y le puso a tirar del carro. La caja era negra y como habían dejado la cabecera en la parte trasera, el caballo llevaba las lanzas un poco levantadas y la caja se resbalaba continuamente. Algunos hombres que iban a nuestro lado la tornaban de nuevo a su sitio. Yo movía los labios, pero no acertaba a rezar. Iba como tonto. Pero al pasar frente a la casa de Ángeles, ella estaba sentada cerca del camino y yo la miré de soslayo y se me pasó por la imaginación las veces que la había espiado cuando el mozo de Pancar venía los domingos a cortejarla. Yo quise quedarme solo en el cementerio cuando todo hubo acabado. Los vecinos me miraban con pena. Decían: «¡Pobre muchacho!» O bien: «Es tan chiquillo todavía... ¡Sabe Dios la vida que le aguarda!» Yo quise quedarme solo en el cementerio. Allí lloré un poco, y recé pésimamente el padrenuestro. Algunas tumbas me llamaban la atención, me distraían. Sobre todo una de ellas; una que tenía lápida y el nombre del difunto, cincelado encima. Estaba junto a la de mi madre que era de tierra negra, removida. Cuando me aburrí de estar allí, haciendo que rezaba, me acerqué a aquella lápida blanca y leí un nombre que ya nunca he olvidado: Indalecio Yanguas. Y dos fechas.

Estas cosas yo las recordaba también en Tombstone cuando el calendario apuntaba aquel día gris que dimos tierra a mi madre. Todos los

años escuchaba una misa en la capilla de los Jesuitas. Una minúscula capilla de piedra dorada que se decía construida por el Padre Kino. Yo escuchaba allí mi misa y después me iba al parque, me sentaba en un banco y añoraba mis años de chiquillo. A veces lloraba de nostalgia...

Enzo se detuvo y yo casi tropecé con él.

Dijo *El Bayona* a mis espaldas:

—Parece que clarea.

Y Enzo:

—Nos quitaremos la niebla de encima un poco más arriba.

Nos habíamos detenido. El sol relucía como la plata a través de la niebla.

Continuamos ascendiendo. Un gran silencio nos rodeaba. Poco a poco la neblina se fue disipando y el sol haciéndose más visible y cegador. Me pareció un sueño emerger de súbito de aquellos jirones movibles, fantasmales y toparme con el sol caliente que golpeaba mi pecho entumecido. Yo estaba cansado. El sol era potente. La niebla se agitaba bajo sus rayos; se resistía; se negaba a desaparecer y libraba para ello una batalla misteriosa y silente. Yo tiritaba y me sobrecogía bajo el sol y era como si la humedad de la niebla me abandonase a cada estremecimiento.

Enzo se puso la mano a modo de visera. Se hallaba subido a un peñasco por encima de nuestras cabezas.

El Bayona había sacado su petaca y liaba un cigarro. Yo me senté. Observaba aquel blancor impenetrable que se extendía bajo mis ojos; que parecía ocultar el ambiente del mundo. Estar allí arriba, sobre la niebla, era como hallarse en el Cielo.

CAPÍTULO XVII

ENZO se detuvo y agitó las manos.

—Agacharse —ordenó apagadamente.

El Bayona y yo obedecimos como dos resortes.

—¿Qué es lo que pasa?

—¡Al diablo! ¿Acaso lo sé yo? —arguyó.

Nos habíamos ocultado detrás de una peña. Yo observaba a Enzo. Enzo se hallaba un poco más arriba agazapado tras unos matorrales. Sobre nuestras cabezas comenzaba a pesar el sol. Era aún un sol madrugador, pero picaba sobre la piel. A la media ladera la niebla se destejía silenciosamente. Ya por algunas partes se veían trozos de valle verdosamente umbríos. La neblina parecía tan delgada que un simple soplo la hubiera destartalado, pero el aire estaba en calma, si es que había aire bajo la porcelana brillante del cielo.

No hacía ni un cuarto de hora que habíamos reanudado la marcha desde que salimos de la espesa niebla; un cuarto de hora que se había hecho interminable y ahora, ¿qué era lo que pasaba?

Enzo se había tumbado detrás del matorral.

«Sólo falta que sea la Guardia Civil», me dije. Un sudor de lo más frío que he sentido me inundó la frente. «Sólo faltaba que esos guardias lo enredasen todo presentándose de pronto». Miré a *El Bayona*, que no quitaba el ojo de su compañero. «Me pegará un tiro en cuanto la cosa se ponga fea».

El Bayona sacó el pañuelo y se lo puso sobre la cabeza. Yo pensé que el sol no era para tanto todavía, pero cuando vi que Enzo miró hacia nosotros y dijo que «no» con la mano, comprendí que aquello era una señal y que nada había que temer; que no se trataba de la Guardia Civil. *El Bayona*, pese a su aire bravucón, parecía haber quedado muy satisfecho. «No es tan fiero el león como lo pintan», pensé. Y casi llegué a sonreír.

Enzo zarandeo el brazo sobre su cabeza, ordenándonos subir. A mí me temblaban las piernas al incorporarme. Era un cosquilleo incesante.

—¡Más de prisa... más de prisa! —jaleaba *El Bayona* a mis espaldas.

Yo me hacía rasguños en las manos al ayudarme. Pero *El Bayona* me propinaba empujones en la espalda y en el trasero, y las aristas hambrientas y calcinadas de las rocas seguían mordiendo las palmas de mis manos. Una piedrecita se me incrustó en el pulgar. —¿Es que no puedes andar más rápido? ¡Al diablo con los señoritos! ¡Al diablo!— masculló fastidiado.

—¿Qué pasa? —inquirió *El Bayona* sin apenas llegar junto a Enzo.

—Vienen dos de la otra vertiente. Son paisanos.

Ambos me miraron. No me gustó nada aquella manera que tenían de mirarme, y para disimular mi nerviosismo les dije que todo aquello nos estaba retrasando y que no íbamos a llegar a tiempo.

—¡No hay cuidado! —respondió Enzo—. Llegaremos a la hora señalada.

Pero *El Bayona* me miraba rijosamente. Se volvió a Enzo y dijo:

—¿Tú qué piensas?

—Parecen paisanos de verdad.

—¡A mí estas cosas me j...! —exclamó irritado *El Bayona* y me miró de mala uva—: ¡A mí estas pegadas me sacan los nervios de madre! ¡No hay cosa que más me j...!

Yo me escupía en las palmas para calmar el escozor de los arañazos. Sabía que *El Bayona* continuaba mirándome de mala uva.

—¿Por dónde los viste?

Enzo asomó la cabeza por entre los matorrales. Dijo luego:

—Pasaban a la vera de la Piedra del Toro, por el camino. Eso me hace pensar que son paisanos. Parece que vienen de Álles.

El Bayona miró a su vez y tornó a sentarse.

—De todas formas estas cosas a mí me crisan. Siempre tiene que pasar algo a última hora... Fue igual cuando lo del taxista. ¿Tú qué dices?

—¡Leche! Puedes callarte si te da la gana. ¡Siempre estás igual! —Enzo se había enfurecido inesperadamente. Sus ojos saltaban de mí a *El Bayona*—. ¡Así pasó lo que pasó con el taxista! Te calientas solo y ¡zas! Valía más que amarrases los nervios a la pata de la cama cuando sales. ¡Puedes liarle a tiros con ellos cuando doblen la cañada! —Y se puso a mirar fastidiado por entre los matorrales.

El Bayona escupió indignado, sacó su pistola y comprobó si el cargador estaba completo.

Al cabo de cinco minutos, Enzo comenzó a impacientarse.

—Ésos nos han visto. De seguro que nos han visto y que se han escondido para que pasemos. No tengo duda de que son paisanos: saben lo que hacen. De seguro que nos han visto y se han escondido temiendo encontrarse con quienes nos creen —dijo.

Pero *El Bayona* no levantó siquiera la cabeza. Yo pensé que no era nada bueno que *El Bayona* se enfadase en un momento semejante, y que si las cosas se ponían mal el que iba a pagar el pato iba a ser yo, pero tuve que aguantarme y esperar.

—Tendremos que salir —opinó Enzo. Y añadió al cabo—: De seguro que bajan al mercado y son capaces de tenernos aquí todo el día antes que darse a ver.

—¡Vamos! —dijo *El Bayona*, levantándose.

Yo esperé a que lo hiciera Enzo. Me había vendado las manos con el pañuelo y tuve que partirlo por la mitad, pero cuando nos pusimos en camino, Enzo me lo mandó quitar, alegando que podían pensar que éramos «del monte» y que yo iba herido.

No habíamos caminado veinte metros cuando, de pronto, aparecieron dos hombres a la vuelta de una cañada, en el camino. Enzo se había confundido. Parecían campesinos, pero no se habían escondido como supuso. Ellos nos vieron a nosotros y se detuvieron. Me di cuenta de que nos miraban con recelo. También a nosotros nos sorprendió aquel encontronazo inesperado. Vi cómo *El Bayona* metía la mano entre la zamarra en busca de la pistola, pero se contuvo cuando Enzo le dio un codazo.

A todo esto los dos labradores habían reanudado la marcha. Cuando estuvieron más cerca comprobé que llevaban una especie de mochila a la espalda. Nosotros también echamos a andar.

El sol brillaba arriba, en lo alto, pero era igual que si le llevásemos a modo de gorra. De tal modo picaba en la raíz de los cabellos.

Enzo seguía caminando un poco adelantado. *El Bayona* a mis espaldas, muy junto.

—¡Chitón! —me ordenó.

Y yo para tranquilizarle asentí con la cabeza sin volverla siquiera.

Nos cruzamos con ellos a menos de diez metros. Se veía que no les éramos de mucha confianza. El más joven era mucho más alto que el otro: me parecieron padre e hijo.

—¿Qué tal anda de niebla la otra ladera? —Fue el más viejo el que habló.

Se habían detenido. El joven se apoyaba en un cayado.

Nos detuvimos también.

—Se está disipando —dijo Enzo. Y añadió seguido—: De amanecida no se veía a dos palmos de la nariz.

—Lo mismo a esta parte —y el viejo señaló con la cabeza—. Pero ahora arrea el sol que se las pela.

El otro escuchaba la conversación en silencio, mirándonos muy fijamente. No hacía falta ser un lince para adivinar que no se fiaba un pelo.

Enzo le preguntó al viejo si bajaban al mercado.

—Sí, con queso —y se volvió un poco para mostrar su espalda con la mochila.

Enzo les deseó mucho negocio y echamos de nuevo a andar sin otra cosa. Yo volví la cabeza antes de doblar el peñasco de la cañada y les pesqué mirando atentamente.

«Estoy seguro de que les han conocido». Y me alegró pensar que así hubiera sido, como si aquello me acercase un tanto a la libertad; como si con la sospecha de ellos yo fuese un poco menos preso de Enzo y de *El Bayona*. Me parecía mentira haber estado tan cerca de aquellos dos hombres; saber que un par de horas más tarde pasarían a varios metros de mi propia casa. Haberles visto y haberles dejado marchar ajenos a mi situación. Pero a pesar de todo, no sé por qué motivo, me tranquilizó el verles y el tener la seguridad de que habían reconocido a mis secuestradores. No se me pasó siquiera por el magín pensar que de nada iba a servirme al fin y al cabo.

En seguida nos echamos a los ojos la montaña frontera y más tarde la angosta cañada con la cinta blanca de la carretera haciendo varias curvas. Desde allí se veía La Portilla. Yo casi no acertaba a mirar. «Es aquí; a dos

pasos de aquí», me dije. Se me nublaron los ojos. Los deslicé por las cinco curvas de la carretera y vi aparecer un automóvil entre una nubecilla de polvo.

Nos detuvimos. *El Bayona* se sentaba sobre la cachava del paraguas. Vi cómo Enzo espiaba la vertiente de la montaña frontera. Parecía caérseles encima y estar al alcance de la mano. Creí entrever, bajo el verdor de unos árboles, el tejado de la casona que había a la entrada de La Portilla, al borde mismo de la carretera. Cuando era un chiquillo, aquel lugar tan solitario y alejado del pueblo me parecía el fin del mundo. Hasta que no fui por primera vez a Llanes para visitar a un especialista, no pasaron de allí mis correrías con Antonino o con los otros chiquillos del pueblo. Escaparse hasta La Portilla era alejarse más de tres horas del pueblo; era correr el riesgo de que a cualquiera de nosotros nos echasen en falta en la corralada o en el henar...

Cuando iniciamos el descenso, el automóvil avanzaba lentamente con su cáscara de polvo casi ocultándole a nuestra vista.

Fue trabajoso el descenso. Enzo y *El Bayona* saltaban con gran facilidad, pero mi distancia se iba agrandando de tal modo que *El Bayona* debía detenerse a esperarme cada dos por tres. La verdad es que yo no quitaba la vista de la carretera. Era como si esperase encontrar allí a alguien que me libertara rápidamente. Sabía que en media hora, a más tardar, llegaría el camión de las ollas y en él Ángeles y el dinero del rescate. Pero no sé qué vago temor intuitivo me hacía desear hallarme libre de una vez. Hubiera dado un año de mi vida por no tener que esperar hasta la llegada de Ángeles.

—¡Al diablo! Estás temblando como un sarasa —me dijo *El Bayona* cuando llegué hasta él en unos de aquellos altos que había de hacer en su marcha.

Yo respiré hondamente. Sudaba. Me transpiraban las manos y la espalda y las axilas. También las piernas parecían sudarme y los pantalones se pegaban a la carne de tal modo que el andar se me hacía más difícil.

Pasé junto a *El Bayona* apenas sin mirarle. Él lanzó una carcajada. Dijo después:

—Más te vale que tu mujer venga con los cuartos. De otra manera te voy a dejar tieso.

Procuré no oír sus palabras. Vi que Enzo bajaba a más de quince metros de nosotros. Se detenía de vez en cuando y atisbaba los alrededores de la carretera. Enzo saltaba con agilidad pendiente abajo, y se agazapaba luego estudiando el terreno. Así estaba un momento. Después, vuelta a zigzaguear de un peñasco a otro.

«Es aquí mismo, me decía. Es aquí mismo. Dentro de poco tiempo estaré libre». Me horrorizaba sospechar que la Guardia Civil se presentase de pronto. «No... Ángeles no ha dado parte. Ángeles sabe que si da parte soy hombre muerto... Ángeles habrá seguido las instrucciones de la carta y llegará con el dinero. Estoy seguro de que no ha dado parte... Sabe de sobra que me matarán si no viene con el dinero...»

El Bayona se puso a mis espaldas. De vez en cuando me azuzaba con la contera del paraguas, obligándome a caminar más rápido. Hubiera querido volar monte abajo, pero casi no acertaba a obedecerle. El corazón me golpeaba tan cerca de la boca que, a cada latido, creía quedarme sin respiración. Me ahogaba aquel golpeteo de la sangre en la laringe. Cuando me pasé la mano por la frente para enjugar el sudor me asustó la hinchazón de las venas. Pero era el sol el guardián más implacable: aporreaba de tal modo mis espaldas que temía que me derribase de un momento a otro.

Sólo en Tombstone, en el rancho de mi tío, había soportado un sol semejante. Allí el sol sí que era rabioso. Mi tío siempre lo decía. Mi tío usaba un gran pañuelo de chillona batista y se mesaba con él sus ralos y encanecidos cabellos levantando un poco el sombrero de rafia... El sol era aquí semejante y el recuerdo de mi tío me hizo oscilar la barbilla tontamente y comencé a llorar como un chiquillo. «Soy un estúpido, me dije. Soy un estúpido poniéndome a llorar de un modo semejante». Y la contera del paraguas seguía hundiéndose a cada dos por tres en mi cintura.

CAPÍTULO XVIII

—**S**I tu mujer te quiere vendrá con el dinero —dijo *El Bayona*. Torció la mirada hacia su compañero—. ¿Verdad, Enzo?

Yo volví a repetir que podía haber pasado cualquier cosa, pero Enzo, que me miraba con sus ojos azules muy sonrientes, se quedó serio de pronto.

—No falla nadie en una cosa de éstas —arguyó. Se pasó el pañuelo por el cuello y dijo al cabo—: Si no tienen dinero lo buscan; lo sacan hasta de las piedras.

Faltaba apenas un cuarto de hora para que el camión de las ollas se dejase ver. Eso fue lo que había dicho Enzo cuando nos sentamos detrás del peñasco. Pero yo no logré recordar a qué hora tenía la llegada al puesto de recogida que había junto a la tasca de Antonino. No logré hacer memoria si era a las diez o a las once. Debía ser a las diez, ya que Enzo decía que sólo faltaba un cuarto de hora.

—¡Y si mi mujer ha perdido el camión! ¿Qué pasará entonces? —Sabía que había dicho algo que no tenía vuelta de hoja.

Se miraron.

—Tú verás lo que pasa —masculló *El Bayona*. Y me miró con mala saña.

Y Enzo;

—Lo dijo antes *El Bayona*: si a tu mujer le importas tú más que el dinero, entonces vendrá en el camión. ¡No hay otra cosa que hablar!

—Pero yo no me fío un pelo de tu mujer —terció *El Bayona*—. Quiero que lo sepas desde ahora. ¡Si se chafa el asunto no será por mi culpa! —Miraba a Enzo hoscamente—. Creo que lo dije desde el principio. No quiero que nadie piense después que llevo «la puerca» en los asuntos que me meto.

Yo casi no atendía a sus palabras. Estaba observando cómo Enzo se iba quedando pálido y poniéndose de mala uva. Lo que más me fastidiaba era tanto palique por parte de *El Bayona* a cuenta de Ángeles.

—Me gustaría saber a qué vienen tantas gaitas sobre si mi mujer es de fiar o de no fiar —me encaré.

—No hay más que hablar —opinó Enzo.

Pero *El Bayona* parecía haber meado torcido aquella mañana.

—¡Al diablo! Sabe de sobra todo el pueblo que tienes oficio de toro manso.

No me pude contener y me acordé de su madre. Él trató de largarme un mamporrazo a puño cerrado, pero Enzo se interpuso. Dijo que le estábamos subiendo los dátiles al gatillo y que nos iba a dejar secos a los dos si no teníamos la fiesta en paz. Me sentó de un empujón:

El Bayona apoyó sus espaldas en la peña y se puso a mirarme rijosamente. Pero a mí no me quedaba tiempo para dedicarlo a sus humores.

¿Fue entonces cuando caí de la higuera? Yo quería hacerme de nuevas en el asunto, ¡pero como si nada! ¿Para qué me había estado engañando? Sabía de sobra lo de Ángeles; sabía de sobra lo que se hablaba por el pueblo. Primero fue sólo algo intuido. Después una sospecha... y más tarde... Más tarde no había querido pasar de aquella sospecha. Nunca la había confirmado: no hubiera tenido valor. Era más fácil ignorarlo todo. Y sin embargo, últimamente, cuanto más quería cerrar los ojos y escamotear los fastidiosos encuentros con mis sospechas, entonces todo aquello adquiría un perfil de clara realidad; de evidencia total. Sin que ningún hecho confirmara mi sospecha llegué a verlo todo claramente. «¿Por qué melindrear ahora con todo esto?» —me dije—. «¿Acaso no lo sabía de sobra desde antes de casarme?» Me lo dejaron caer bien claramente. Recordé las insinuaciones de uno y de otro. Nadie ignoraba en el pueblo que a Ángeles la frecuentaba un novio desde hacía más de diez años. Hasta en el mirar bisojo de Moncho me había parecido vislumbrar más de una vez como una chispita de burla. Yo me lié la manta a la cabeza cuando Ángeles aceptó mis relaciones como la cosa más natural. Yo me lié entonces la manta a la cabeza y dejé correr las cosas. Algunas noches me preguntaba si los sentimientos de Ángeles serían efectivamente verdaderos; si de verdad me quería. Yo me fui dejando engañar y últimamente, a raíz de los preparativos de la boda, ni siquiera quería molestarme en pensar en ello. «Después que nos casemos todo cambiará», me dije. «Me cogerá cariño con

el tiempo». Pero me equivoqué: a los dos meses ya notaba que Ángeles no encontraba en mí el hombre que necesitaba. Me faltaba vitalidad para ello y esto la exasperaba. Hubo noches que me golpeó despiadadamente. Yo me dejaba maltratar como un animal impedido; como un perro faldero, y, luego, cuando todo pasaba, me quedaba llorando silenciosamente a su lado. A veces no me dormía hasta la madrugada.

«¡Y de sus paseos por los prados..., por las pomaradas, por los bosques de alisas y de castaños! ¿Sería verdad que se entrevistaba con su antiguo novio?» Cuando me entraban estos temores me iba a la ribera del río, bajo la sombra de los arces y allí lloraba como un imbécil preguntándome qué castigo del Cielo estaba pagando y por qué a los demás hombres del pueblo no les pasaba nada de aquello...

Enzo miró el reloj, se volvió a *El Bayona* y le dijo que podía ir a dejar el paraguas.

El Bayona atisbó las curvas de la carretera atentamente y dejó el escondite. Dio una carrerilla hasta los nogales que había un poco más abajo. Allí se aguardó un momento oculto detrás de un tronco. Después echó a correr encorvado y desapareció en un vericuetto.

Yo temblaba de arriba abajo. Enzo le observó atentamente y se volvió hacia mí.

—Ya falta poco —dijo.

Yo no podía dominar los nervios. Sobre nuestras cabezas el sol era cada vez más implacable.

—¿Cree que mi mujer traerá el dinero? —Casi me había mordido la lengua al hablar.

Enzo volvió la cabeza hacia la carretera. Yo le seguí la mirada. Vimos a *El Bayona* aparecer en la cinta blanca de polvo y dejar en el centro el paraguas. Después desapareció nuevamente de nuestra vista.

—Es posible que venga —dijo al cabo Enzo. Me miró. Sus ojos denotaban también la duda—. ¿Tienes parientes? —preguntó de pronto.

Le dije que no; que no tenía ningún pariente si la exceptuábamos a ella.

—Eso es lo malo.

—¿Por qué?

Enzo dudó un poco antes de contestar:

—Porque si mueres, tus bienes pasarán a poder de tu mujer. —Me miró de buena ley y luego dijo:

—Es por eso por lo que a *El Bayona* le olía mal el asunto. Fue él quien se enteró de los chismes del pueblo. ¡Qué quieres que te diga!...

Le dije que me negaba a creerlo y él alzó los hombros.

—Es igual. Si te lo digo es porque me das pena —añadió.

Se veía que hablaba lealmente; se veía que Enzo me lo decía con cierto pesar. Me sentí lleno de agradecimiento hacia él.

El sol se derretía justamente sobre mi cabeza. No pude aguantar más: mi barbilla comenzó a oscilar y los ojos se me llenaron de lágrimas. Enzo volvió la cabeza. Yo le agarré por el brazo y comencé a sacudirle sin saber lo que hacía. A través de las lágrimas le vi que me miraba con cierto desprecio. Sus ojos se me clavaron fríamente en las mejillas.

Le dije que no podía ser; que aquello no podía ser y continué zarandeando su brazo nerviosamente.

—Está bien... ¡No seas lila! Hay mujeres de sobra en el mundo.

Pero yo no acertaba a soltarle.

—No puede ser... No puede ser. —A pesar mío no podía dejar de repetir lo mismo una y otra vez.

Enzo pareció cansarse, dio un tirón y liberó su brazo. Yo intenté cogérselo nuevamente, pero lanzó la mano y me dejó tumbado de un golpe.

—Es mejor que empieces a comportarte como un hombre. No soy ninguna niñera.

Me quedé en el suelo, tal como había caído, tratando de contener aquellas convulsiones que me sacudían de arriba abajo.

—¿Qué es lo que pasa? —oí preguntar a *El Bayona* al poco rato. Enzo respondió que no pasaba absolutamente nada, simplemente que la tenía llorona.

El Bayona lanzó una carcajada.

A mí me parecía estar viendo a Ángeles bañándose desnuda en el río. «De seguro se citan por allí cerca». Estaba casi seguro de que se entrevistaban en el tremedal de la presa del molino, casi al final, en aquella parte donde los helechos estaban siempre enormemente crecidos.

No sé por qué se me vino a las mientes el recuerdo de mi madre. La veía con su pañuelo negro de lunares a la cabeza, esparciendo el estiércol y también encinchando el caballo para salir a los prados. También la veía agachada sobre la palangana con su mata de pelo caída por la cara mientras el agua ponía un brillo especial en la blancura de su nuca. Recordé cómo me gustaba ver a mi madre con sus negríssimos cabellos sueltos, en medio de un prado, disputándoselos a la brisa para poder ovillar su moño. Me sentí más aliviado con todos estos recuerdos y me incorporé nuevamente.

Sólo *El Bayona* se hallaba junto a mí. Me contempló muy socarrón y sus ojos brillaron con malicia. Yo desvié la mirada y vi cómo Enzo abandonaba el bosquecillo de nogales y desaparecía por el vericuetto, entre los bardales.

El Bayona me dijo de pronto:

—Yo nunca me he fiado de las mujeres: son todas iguales. Sólo buscan el dinero y la cama. ¡Al diablo! —Rio entre dientes y añadió luego—: Mi padre siempre me decía esto. Mi padre se quedó viudo cuando yo era un chiquilicuatro y sólo después se enteró de cómo eran por dentro las mujeres. ¡Al diablo! Era ducho mi padre para estas cosas. Cuando yo me di cuenta que el gusanillo ya le tenía despierto y empecé a fijarme en las muchachas, él me cogió por el cuello y me enteró de todas estas cosas. A mí me parecían entonces decires, pero al muy ladino le pesqué una tarde echando la siesta en el henar con la hija de la vecina. Ya no quise saber más, porque con aquella misma yo había dado los primeros pasos en cosas de amoríos. —*El Bayona* rio de largo—. ¡Al diablo! A mí me gustaba entonces la hija del médico. Estaba un poco lisa, pero era una señoritinga. El viejo me había dicho que todas eran iguales y que en el fondo lo estaban deseando. Un día encontré a la hija del médico en una calleja y la planteé la cosa de pe a pa. Ella me arreó un guantazo y se escapó corriendo. ¡Pero fue la única que se portó de una manera tan tonta!... Yo siempre he pensado si fue por aquello de que estaba demasiado lisa y que a lo mejor era machorra, ¡ja, ja!

No me importaba un pito cuanto *El Bayona* me decía y además el sol comenzaba a resultar inaguantable. Me quité la chaqueta para ponérmela por encima de la cabeza, pero él me ordenó volverme a meter dentro de ella.

—El camión no puede tardar y hay que estar preparado.

Miramos los dos hacia la carretera. Un extraño silencio nos rodeaba. Busqué con la vista a Enzo, pero en balde. No había ni señal de que se encontrase por la pendiente verdosa, más abajo de los nogales, ni tampoco por los bardales que separaban los prados de la carretera. El paraguas era apenas una rayita negra cruzada sobre aquel endiablado polvo blanco del camino.

No corría la menor brizna de aire. *El Bayona* se restregaba el pañuelo por la frente y lanzaba fuertes resoplidos. Yo me dejaba resbalar el sudor mejillas abajo. Los sesos parecían hervirme bajo el cabello abrasado y conservaba los párpados frescos y muy abiertos. Los regatillos de sudor que me resbalaban por las sienes y a lo largo de los lóbulos de las orejas dejaban una huella ardorosa, sofocante. Había momentos en los cuales las escarpaduras de la montaña frontera, rocosas y blanquecinas, semejaban venirse abajo derretidas entre aquel reverbero que el sol ponía en su torno.

De pronto, a mi lado, el cuerpo de *El Bayona* se tensó. Fue casi una sacudida eléctrica que le hizo llevar la mano a la pistola. Miré asustado hacia la carretera y vi una nubecilla de polvo que avanzaba lentamente de la parte del pueblo. Acababa de salir de entre el arbolado de la última curva, casi del lugar donde se encontraba la casona.

—¡Maldita sea! —masculló *El Bayona*. Montó el arma, se llevó los dedos a la boca y lanzó un silbido—. ¡Maldita sea!

—¿Qué es lo que pasa?

Enzo asomó la cabeza entre unos bardales, casi a la vera de la carretera. *El Bayona* comenzó a señalar con el dedo en dirección al pueblo, y Enzo tornó a ocultarse.

—¡Al diablo! No me ha entendido. —Lanzó un nuevo silbido, pero Enzo no apareció. *El Bayona* tornó a restregarse el sudor nerviosamente—. ¡Maldita sea!

—¿Qué es lo que pasa? —dije impaciente. Pero *El Bayona* no respondió. Había clavado sus ojos en la nubecilla de polvo que parecía avanzar por la carretera muy lentamente.

—Viene un coche del pueblo —explicó al cabo—. ¡Se va a jorobar todo! Enzo no puede verlo desde donde está.

A mí no me parecía que aquello pudiera tener mucha importancia, pero *El Bayona* volvió a silbar a Enzo y a hacerle señas apuntando con la mano la dirección del pueblo.

Las curvas casi medían un kilómetro. El paraguas estaba dejado exactamente hacia la mitad de aquel recorrido. No faltaba mucho para que el coche llegara hasta él.

Junto a mí, *El Bayona* se desgañitaba haciendo gestos. Al fin Enzo pareció comprenderle. Le vimos que abandonaba su escondrijo entre los bardales y trataba de salvar aquella pequeña distancia que le separaba de la carretera.

—No lo conseguirá —mascullaba impaciente *El Bayona*—. No conseguirá llegar a tiempo para quitar el paraguas. ¡Maldita sea!

Enzo se detuvo. El automóvil doblaba en aquel momento una curva, y el conductor se echaría a la vista el paraguas. A Enzo se conoce que le detuvo el sonido de su motor, puesto que desde donde se hallaba no podía verlo. Pareció dudar un momento. Estaba en un claro, sobre un prado recién segado. La hierba, ya seca, se apilaba en tres enormes montones. Enzo corrió a ocultarse detrás de uno de ellos.

La nubecilla apareció entonces frente a aquel prado como si fuera la cola del destartelado automóvil. El motor tranqueaba. Comenzó a oírse en aquel momento. Vimos cómo se detenía, a pocos metros del paraguas. Se aparearon dos hombres. Uno de ellos se puso a orinar cara a nosotros, en la cuneta. El otro recogió el paraguas y lo anduvo abriendo y cerrando unas cuantas veces. Después volvieron a la cabina y continuaron carretera adelante arrastrando aquella nube de polvo. Se habían llevado el paraguas.

—¡La ciscamos! —estalló *El Bayona*—. ¡Esto sí que es tener la puerca! —Y me miró rijoso.

Enzo había abandonado su escondite y subía hacia nosotros, encorvado, saltando de una peña a otra.

—¡Sólo faltaba que apareciese ahora el camión de la leche! —dijo *El Bayona*. Y escupió rabioso.

Yo veía correr a Enzo de uno a otro lado y al tiempo me sonaban en el oído las palabras de *El Bayona*: «Si tu mujer te quiere vendrá con el dinero... Si tu mujer te quiere vendrá con el dinero». Y pensé que Ángeles,

pese a todo, acudiría con el importe de mi rescate y que mi vida quedaría a salvo.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XIX

ENZO corría ladera abajo llevándose mi chaqueta. Dejó atrás los nogales y se internó por el prado segado. Saltó de una a otra pila de heno, ocultándose.

A mí me parecía que hasta nosotros llegaba la sudada olorosa de la hierba; el penetrante aroma del tomillo; de las semillas desperdigadas. Era un olor conocido; era un olor que llenaba las narices y los pulmones, y que embriagaba. Me parecía estar tumbado sobre una de aquellas pilas de heno. Aún más: me traía el recuerdo de nuestro viejo henil y del silo de don Juan... En el silo de don Juan pisábamos la hierba. En el silo de don Juan la hierba olía intensamente. Era un olor sudado y seco; un olor semejante a este que yo creía percibir con sólo ver allá abajo, en el prado recién segado, varios montones de heno. Hasta en mi garganta me parecía notar aquel polvo áspero que respirábamos cuando la hierba era pisada...

Enzo descansó un momento, arrojado sobre el heno. Después dio una nueva carrerilla y desapareció entre unos matorrales.

—¡Maldita sea! —masculló *El Bayona*—. ¡Maldita sea!

A decir verdad yo no estaba en lo que se celebraba... En los atardeceres los carros regresaban al pueblo bien cargados. Siempre me gustó ir en lo alto, sobre el sábano, agarrado a las cuerdas para no caer y esquivando las ramas bajas de los manzanos o los castaños... A decir verdad, yo estaba muy lejos...

Enzo había saltado a la carretera. Le vimos posar mi chaqueta justamente en el lugar que antes ocupara el paraguas. Después regresó a su escondite, entre los bardales.

El sol me abrasaba la espalda. Miré mi reloj olvidando que le tenía parado. *El Bayona* sudaba copiosamente. Pero *El Bayona* tenía la espalda protegida de aquellos rayos. Bajo los nogales había sombra. Algunas hojas se mecían en el aire, titilando al parecer en una brisa envidiable. Yo chasqueaba la lengua, sediento; enjugaba el sudor de mis manos y de la

frente y me parecía mentira que bajo los nogales pudiera correr un soplo de aire.

El Bayona atisbaba la polvorienta carretera soportando el sol pacientemente. Sólo de vez en cuando se soplaba entre la camisa y el pecho y mascullaba en voz baja.

Yo miraba aquellas curvas de la carretera y me sentía mareado. Era igual que si cada una de ellas se me fuese arrollando en torno al cuello; ciñéndose en torno a mi cuello; asfixiándome con su polvo blanquecino.

«Ángeles acudirá —me dije—. Ángeles acudirá con el dinero. Sé que no faltará... No es verdad que desee mi muerte... Acudirá con el dinero... Es mi vida la que se halla en peligro y ella lo sabe... Acudirá con el dinero. ¡Estoy seguro!... Acaso no me ame; acaso no me haya querido nunca... No niego que se casase conmigo por puro interés... Pero ahora... Ahora es mi vida la que tiene en sus manos... Siempre me porté bien con ella; no la faltaba nada... ¡Nunca le faltó nada!... No la creo capaz de desear mi muerte... Acudirá con el dinero... ¿Qué es lo que sé de ella para juzgarla?... ¿Lo que dicen en el pueblo?... ¿Lo que Enzo y *El Bayona* opinan?... Yo hubiera querido hacerla feliz... a mi modo... No tengo yo la culpa... Ella me quiso al principio... Pero ella quería al hombre que no encontró en mí; que no la pude dar... Yo lo comprendo... Pero es algo más el cariño... El amor es algo más profundo que todo eso... ¿O no?... Tal vez esté equivocado... Pero yo amaba a mi madre. La he amado siempre... Aun cuando no lo sabía... También la he seguido amando después de muerta... Es distinto esto, ya lo sé. Una mujer quiere otra cosa: una mujer quiere al hombre. Es un amor más difícil..., para mí es un amor imposible... No sé lo que digo... Este sol... Ya no sé ni lo que digo... Es el sol... Estoy sudando por todas partes, y *El Bayona* también suda... Ángeles acudirá con el dinero... Nadie es cruel hasta ese extremo: ni una mujer defraudada... Son las curvas de la carretera las que me marean...»

Posé la vista bajo los nogales; la refresqué con su sombra; llené mi retina con aquel agitarse constante de las hojas...

De pronto *El Bayona* clavó su codo en mi vientre.

—¡Vienen! —exclamó.

Torné la vista hacia la carretera. Casi no acertaba a ver. Al fin distinguí la polvareda que el camión de la leche dejaba detrás suyo.

El Bayona silbó a Enzo. Le vimos asomar la cabeza por entre los bardales y asentir.

Yo respiré profundamente. «Ya están aquí. Todo está a punto de acabar».

El camión dobló la primera curva. En la caja superior, sobre la cabina, las ollas lanzaban destellos deslumbrantes, cegadores.

El Bayona se ayudaba con la mano para ver mejor.

—Han aflojado la marcha —observó.

A mí me costaba respirar; me faltaba el aire. No era ya el sol: era el aire; era el aire que faltaba. No había aire; no había atmósfera. Creí desvanecerme. Hice un esfuerzo y seguí mirando.

El rebrillar de las ollas y la cáscara de polvo que cubría el camión casi nos le hacía invisible. Entró muy lentamente en la otra curva.

El Bayona rio nervioso.

Yo pensaba en Ángeles. «Estará mirando a todas partes desde la cabina. Es posible que esté viendo los nogales o las pilas de heno... Puede que venga al otro lado y observe las escarpaduras de la montaña de enfrente».

El Bayona se pasó el pañuelo por el cuello.

—No me gusta nada el andar de ese trasto —comentó. Sacó la pistola y se me quedó mirando receloso—: Más te vale esperar los acontecimientos sin ponerte nervioso —advirtió. Y añadió luego—: No me gusta nada que el camión venga tan despacio. Estoy hartos de verle por estas curvas y siempre va más de prisa.

Yo le dije que era posible que viniera despacio a posta en espera de encontrar la señal, pero *El Bayona* negó con la cabeza violentamente.

—No tienen por qué venir a ese paso. —Noté cómo oprimía el arma entre su mano—. Tu mujer nada tenía que decir al conductor hasta no ver la señal. —Miró hacia la carretera—. ¡Me está oliendo mal todo este asunto! —Se volvió a mí al decir esto—. Me está oliendo mal desde el primer día: cuando Enzo te vio la jeta y se le metió en la mollera el cazarte. ¡Como me ha parido madre que te dejó seco si no vienen con la pasta! —Me miraba fijamente como queriendo hallar en mis ojos una respuesta a sus temores.

—Estoy seguro de que viene el dinero en el camión.

—¡Lo veremos!

Los dos clavamos la vista en la carretera. El camión entraba en aquel momento en la curva más amplia. Un poco más adelante, mi chaqueta era apenas un borrón negruzco sobre el polvo blanquecino. Tan pronto dejaran atrás la curva se la echarían a los ojos. Tanto *El Bayona* como yo conteníamos la respiración. Sentí una tirantez enorme detrás de las rodillas y también el golpeteo desconcertante de mi corazón. *El Bayona* resoplaba. A nuestras espaldas el sol parecía haberse derretido: era como si nos fuese a arrojar ladera abajo como lava incontenible. La marcha se hizo más lenta. Habían visto la señal. El camión avanzaba hacia la chaqueta casi al paso normal de una persona. Se detuvo muy cerca. Yo bien pensé que iba a pasar sobre ella. Miré a *El Bayona*: apretaba fuertemente la pistola sin apartar la vista de la carretera. Cuando volví a mirar vi que un hombre se había apeado.

—Ése es Ciuco, el conductor —musitó apenas *El Bayona*.

Traté de adivinar la presencia de Ángeles en la cabina, a pesar de la distancia...

Lo que ocurrió después fue todo tan rápido que apenas si pude hacerme cargo de ello: vimos cómo el conductor se acercaba a la cabina nuevamente y, de pronto, salir a Enzo de entre los bardales y escabullirse ladera arriba zigzagueando de una a otra pila de heno. Alcanzó la sombra de los nogales y desde allí le hizo señas a *El Bayona*. Recuerdo que pregunté lo que pasaba, muy asustado, pero *El Bayona* maldecía.

—¡¡Mira: eso es lo que pasa!! —gritó.

Inopinadamente, de entre las ollas del camión habían comenzado a aparecer guardias civiles.

—¡Maldita sea!... ¡Vienen a traernos el dinero! ¡Vamos!

Sonó el primer disparo. Sin duda habían descubierto a Enzo, que trepaba ladera arriba en nuestra dirección. Los guardias civiles se desperdigaron. Sonaron varios disparos más, aislados. Luego una ráfaga de fusil ametrallador. *El Bayona* me había derribado al suelo de un empujón y se agazapaba junto a mí mascullando. Yo le agarré violentamente de un brazo.

—Tendrán el dinero. Les juro que tendrán el dinero —balbuceé.

Pero él me cerró la boca de un puñetazo.

—¡Al diablo el dinero! ¡Arreglaremos cuentas si salimos de ésta! Con todo, tú te vienes conmigo donde sea. ¡Irás al otro mundo de mi mano! ¡¡Vamos!!

El Bayona me encañonó y me obligó a trepar ladera arriba. Enzo nos seguía a poca distancia. Los guardias civiles se habían diseminado por el prado y avanzaban a la carrera. Algunos zigzagueaban entre las pilas del heno. Los más adelantados ya habían llegado a los nogales. Sonaban algunos disparos, pero creo que estábamos fuera de su puntería. Enzo les había sacado una considerable distancia.

Nunca he sabido cómo pude trepar de aquel modo. El sol nos daba de lleno en los ojos. Me caí varias veces, y *El Bayona* me aupó a patadas.

—¡Pronto!... ¡Pronto, si no quieres quedarte como un saco en la ladera! —Hicimos alto detrás de una gran peña. Yo me derrengué jadeante. *El Bayona* atisbó monte abajo. Sonó una ráfaga de tiros. Se escuchaban voces de mando.

—¡Arriba! —ordenó—. ¡Arriba!

Dejamos el escondite y continuamos la ascensión.

Nos detuvimos nuevamente detrás de un saucal. Vi que no sacábamos a Enzo mucha distancia, pero los guardias civiles subían muy retrasados. Enzo se tumbó tras un peñasco. Puso las manos de megáfono:

—Por la cañada pequeña y después por el atajo.

El Bayona asintió con la cabeza y me arreó hacia adelante clavándome el cañón de la pistola en la cintura. Cuando abandonamos el escondrijo el fusil ametrallador se dejó oír. Varios silbidos cruzaron altos, perdidos. Un poco más arriba la ladera comenzaba a ser más abrupta. Llegamos a una cima falsa que bordeaba la montaña. Yo me dejé caer a la vuelta de un risco. No podía más. *El Bayona* trató de reanimarme propinándome varios puntapiés. Uno de ellos me dio en el pecho cortándome la respiración. Le dije jadeante, casi llorando, que no podía seguir. Él se hallaba de pie, frente a mí y me miraba. Le dije que era verdad; que no podía seguir. Pero la manera que tuvo, al pronto, de mirarme, me sacó nuevamente ánimos. Corrimos por la cañada en línea horizontal. Habíamos perdido de vista a los

guardias civiles, pero el tiroteo se intensificó de pronto. No cabía duda de que habían concentrado el fuego sobre Enzo. Eran tiros sueltos y ráfagas de ametralladora casi continuas. No sé cuánto duró aquella carrera. Recuerdo que me caí varias veces y que *El Bayona* me levantó con su habitual gentileza. Trepamos de nuevo monte arriba. No se veía ni rastro de Enzo. Los tiros seguían sonando de un modo intermitente, y me llegaban a los oídos débiles como si una brisa inconcebible bajo aquel sol agotador les arrastrase hacia otra parte. Más tarde comprendí, por la actitud de *El Bayona*, que los guardias civiles se habían quedado muy atrás. Frente a nosotros se elevaba una gran escarpadura. No podía creer que *El Bayona* pretendiese escalar aquel paredón de granito, pero él me condujo hasta una grieta y al pie de ella nos sentamos a descansar.

El Bayona guardó la pistola y se fregoteó con la mano el sudor del rostro. Yo me había tumbado a lo largo y casi no acertaba a regular la respiración. Cerré los ojos y me pareció estar viendo a Ángeles zambullirse desnuda en las aguas presurosas del río, ya cerca de la presa del molino. A mí me parecía estar viéndola desde las cañaveras de la ribera igual que si no fuese mía...

Comencé a temblar de pronto. Abrí los ojos y vi cómo *El Bayona* se desprendía del cinturón.

—¡Arriba! —ordenó—. ¡No hay que quedarse frío! —Se agachó hacia mí y pasó su cinturón por entre el mío ciñendo fuertemente la hebilla. Después tiró—: Vamos.

Yo me incorporé con dificultad. *El Bayona* me empujó hacia la estrecha grieta de la escarpadura, se adelantó y comenzó a trepar ayudándose con una mano y con los pies y sujetando con la otra el cabo de la correa por la que me llevaba prendido como si se tratase de un animal. Yo le imité a duras penas. No sin trabajo llegamos a la cima. Volví a tumbarme. El sol parecía hervirme el sudor del rostro. *El Bayona* se arrastró hasta el mismo corte de la escarpadura.

—No tienen nada que hacer —dijo cuando regresó a mi lado.

Habían cesado los disparos.

Noté cómo el sol me aporreaba el pecho; cómo me iba abrasando la frente; cómo encendía de rojo mis párpados fuertemente cerrados y de

pronto algo semejante a un caer en el vacío; a una violenta precipitación.
Luego nada.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XX

CUANDO abrí los ojos, Enzo se encontraba junto a *El Bayona*. Los dos me miraban. La cabeza me daba vueltas, pero logré incorporarme.

Oí decir a *El Bayona*.

—¿Qué hacemos con él?

Enzo no contestó. Me miraba, pero parecía estar pensando en otra cosa.

—Lo mejor es que le larguemos. Yo opino así —insistió *El Bayona*. Si cerraba los ojos aún me parecía estar viendo como un gran disco rojo en mi frente.

Se habían puesto las chaquetas sobre la cabeza.

Yo les miré a los dos, apreté con mis manos la pierna de Enzo y le aseguré que podían contar con el dinero.

Él me miró entonces despectivamente.

—Te dije que esto me olía desde el principio a cuerno quemado. ¡Creo que te lo dije bien claro! A mí cuando una cosa huele mal, en seguida me da en las narices. ¡No podemos estar aquí más tiempo! ¿Qué hacemos?

—Enzo miró a *El Bayona* fastidiado, como reprimiéndose.

Yo volví a repetir que podían contar con el dinero:

—Estoy dispuesto a llevar el importe donde quieran —afirmé decidido.

Se miraron.

—¡Al diablo con el dinero! —exclamó rijoso *El Bayona*—. ¿Qué te parece a ti, Enzo? —Se sopló entre la camisa y el pecho y añadió seguidamente—: Creo que lo mejor es liquidar el asunto. Hemos tenido «la puerca» con todo esto.

Enzo se alzó de hombros. *El Bayona* lanzó una carcajada.

—Será como lidiar a un toro manso —me miraba burlón. Se volvió a Enzo y dijo—: ¿No te parece?

Entonces recordé que el día que enterramos a mi madre era un día melancólicamente gris. Hacía un poco de frío en el cementerio. Por la mañana, algunos nubarrones plomizos que se arrastraban pesadamente en el cielo, me hicieron pensar que la tierra que iba a cubrir el cuerpo de mi

madre estaría húmedamente fría. Aquellas nubes me llenaron de tristeza y, aunque por la tarde no llovió, siempre se me quedó adentro aquel estado de ánimo. Algunas veces, en Tombstone, me había sorprendido que, cuando el calendario señalaba aquel día cada vez menos doloroso y más nostálgico, el cielo estuviese resplandeciente y la tierra tan seca y dura como aquellos abriles de cuando yo era muchacho; aquellos abriles en los que no llovía y era inútil salir con el arado porque el campo estaba duro como la piedra... Pensaba absurdamente en estas cosas y me dije que no me gustaría morir bajo un sol semejante; que hubiese preferido un día gris, e incluso lluvioso. Un día parecido al que se llevó a mi madre camino del cementerio, en el mismo carro donde tantas veces había salido al campo con estiércol o habíamos regresado con hierba fresca y lechera para nuestras vacas...

—Es mejor que me dejes pensar —opinó Enzo.

El Bayona masculló, me miró aviesamente y dijo a Enzo:

—Terminarán rodeando la cordillera entera si nos descuidamos. Me parece que lo mejor es cumplir con lo que se dijo. ¡Yo me encargo de largarle!

Intenté ponerme en pie. Fue una idea descabellada, pero quise huir. Enzo me hizo caer a tierra cruzándome una pierna. Vi que *El Bayona* tenía la pistola en la mano. Lanzó una carcajada.

—Puedes irte si quieres, ¿verdad, Enzo? —Me jaleaba con el cañón de la pistola—: Puedes irte ahora mismo; si corres llegarás primero al otro mundo. —Se echó a reír.

Yo me achiqué en el suelo; me encogí temiendo lo peor y les oí reír.

—No puede ser aquí —advirtió Enzo—. Se oirían los disparos y es mejor no dar señales.

Ya no tenía ninguna duda del fin que me esperaba. Entonces imploré. Me arrastré a los pies de uno y de otro. *El Bayona* se reía a carcajadas. Enzo me miraba con desprecio. No soy lo suficiente hombre para contar ahora cuanto dije en aquel momento. Sólo sé que al final Enzo me quitó de su lado de un puntapié y que *El Bayona* no paraba de carcajear.

Entonces Enzo se levantó.

—Nos llegaremos a El Palacio —y echó a andar—. Hay que preparar la marcha —dijo sin volver la cabeza—. Es mejor que pensemos si todavía

nos puede servir para algo.

—¡Arriba! —masculló *El Bayona*.

Dudé.

—No voy —dije roncamente. Y yo mismo quedé sorprendido de hablar así—. No doy un paso más —añadí—. Prefiero morir aquí mismo.

Enzo se volvió y ambos me miraron sorprendidos, igual que si vieses a un bicho raro. Después se echaron a reír.

—¡Camina, torito! —ordenó *El Bayona*.

Me levanté trabajosamente y eché a andar delante de él.

El sol había ido rodando hacia los riscos más altos de la cordillera.

Me pregunté qué podía haber ocurrido para que Ángeles no acudiese con el dinero. «Sin duda, con el nerviosismo, no pensó en las consecuencias... Ángeles me será infiel... Sí, me engañará, ¡por qué no voy a decírmelo...! Pero de eso a jugar con mi vida hay mucha diferencia... No la creo capaz... No hubiera avisado al Cuartelillo consciente de que podía ocurrir una desgracia... Estoy seguro de ello... Ahora todo está terminado... Es casi seguro que me asesinen de mala manera. No es fácil que encuentren mi cuerpo». Me puse a pensar después en el dolor y el remordimiento que embargaría a Ángeles tan pronto como se enterase de que la tentativa de rescatarme había fracasado. «¿Qué hará cuando se lo cuenten? De seguro que se quedará pálida como una muerta... Estoy seguro de que ella no pensó que las cosas podían suceder de tal manera... Pero ¡cómo no pensaría en ello!...»

Yo revolvía todos estos pensamientos en mi cabeza como si en realidad tuvieran ya alguna importancia. Sabía que cuando llegásemos a El Palacio, *El Bayona* me achicharraría a tiros. Me acordé entonces de mis años allá, en América; de las vaquerías de mi tío y de nuestra casa de Tombstone. Había sido aquélla una vida cómoda: el colegio y más tarde mi departamento en las Hilaturas. Los viajes al Norte durante las cosechas del algodón. Aquellos viajes rápidos, apenas de tres días... «Todo perdido... Todo está perdido ahora... ¿Qué ocurrirá cuando el apoderado de mi difunto tío se entere de mi muerte?...»

El Bayona espantó de pronto todos mis pensamientos.

—¡Al diablo!; se me ocurre ahora que nadie mejor que tú puede pensar que va camino del matadero... ¡Ja, ja! ¿Has oído, Enzo? —continuó riendo.

Enzo se detuvo. Nos encontrábamos subiendo una ladera poblada de escajos y de peñas. Enzo se volvió a nosotros.

—Voy a llegarme yo solo hasta esa cima. Se ve desde allá arriba casi toda esta vertiente —y comenzó a trepar ayudándose con las manos.

El Bayona se sentó y comenzó a liar un cigarro. Dijo de pronto, sin mirarme:

—Hay hombres que tienen mala suerte. —Levantó un poco la cabeza. Había guasa en sus ojos—. Tú eres un tipo con mala suerte. Al diablo, digo yo, con el dinero si no sirve para otra cosa. ¡Lástima!, ¿eh?

Le pregunté qué se proponían hacer conmigo, y él esperó a encender el cigarro antes de responder:

—A los civiles les hubiera gustado cazarnos, ¿eh? —Me miraba interrogante—. ¿Tú qué piensas de eso? Hace tiempo que nos buscan los pasos... ¡ja, ja!... ¡Se hubieran rechupeteado si hoy caemos en la trampa! ¿No te parece... señor Porrúa? —Sus ojos me miraban astutamente.

—No tengo nada que ver con todo esto —apenas si me salía la voz—. No tengo nada que ver con la Guardia Civil. —Era el corazón lo que se me amontonaba en la boca y me impedía hablar—. Yo esperaba a mi mujer con el dinero...

—Eres un marido con mala pata... ¡Pero yo pude dejar el pellejo en la ladera por tu culpa! —voceó colérico. Me había agarrado por la solapa y me zarandeaba—. ¡No juega nadie con *El Bayona*! ¡No hay hijo de madre que se atreva! —alzó los hombros—. Bueno, cuando te encuentren tripa arriba sabrán de una vez cómo hay que portarse con nosotros. ¡Me gusta que la gente sea leal en los negocios!... Cuando decimos que dejamos a un tío libre al recibir la pasta, vamos y le dejamos. ¡Sin más! —lanzó un escupitajo.

Enzo silbó desde arriba y yo comencé a escalar. Al llegar a la cima esperaba poder contemplar el valle, pero no fue así. Enzo me ordenó ocultarme. Le dije que me gustaría echar una mirada a mi pueblo. Había lágrimas en mis ojos.

—Puedes mirar, pero sólo asomando la cabeza. No verás el pueblo: queda a la otra vertiente y mucho más al oeste.

Yo miré, a pesar de todo. Desde allí se veían las curvas de La Portilla. Apenas si era una cinta blanca la carretera. Vi el prado, minúsculo, y los nogales. La montaña que durante la espera habíamos tenido frente a nosotros, quedaba ahora muy por bajo, apenas si era un montículo en la orografía que nos rodeaba. Algo llamó, de pronto, mi atención: eran guardias civiles que, muy lentamente, subían distanciados unos de otros a mitad de la ladera.

Enzo debió de observar mi desaliento.

—Ya no hay cuidado. Hemos atajado mucho. Cuando quieran llegar aquí han pasado dos horas. —Sus ojos, por primera vez durante la mañana, volvieron a ser infantiles—. Pero entonces ya estaremos lejos —añadió.

No me pasó inadvertido cómo dejó caer, un poco separadas, las dos sílabas finales.

El Bayona trepaba hacia nosotros. *El Bayona* había esperado a que yo llegase arriba para comenzar a subir él.

—¡Pueden contar aún con el dinero! —dije de pronto volviéndome a Enzo—. Les juro que les llevaré el dinero donde sea necesario. ¡Se lo juro por mi madre!

—Tú no sabes lo que son estas cosas —dijo, mirándome no sin desprecio—. ¡Mañana nos buscarán hasta debajo de las piedras! ¡No es muy cómoda la profesión! El golpe ha fallado y nos buscarán hasta con perros... No; tenemos que desaparecer una temporada. ¡Es una lástima! Nos hacía falta el dinero. ¡Está muy justa la peseta, y entre ir y venir de una parte a otra se sale sola de los bolsillos!...

Yo escuchaba impaciente toda aquella monserga. Estaba seguro de que si *El Bayona* llegaba pronto no me quedaba ni la esperanza de mendigar mi libertad a Enzo.

Le dije que estaba dispuesto a doblar la cantidad o a triplicarla si era preciso.

—Usted no puede comprenderme —le dije al cabo—. Soy rico... Ni siquiera sé el dinero que tengo. ¿Comprende? Allá en América tengo

grandes negocios... Heredé de mi tío buenos negocios. No es posible que ahora vaya a morir por una miseria.

—Debe ser triste tener que dejar tanto —se chanceó—. A nosotros nos pasa lo contrario: no tenemos casi nada. Sin embargo, a mí me fastidiaría bastante estirar de pronto la pata con un tiro en la espalda. Ley de fuga y, ¡zas!, carpetazo.

Yo insistí de nuevo. Le hablé de mi infancia, de mi madre, de mi estancia en América y del regreso. Le hablé a borbotones.

—He sido pobre también —terminé diciendo, como si aquello se hubiera convertido, sin más, en una credencial de incalculable mérito.

El Bayona estaba a punto de llegar hasta nosotros.

—En tu caso estaría deseando que me liquidasen —masculló, fastidiado—. Creo que te hacemos un favor... Eso es lo que me parece. En tu lugar sería yo el que me pegase un tiro. ¡Puedes pensar que lo digo porque no estoy, precisamente, en tu lugar!... Es lo mismo. —Se acercó a mí y me dijo apagadamente—: ¿O es que prefieres regresar donde tu mujer y matarla?...

El Bayona llegó a tiempo para oír las últimas palabras de Enzo.

—¡Nadie va a regresar a ninguna parte! —Miró fijamente a Enzo—. ¿Qué pasa? —Después se volvió hacia mí—: ¡Al diablo! Ahí abajo tienes a tus amigos. Míralos bien: parecen hormigas —señalaba con el dedo nerviosamente.

Enzo no respondió. Se levantó e inició la marcha. Enzo caminaba con pasos largos y rápidos. Yo me iba retrasando y *El Bayona* me empujaba de vez en cuando. Mascullaba a mis espaldas. Nos adentramos por una hondonada. El sol nos azotaba de frente. A ambos lados se levantaban grandes laderas de granito. El calor se hacía asfixiante al concentrarse entre los altos paredones cegadores.

Oí cómo *El Bayona* llamaba a voces a Enzo, que nos sacaba gran ventaja. Vi cómo éste se detenía a mirar. Esperaba escuchar nuevamente las voces de *El Bayona*, pero no fue así. Comprendí entonces que le hacía señales y volví la cabeza; no me había equivocado: *El Bayona* tenía la pistola en la mano derecha y movía la otra señalándome. Todo se nubló en aquel momento. Tuve la sensación de que las escarpaduras de granito se me

venían encima. Noté un frío glacial por la espalda; las piernas me fallaron y caí al suelo igual que un saco. Sé que aún esperé el ruido de un disparo, pero no fue así. La voz de *El Bayona* me llegaba apagadamente, entre risas. *El Bayona* se reía y mi cabeza giraba y giraba incesantemente. Fue el pañuelo negro con grandes lunares blancos, aquel de mi madre, lo que vi primero; después apenas su sonrisa... las horquillas cogidas entre sus labios. Y casi remotísimamente a Ángeles... Ángeles se bañaba desnuda en el río... Los cañaverales. La tierra cedió de pronto bajo el peso de mi cuerpo y caí.

OceanofPDF.com

EPÍLOGO

ANGELES estaba frente a mí y me miraba. «A veces es más fácil morir», pensaba yo mientras tanto; mientras ella me miraba de aquel modo. Yo también la miraba a ella. No sé cómo, pero la miraba. Pero ¿qué era lo que quería responderme con su mirada? Ella parecía no haber oído; no haber escuchado mi voz... ¿Por qué?... ¿Acaso me creía ya muerto en aquel momento?... ¿O era la sorpresa y la alegría de volver a verme?... Pero ¿qué pensaba ella mientras me miraba de aquel modo: como espantada ante un cadáver..., oscilante de barbilla como quien se encuentra al cabo de los años con un ser querido?... Sí... ¿quién era yo: aquel muerto que regresaba para acusar, o el ser querido? ¿Era yo el marido que se ama y que se ha estado a punto de perder?

«*Hoy has nacido*» —me dijo *El Bayona*—. ¿Serían verdad sus palabras? Acaso yo fuera ya el muerto que Ángeles no esperaba; acaso yo era ya aquel muerto de la cordillera a quien había que dispensar solemnes funerales. Yo había muerto y testado en la montaña, y ahora volvía. *Ella no te esperará* —me afirmó Enzo—. Y los ojos de Enzo parecían muy divertidos al ir goteando el oculto significado maligno de aquellas palabras suyas: *Ella no te esperará; de seguro que no te esperará*. Eso fue lo que dijo. Pero ¿por qué no podía estar equivocado? ¿Se puede medir la conciencia de los demás por nuestra propia conciencia?... ¿Puede un asesino juzgar la acción de otra persona por una simple sospecha?... ¿Qué hace un muerto cuando resucita; qué hace una víctima cuando se ha de enfrentar con quien quiso ser su asesino; qué hace entonces la supuesta víctima?...

No sé el tiempo que estuve desvanecido. Habían arrojado sobre mí una de sus zamarras. Me cubría la cabeza. Ya al principio pensé que no era la zamarra la que me guardaba del sol, sino la tierra húmeda y olorosa por la sudada del día.

Fue la voz de Enzo la que escuché primero. La oía vagamente, remota. Pronto fue adquiriendo su perfil dentro de aquel caos de pensamientos que me asaltaban.

—... Sería sacar para otro las castañas del fuego... Es así como pienso. Tú puedes ser todo lo bestia que quieras para no darte cuenta. Pero yo no me apunto un muerto a las espaldas. Si estoy aquí es porque nunca me gustó trabajar para los demás... —Hubo un largo silencio—. Lo mejor es dejarle vivo... —concluyó.

Yo me incorporé al oír aquello. Me incorporé con dificultad. Fue, sin lugar a dudas, aquel resol que despedían los paredones de granito lo que estuvo a punto de desvanecerme nuevamente. Tuve que apoyar mis manos en el suelo y esperar a que la cabeza dejase de darme vueltas. Luego les miré: se encontraban muy cerca, sentados. Me di cuenta entonces de que Enzo se había puesto en el brazo, cerca del codo, un pañuelo y que éste chorreaba sangre.

Ambos me miraban. Pero *El Bayona* lo hacía con rencor.

—Pensé que te ibas a ir al otro mundo de una insolación —comentó Enzo. Arrancó una hierba y se la puso entre los dientes.

Yo me enjugaba la cara con el forro de la zamarra.

—¡Bueno! ¿Qué es lo que dices? —preguntó Enzo.

—¡Nada! —exclamó *El Bayona*—. ¡Nada de nada!

Enzo clavó en él sus ojos acerados, penetrantes, y *El Bayona* se levantó y se alejó de nosotros desatándose la hebilla del cinturón. Enzo le seguía con la vista. Yo también. Le vimos arrancar un puñado de hierba seca, calcinada, mientras se alejaba un poco más.

—A mí estas cosas me revuelven la tripa —dijo, y se agachó allí mismo, a nuestras propias narices—. Vale más no hablar... ¡Al diablo tú y él!

Yo me volví a Enzo.

—¿Aceptan entonces el dinero? —fue más una súplica que una pregunta.

—No...

—¿Entonces...?

Y Enzo alzó los hombros. Enzo parecía fastidiado. Escupió un par de veces y luego dijo:

—Hemos pensado dejarte libre —observaba a *El Bayona*, mientras tanto. Yo no podía creerlo. «No es cierto... No es cierto que quieran dejarme libre», me repetí varias veces...

—Hemos pensado que lo mejor es que te marches —repitió de nuevo Enzo—. No tienes nada que agradecemos. Te haríamos un favor largándote al otro mundo... ¡Pero yo no hago favores ni a mi padre! Ahora no puedes comprenderlo... Pero te lo juro, ¡fíjate bien!, te lo juro: más de una vez vas a maldecirnos por no haberte quitado del medio...

Le interrumpí para decirle que podían contar con el dinero:

—Estoy dispuesto a darles lo que quieran —me tembló la voz y los ojos se me anegaron en llanto—. Se lo digo de verdad..., de corazón... ¡Créanme!

Enzo tardó algún tiempo en contestar... Enzo me escuchaba con atención; me miraba con asco. *El Bayona* vino a sentarse nuevamente junto a nosotros.

—Eres un tipo despreciable —parecía haberse llenado súbitamente de ira—. Te pegaría un tiro ahora mismo..., pero prefiero no hacerlo. Prefiero saber que no ha de servirte el dinero para nada; que serás un miserable toda la vida... Puedes bajar al pueblo y decirle a tu mujer que vuelves..., y que Enzo no se chupa el dedo: que Enzo no le saca a nadie las castañas del fuego... Ella pensará que ha sido una lástima. Sí; tu mujer pensará que ha sido una lástima que le fallase el golpe. Pero yo, yo, este menda, no se carga el muerto así como así. Tu mujer es lista, pero se equivocó. Ha perdido el juego: quería quedarse con una herencia quitándose de en medio a un marido inútil... ¡No soy un palurdo!... Ella recibió la carta pidiendo el rescate. Estaba muy claro. Todo el pueblo hubiese apostado que te liquidaríamos si no entregaba el dinero... Ella también sabía que lo haríamos... ¡Pero tu mujer es lista; tu mujer pensó que lo mejor era dar

parte al Cuartelillo! ¡Tienen orden de hacer eso cuando damos un golpe, pero saben a lo que se arriesgan... si lo hacen! Ella también lo sabía... Es lista la condenada.

El Bayona le interrumpió:

—Yo no me andaba con más gaitas; yo le quitaba de en medio ahora mismo.

Enzo se volvió, violento, hacia él.

—Hay que reconocer que de esto —Enzo se palmoteaba en la frente—, de esto, no tienes ni dos dedos.

—Fuiste tú el que quiso meterse en este asunto. ¡Ya te dije que me olía mal este golpe! Todo el pueblo sabe que su mujer se casó con él por el dinero y que es una pérdida... ¡Te lo dije bien claro! No quiero que digas después que soy yo el que tengo la «puerca» —la voz de *El Bayona* se había ido volviendo opaca, contenida—: No estoy muy seguro de que fuese yo el que tuvo la culpa cuando lo del taxista...

Enzo no le dejó continuar. El puño de Enzo se fue a estrellar a la garganta de *El Bayona*. Estuvo a punto de derribarlo. Le largó aquel golpe y se sentó con tranquilidad sobre una piedra, mientras *El Bayona* le miraba, confuso y medroso.

—He dicho la última palabra sobre Porrúa —afirmó Enzo.

El Bayona me miraba de soslayo y yo evité encontrarme con sus ojos.

—Creo que tengo derecho a hablar —balbuceó.

—¡Mátale si quieres!

Pero *El Bayona* dio media vuelta y echó a andar.

—¡Vamos! —me ordenó Enzo.

El sol era aplastante. Yo, sin embargo, temblaba.

—Puedes decir que no sabes por qué lugares te llevamos.

Enzo caminaba a mis espaldas. Yo asentí con la cabeza.

—Te señalaré el camino. Llegarás al pueblo al anochecer. Ella no te esperará. De seguro que no te esperará.

Aquellas palabras de Enzo quedaron rebotando como un eco en mi cabeza: «No te esperará... No te esperará... No te esperará». Yo las apartaba con un grotesco movimiento de cabeza.

Sin duda era el sol lo que me estaba enfermando. Una fuerte náusea me erizó la piel de las mejillas. Quise pensar en algo más concreto; en algo mucho más inmediato con mi situación y no me fue posible. Era un muro lo que se elevaba en mi pensamiento. Un muro semejante a las altas laderas de granito que iban angostando la hondonada a medida que avanzábamos. Mi cabeza se hallaba tan desolada como el mismo paisaje: ni un árbol, ni una mata de arbustos... Tan solo granito... paredones de granito. Y a las faldas, peñascos desprendidos de los riscos.

La marcha era dura bajo el sol. Acaso anduvimos una hora... tal vez más. Al fin comencé a reconocer el paisaje. Descendíamos por un estrecho vericuelo y me di cuenta de que nos hallábamos muy cerca del lugar donde aquella misma mañana encontramos a los labradores de Álles.

El Bayona nos sacaba gran distancia. Enzo le dio una voz y se detuvo. Nos aguardó sentado.

—Tú te separas aquí —nos habíamos detenido a pocos pasos de *El Bayona*—. Tendrás que subir a aquel risco. Desde arriba verás el Pico Castillo. Cuando llegues a él te echarás a la vista el valle... Puedes marcharte.

No acerté a moverme.

—¿Qué esperas?... Puedes irte.

Quise decir algo; quise abrir la boca para decir algo, pero no pude. Me mordía la lengua cuando intentaba hablar. Enzo dio media vuelta y se alejó.

—Hoy has nacido —voceó *El Bayona* desde donde estaba sentado.

Cuando Enzo llegó a su lado continuaron juntos el camino. No me moví del sitio hasta verles perderse tras un peñasco. Entonces eché a correr. Me lancé a la carrera. Llevaba los ojos clavados en el risco que me señaló Enzo. Temía que, si dejaba de mirarlo, se me confundiese con cualquier otro. No sé cuánto duró la carrera. Sólo recuerdo que me caí varias veces. Iba empapado en sudor; jadeaba. El sol seguía en lo alto semejante a una brasa, pero a mí ya no me importaba.

«Estoy libre... Estoy libre», me repetía.

Fueron muchas las veces que me dejé caer agotado...

Cuando llegué al Pico Castillo el sol palidecía. Era como una enorme calabaza. Desde allí se divisaba toda la comarca. Una ligera bruma flotaba sobre los pueblos. Un silencio escalofriante lo envolvía todo. Casi a mis pies estaba Purón con su río partido por el puente; más allá, a la derecha, Vidiago. Distinguía la estación perfectamente. Pero la vista erraba de una a otra parte. Era imposible amarrarla, dirigirla. Saltaba de Cué a Andrin, de San Roque a Coviellas; se iba hacia Pancar; se detenía en Llanes y quería seguir aún... Era toda la comarca lo que desde allí se divisaba. Mi propio pueblo parecía estar al alcance de la mano. Me eché a correr monte abajo. Perdí el camino varias veces y hube de retroceder; hube de dar grandes rodeos. Era desesperante ver el valle al fondo, cada vez más cerca, y no poder llegar. El valle comenzaba a oscurecerse. El cielo habíase tornado violeta, pero grises delicados y transparentes, muy altos, reflejaban sus tonos de plata. De pronto me acordé de Ángeles. «No puede ser... No puedo creer que haya deseado mi muerte... No puede ser...» Pero en vano trataba de ahuyentar mis sospechas, mis dudas. «No voy a negar que el dinero no influyese en mi matrimonio con ella... Pero no la creo capaz de hacerme... no la creo capaz de desear mi muerte...» Antonino me dijo: «Siempre fue muy levantada de cascos». Antonino fue siempre mi mejor amigo. Yo le pregunté sobre Ángeles; cuando nuestras relaciones llevaban ya un camino, yo le pregunté a él. ¿Por qué Antonino no me habló claramente si es que tenía dudas sobre Ángeles? ¿Por qué no me contó entonces de pe a pa todo cuanto de ella pudiera saber? Él fue siempre mi amigo. Buscábamos nidos juntos; íbamos al lagar de don Juan a buscar un cazo de sidra y las magostas siempre las hacíamos en común... ¿Por qué Antonino no me habló claramente? ¿Qué es lo que le pasa a un hombre que abandona su tierra; qué es lo que le pasa cuando vuelve al cabo de los años; qué le sucede a ese hombre?; ¿se vuelve extraño? ¿Es un extranjero en su propio pueblo y entre los suyos? Antonino se mostró reservado al hablarme de Ángeles. Pero ¿acaso no deseaba yo mismo saber de ella lo menos posible?...

Casi sin darme cuenta me encontré sobre las lomas. El pueblo estaba allí. ¡Ahora sí que estaba todo al alcance de la mano! Vi el molino con su

enorme presa y Los Cuatro Caminos. Allí estaba la tasca de Antonino. Más a la derecha caía la casona de don Juan, pero no se veía. Estaba oculta entre los árboles. Mi propia casa estaba oculta entre el arbolado. Sin embargo se veían los dos silos de don Juan. Un rayito de sol moribundo les iluminaba. ¡Aquellos silos de don Juan, cómo los recordaba! Debían de estar encalados recientemente. Eran como un par de blancas pinceladitas en el paisaje del valle. Los construyeron una primavera y yo seguí la obra desde la solana. Aquélla fue la última primavera que guardé reposo. Un día de junio mi madre me llevó al médico de Llanes y a la vuelta me dijo: «Da gracias a Dios porque ya has sanado». Al día siguiente, domingo, fuimos a poner una vela al santo...

Cuando don Juan recogió la hierba aquel verano y estrenó los dos silos yo estuve presente. Guardó en ellos casi toda la hierba de sus prados. Creo que fue Paco el molinero el que se rascaba la cabeza y decía: «¡órdago!; aquí podía guardar la hierba todo el pueblo». Y el alcalde, que pasaba por allí y que se acercó también a ver cómo habían quedado, dijo: «Hay buena cabida en estos silos. Desde afuera parecen chicos... ¡pero qué va!» Los miraba con gran curiosidad dando vueltas en torno a ellos. Añadió luego: «Si en el pueblo hubiera algo más que miseria, sería buena cosa que cada vecino construyese un silo. La hierba ensilada da un ganado más sano y es más lechera». Y el viejo Antonino y Paco el molinero, y los jornaleros que había por allí, decían que sí: que sería cosa buena; que la hierba pisada en el silo no era como la hierba de los henares; que a los henares, por muy a condición que los tuvieran, siempre les entraba aire, y que a los silos no; que los silos, pisándoles bien la hierba, la fermentaban a las mil maravillas y la dejaban tan amarilla como el oro y tan suave como la manteca; que aquella hierba ensilada era la más lechera que se podía dar, y que ya podían venir malas invernadas, que el ganado se quedaba tan guapo y tan lucido como si se alimentase a morro suelto por los prados con el mejor verde... En aquella época los silos de don Juan eran de piedra labrada, pero más tarde los revocaron con cal viva y después les pintaron aquellos anillos de color añil...

«¿Dónde habrán ido Enzo y *El Bayona*?», me pregunté de pronto. Fue la primera vez que volví la cabeza. Me entró un espantoso temor de que

pudieran haber cambiado de parecer y se lanzasen a mi captura. «Lo importante es llegar al pueblo», cavilé. Lancé una última ojeada al paisaje que se extendía a mis pies e inicié nuevamente el descenso. Caminaba seguro; los pies se posaban en los lugares precisos. A veces tenía la impresión de que mis piernas conocían el camino. En otras, su autonomía llegaba a asustarme. Comencé a sentir frío en la espalda; sobre los hombros. Llevaba la camisa empapada en sudor. Ahora corría un airecillo fresco. Ángeles ocupó de nuevo mi pensamiento. «¿Dónde estará?», me preguntaba.

Cuando me quise dar cuenta me hallaba cruzando el puente. Las aguas se deslizaban mansamente misteriosas bajo él. Dejé el camino y me interné por la ribera, para atajar. «Fue aquí donde me sorprendieron... No; fue un poco más allá... Sí; aquí mismo Enzo me pidió lumbre». Sobre mi cabeza, las ramas de los arces, temblorosas de atardecer y de brisa, se entrechocaban. «*Ella no te esperará. De seguro que no te esperará*».

Me sorprendió encontrar cerrada la portilla de la corralada. La casa estaba silenciosa. Todo el pueblo parecía estar vacío y silencioso. No había encontrado a nadie en el camino. La grava del sendero crujía bajo mis zapatos. De pronto Moncho apareció en el zaguán. Venía de la parte trasera y se me quedó mirando, aturdido. Sólo por su aspecto alhelado llegué a comprender que era a mí a quien miraba. Su mirar bisojo siempre me había confundido. Moncho me vio avanzar por el sendero como quien ve a un fantasma. Dio media vuelta y entró en la casa.

Sí; Ángeles apareció en la puerta. Yo temía este encuentro con Ángeles. «A veces es más fácil morir», me dije. Ángeles estaba en la puerta, inmóvil. Me miraba. Yo me detuve frente a ella, a pocos pasos. Me sentía agotado.

—Sí, Ángeles, he vuelto.

Hice un gran esfuerzo para decir aquello. Toda la sangre del corazón se me agolpó en la cabeza.

Ella seguía inmóvil, como espantada. Bajo su blusa, el pecho le subía y le bajaba convulsamente.

«¿Qué dirá...? ¿Cuál ha de ser su primera palabra? ¡Me hubiera gustado tanto encontrar a mi madre en su lugar! ¡Hubiera deseado tanto hallar a mi madre en su lugar! ¡Hubiera deseado tanto hallar a mi madre allí, junto a la

puerta, y arrojarme en sus brazos como cuando era niño!... ¡Qué solo me encontraba!»

—Sí, Ángeles, he vuelto —dije de nuevo.



OceanofPDF.com